

ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS



ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRIA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

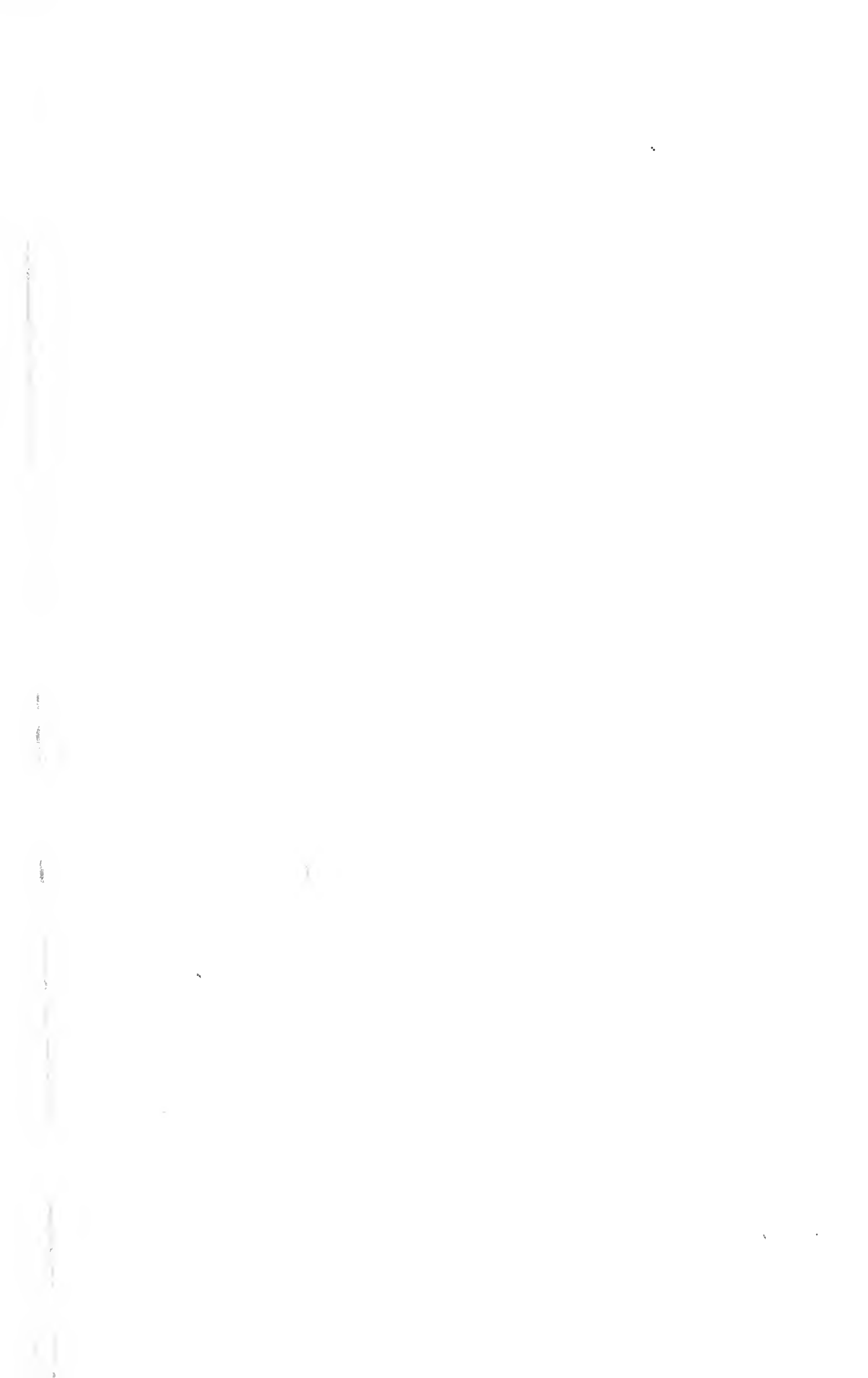
Fr. C. J. Rodríguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO I — LA COLONIA

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910



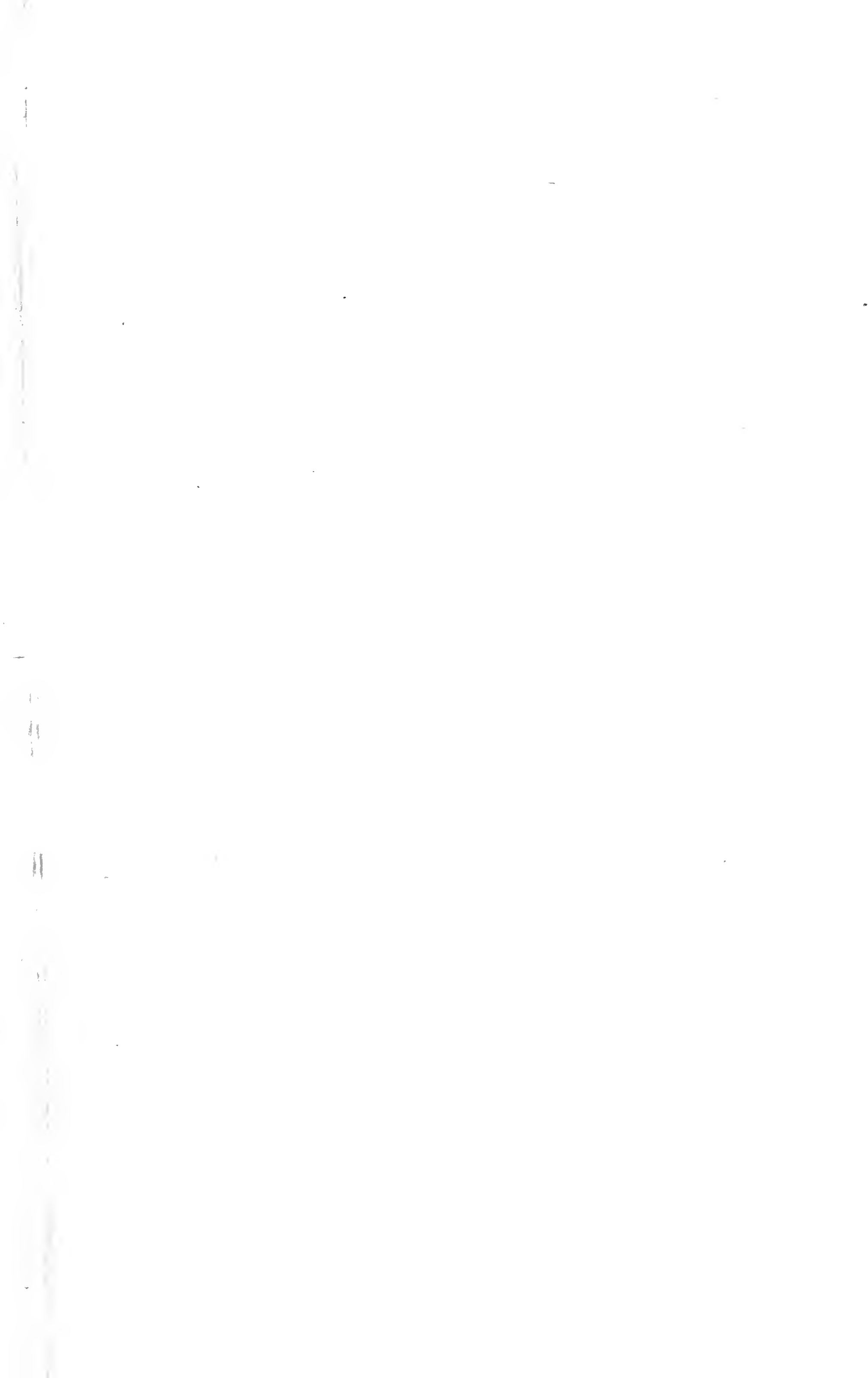
Á MI ESPOSA

ROSA LEJARZA DE PUIG

Tú me has dado el ambiente, el gusto, el anhelo y las ilusiones con que he escrito estas páginas.

Ofreciéndotelas, te reintegro lo que es tuyo.

JUAN DE LA C. PUIG.



ANTOLOGÍA
DE
POETAS ARGENTINOS

LA COLONIA

JUAN M. FERNÁNDEZ DE AGÜERO

JOSÉ GABRIEL OCAMPO

JUAN BALTASAR MAZIEL

JOSÉ PREGO DE OLIVER

PANTALEÓN RIVAROLA

MANUEL MEDRANO

DOMINGO DE AZCUÉNAGA

MIGUEL DE BELGRANO

MANUEL PARDO DE ANDRADE



PROEMIO

En el modesto retiro de mi vida y sin otro propósito que el de saber, ilustrándome á mi mismo, he llegado á formar esta Antología de Poetas Argentinos, que me decido á publicar, solo porque hasta ahora no se anuncia que esté próxima á ser saldada por alguno de nuestros hombres de letras, la deuda que tienen por este concepto con el país.

No es trabajo profesional de gabinete, sino eutrapelia del hogar; y por lo tanto le falta el carácter de estudio sistemático, con orientaciones de escuela, ordenamientos de conveniencia, y formas de exposición mas apropiadas para desentrañar del fondo de la poesía la determinante ética y estética de nuestro pueblo.

Pero para trabajar con éxito en este sentido había que empezar por buscar y reunir la producción de nuestros poetas, que han sido verdaderas «Hojas al viento» que hemos ido dejando perder en nuestro camino á través de la epopeya de la emancipación, la tragedia de la anarquía y la lírica de nuestro federalismo constitucional. Y siendo tan amplio el programa

de los estudios literarios que están aún por realizarse entre nosotros, he creido que no sería mal visto, que otros que los especialistas, interviniéramos en la tarea mas humilde de la investigación y la recopilación; y he dirigido por ese lado mis entretenimientos *at home*, satisfaciendo una inclinación natural y respondiendo á una necesidad muy sentida.

La situación es injustificable. Son las mas altas y mas nobles manifestaciones del espíritu, las que estamos dejando caer en el olvido de las indiferencias burguesas de pueblo grande, rico y poderoso. Son los símbolos mas característicos de nuestra cultura social: el temple de nuestras almas, la bondad de nuestros sentimientos, el valor de nuestros entusiasmos, nuestra grandeza de ideales, gusto por lo bello y decisión por lo justo, lo que vamos tirando al montón de los escombros de nuestra civilización y progreso. Son los eslabones de la cadena que nos liga á nuestra raza, los que vamos perdiendo en el reguero de oro de las cosechas de lana y trigo. Y mañana, cuando nuestra conciencia de pueblo inteligente y culto busque en el ambiente de las conquistas que ha realizado en su vida, algo mas distintivo que el caduceo de Mercurio para alistarse en las primeras filas de la civilización de su época: creencias, tradiciones y costumbres, descubrimientos en el campo de la ciencia, y creaciones en el mundo del arte, si no acopiamos desde ahora las espigas en que podrán cosecharse algunos granos con este objeto, podría suceder que no nos encontráramos diferencia

con cualquier factoria mas ó menos independizada de las que adornan á las grandes naciones que nos honran con su amistad.

Asi lo entendieron nuestros antepasados, los fundadores de la nacionalidad argentina; y lo prueba el hecho de que, á penas se terminó la guerra de la independencia el Gobierno ordenó, por decreto que lleva la firma de Rivadavia (1), que se hiciese una colección de todas las poesías que se habían publicado desde 1810 hasta entonces (1822); y que se pagara el gasto de su impresión, con el *fondo reservado* que se tenía, que era: ¡el saldo del *fondo de guerra* de la independencia!

El mejor discurso con que, en esta ocasión, pudiera prologarse esta obra está en los considerandos de aquel decreto:

«Todo hecho como todo suceso grande por su in«fluencia en la independencia de este país, ha pro«ducido siempre en esta capital un efecto que ha «debido ser notado, mas que no ha podido ser apre«ciado justamente. Tal es el número y el mérito de

---

(1) *Decreto* mandando formar é imprimir una colección de piesas poéticas. Buenos Aires, Julio 9 de 1822. Art. 1. Queda facultado el Ministro Secretario de Gobierno para encargar la colección de todas las producciones poéticas dignas de la luz pública que han sido compuestas en esta Capital y en todas las Provincias de la Unión desde el 25 de Mayo de 1810 hasta el presente.

Art. 2º.—La colección será oportunamente elevada á la aprobación del gobierno.

Art. 3º.—Aprobada que sea la referida colección se hará de ella una impresión distinguida.

Art. 4º.—Los gastos de la impresión serán abonados al fondo reservado del Gobierno.

Art. 5º.—El Ministro Secretario de Gobierno queda encargado de la ejecución de este Decreto. RODRÍGUEZ. *Bernardino Rivadavia*. (Registro oficial de la Prov. de Buenos Aires. Lib. 2).

«producciones poéticas que han salido á la luz en «tales ocasiones.

«El presentarlas todas bajo un punto de vista, no «solo contribuirá á elevar el espíritu público sino á «hacer constar el grado de buen gusto en literatura «á que este país ha llegado en época tan temprana; «la armoniosa energía con que ha sentido la digni-«dad á que subia y lo que debe esperarse de la dis-«posición de los habitantes, empleando los medios «que han empezado á conocerse y adoptarse. Una «colección, pues, de todos los rasgos poéticos que «desde 1810 hasta el presente, el honor y amor de la «patria han inspirado, es sin duda un monumento «de los mas propios á celebrar el aniversario de la «declaración de nuestra triunfante independencia tan «enérgicamente pronunciada como hábilmente con-«cebida por el Congreso de las Provincias en 9 de «Julio de 1816. A este efecto el Gobierno ha acor-«dado y decreta:»

Así nació la «*Colección de Poesías Patrióticas*» que fué hecha por De Luca, J. de la C. Varela y Echeverría. Esta obra es un volumen de 353 páginas, de cuya edición solo sabemos que exista un ejemplar en la Biblioteca Nacional. (1).

La «Colección de Poesías Patrióticas» se publicó recién el año 1827, pero, según dice don Juan María

---

(1) Este ejemplar está mal caratulado y peor catalogado. Lo han caratulado «*Lira Argentina*» confundiéndolo con la colección de este nombre, y lo han catalogado entre las *colecciones* y no entre las «*Poesías*». Actualmente tiene el Nº 21401.

Gutiérrez (1) la obra no se entregó á la circulación (2).

Entre tanto, y tal vez presintiendo la demora, apa-

---

(1) «Revista del Río de la Plata» tom. II. pag. 563.

(2) A título de curiosidad bibliográfica trascribimos el Indice de la «Colección de Poesías Patrióticas»:

CANCIONES

ODAS Y CANTOS

ció *La Lira Argentina* ó «Colección de las piezas poéticas dadas á luz en Buenos Aires durante la guerra de la Independencia», que fué hecha por don Ramón Díaz. (1).

La «Lira Argentina» es un volumen en 8°, de 515

(1) «Apuntes sobre la vida y escritos de J. C. Lafinur» por M. A. Pelliza en la «Revista Literaria» N° del 1° de Agosto de 1875.

páginas, editado el año 1824. Es obra rarísima de la cual tengo la fortuna de poseer un ejemplar en perfecto estado, y otro al cual le faltan muchas hojas. Casi todas las poesías que están en «La Lira», están en la «Colección de Poesías Patrióticas», con la ventaja de que en esta última aparecen firmadas y corregidas. Pero en cambio «La Lira» es el tesoro originario, porque su editor no quiso «sujetar las piezas á la revisión de sus autores, ni menos á la elección de algún inteligente, postergando el aliño, ó la adopción de lo mas bello ó hermoso, al deber de entregar á la posteridad lo que ella tiene derecho de saber, es decir lo que realmente ha habido.» Este sabor natural y desaliño confidencial en que aparecen las composiciones en «La Lira» tiene grandísimo mérito para el estudio del estilo de los autores, pues la naturalidad de su lenguaje sorprendido por la imprenta sin preocupaciones del juicio de la posteridad, permite establecer para cada uno de ellos su modalidad propia, su idiosincracia poética y sus tendencias, para ver luego en las correcciones que han introducido, las influencias, de sus modelos favoritos.

Después de la época en que aparecieron estos dos libros, que son los que guardan el tesoro de la poesía argentina de los días de la independencia, en los años 1837 y 1838 se publicó una obrita titulada: *El Cancionero Argentino,* (1) que era una «Colección de poesías adaptadas para el canto.»

(1) Se publicó en Buenos Aires por la «Imprenta de la Libertad». Es obra rarísima, de la cual solo hemos visto un ejemplar en la Biblioteca de Don J. M. Gutierrez, que es hoy del Senado Nacional.
Son 4 cuadernos en 8º. El 1º apareció en 1837 (el pié de imprenta dice

El año 1839 apareció con el nombre de *El Trovador* un cuaderno en todo semejante á los anteriores.

Apesar de la humilde apariencia de estos libritos, son de un valor inestimable. Porque contienen la poesía de carácter familiar de la época, revelan los usos y costumbres de la vida social de entonces, irradian el calor de los sentimientos que fundaron el patriciado de la familia argentina, y dejan percibir á la distancia el apacible sosiego, la dulce tranquilidad, el seguro respeto y la nobleza de los hogares de nuestros antepasados.

Todo es poesía y poético en estas pequeñas composiciones suscritas en su mayor parte con sugestivas iniciales: el pensamiento que ostentan, el sentimiento que acallan, el lenguaje que figuran, el estilo que lucen, el poema que revelan, los recuerdos que evocan, la armonía en que se funden y el espíritu que los eleva.

Los versos de los Varela, de López, Echeverría, Rivera Indarte, Cantilo, etc., tenían música de Roque Rivero, I. P. Esnaola, E. Masini, Remigio Navarro ó don Juan Bautista Alberdi. ¡Qué cuadro! ¡El búcaro modelado por la musa galante y sentimental de nuestros poetas, envuelto entre las ondas armoniosas de la inspiración musical y del arte del famoso autor

---

1832, pero este es un error, que ha sido anotado por Don Juan María), tiene 80 páginas. El 2º editado ese mismo año 1837, tiene 74 páginas. El 3º editado en 1838, tiene 75 páginas, y el 4º editado el mismo año 1838, tiene 79 páginas.

de las *Bases para la organización política de la Confederación Argentina!*

Después viene el silencio: las liras de nuestros poetas resonaban á lo lejos en el extranjero. Sus composiciones eran ornato de los periódicos de otros países, pero corrían en su mayor parte la suerte de las tablas que el vendaval arranca á una nave en el océano. Nuestros poetas y literatos llegaron á representar la literatura y la poesía de los países en que se encontraban asilados; y sin embargo: ¡cuánto se ha perdido de toda aquella rugiente y apasionada producción del año 40!

Pero aún aquella época aciaga tuvo la suerte de tener un hombre, que salvara muchas cosas del olvido; y la obra de don Juan María Gutiérrez: «América Poética» que se publicó en Valparaíso en 1846 (1) es, por esta sola razón, meritísima, además de serlo tambien por la extensa ramificación continental con que vincula á la poesía argentina.

La situación en que se escribió (en la expatriación), y la amplitud del plan con que fué concebida (Antología de poetas sud-americanos), hicieron que la obra resultara insuficiente para realizar sobre ella el estudio de la poesía de cualquiera de las naciones allí representadas; y si el libro del señor Gutiérrez re-

---

(1) «*América Poética*». «Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo». Valparaíso; 1846. Editado por la Imprenta del Mercurio. Es un volumen en 4º. con 816 págs. Comprende 53 autores; 455 composiciones en total. Los poetas argentinos que allí figuran son: Florencio Balcarce, José María Cantilo, Luis L. Domínguez, Estevan Echeverría, Juan Godoy, Juan Crisóstomo Lafinur, Vicente López y Planes, Estevan de Luca, José Mármol, Gabriel Real de Azua José Rivera Indarte, J. C. Varela y F. Varela.

sultaba interesantísimo de este punto de vista, como obra de ilustración general, como elemento de aplicación particular no resolvía ningún problema.

El señor don Marcelino Menendez y Pelayo que ha podido desarrollar con mas tiempo y comodidad que el señor Gutiérrez el plan de la obra en que trabajaba nuestro ilustre compatriota, ha publicado una *Antologia de poetas Hispano-Americanos* (1) en la cual incluye algunos nombres de argentinos mas modernos: Andrade, Encina, de la Vega, y J. M. Gutiérrez, y ha excluido á otros sin razón ninguna, como á Gabriel Real de Azúa.

En esta obra que, como todas las suyas, es maravilla de erudición y de buen gusto, el señor Menendez y Pelayo se remonta en su exposición hasta los orígenes de la poética en la Argentina, haciendo una reseña muy interesante é ilustratíva, bastante completa, de las composiciones métricas aparecidas en los últimos tiempos de la Colonia y primeros años de la revolución de Mayo. Pero, en cambio, en la exposición de piezas solo hay poesías de los Varela, de la Vega, Echeverría, J. M. Gutiérrez, Mármol, Andrade y Encina,

La obra del señor Menendez y Pelayo es completa en su género. En ella se da noticia de todo lo que ha habido como movimiento literario; se critica á los autores del punto de vista ético y estético, refiriéndose á sus poesías, y se limita la exhibición de piezas á aquellas que él ha juzgado ser las mejores.

(1) 4 Volúmenes en 8o Madrid 1895.

Todo lo demás que se ha publicado ha sido hecho sobre la base de estas dos obras.

Pero, hay que salvar la hojarasca de los sempiternos repetidores de oficio y el arenal de las desdeñosas informaciones extrañas, para llegar á fundar el monumento de nuestra arquitectura poética sobre la roca inconmovible de la verdadera y total producción lírica de sus vates. Hay que buscar en el mundo de los sueños, de las inspiraciones mas noblemente sentidas y expresadas, el nombre de la nueva diosa que inflamó sus pechos en la hoguera de la libertad. Hay que revivirla, destacarla y revelarla, para tener la satisfacción de su presencia y gustar el encanto de su belleza; y eso podrá hacerse ahora, gracias á este pequeño esfuerzo con el cual me es muy grato resultar vinculado á tan loable propósito.

He seguido el método de ordenación cronológica porque era el mas apropiado para nuestro objeto «*La patria es una nueva musa que influye divinamente*», escribía Fray Cayetano Rodríguez á su amigo el Dr. Molina, de Tucumán; y reuniendo las composiciones en ésta forma se siente resonar en las cuerdas de la lira el dulce son de las vihuelas coloniales, el fragor de los combates de la revolución de Mayo, las dianas de las victorias de los ejércitos patriotas, el himno de la libertad, el canto de la paz, el estrépito del progreso, y el rumor de las crecientes multitudes de sus ciudades.

De lo demás, no tengo para que hablar. Todas las deficiencias son debidas exclusivamente á mi falta de preparación.

J. DE LA C. P.

Buenos Aires, Noviembre de 1909.



NOTICIAS

BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS



D. JUAN MANUEL FERNANDEZ DE AGÜERO Y ECHAVE.

Don Juan Manuel Fernández de Agüero y Echave era español, licenciado en Teología, bachiller en letras y Capellán de la Real Armada. Fué profesor de filosofía en el Colegio San Carlos desde el año 1805 hasta el 1808, habiéndose después retirado á un curato de la parroquia donde vivía completamente aislado de los hombres y de las cosas de la época, cuando por decreto de fecha 8 de Febrero de 1822 fué nombrado profesor de filosofía de la Universidad de Buenos Aires.

El año 1797 publicó un folleto de 15 páginas que contenía varias composiciones en verso: un romance trágico, un romance endecasílabo, unas décimas, dos sonetos, un epígrama, un epitafio sepulcral y otro soneto más.

Don. J. T. Mendoza (1) de quien sacamos esta noticia pondera sobre todo el soneto que empieza:

Deten el paso oh peregrino y mira

que es bastante bueno, pues encierra una idea com-

(1) « La Imprenta en Buenos Aires » pág. 110.

pleta, noble y elevada que se desarrolla progresivamente con naturalidad y se expresa con sentimiento, siendo ademas su versificación correcta, agradable y armoniosa.

Poco tiempo después de esta primera exhibición del doctor Agüero como amante de las musas, publicó varias otras poesías reunidas bajo el título de «Complemento de las primeras y última demostración de gratitud». Pero el grupo laico de los literatos de la época, formado principalmente por Lavarden, Prego de Oliver y Casamayor, desató las furias de su crítica contra el intruso parnasiano, y ridiculizó sus poesías escribiendo otros versos que no son muchos mejores que los del P. Agüero. (1)

Don J. M. Gutiérrez cita las dos estrofas siguientes de la crítica de Prego de Oliver:

---

(1) Don J. M. Gutiérrez cita las dos estrofas siguientes de la crítica de de Prego de Oliver:

> El coro de las musas
> Antes llenas de gala y gestileza,
> Ahora todas confusas
> Destruído el fulgor de su belleza,
> Lanzan suspiros, y en su pena grave
> Piden de Dios venganza contra Echave.
>
> En la Plaza infelice
> De Priamo no fué tan espantosa
> La entrada, que se dice
> Del Griego y de su hueste valerosa,
> Como ha sido espantosa al Pindo entero
> La entrada que hizo en él don Juan de Agüero.

Estas bromas levantaron ampollas en la susceptibilidad literaria del licenciado, y desafiando las iras de los árbitros de la opinión pública en aquellos momentos, les replicó con una especie de jácara burlona que transcribimos, por que ella sirve para formarse idea de la importancia del movimiento intelectual de aquella época, de la ilustración de sus hombres y de su cultura.

El título resumía el objeto de la publicación y devolvía algunos de los picotazos recibidos. Era el siguiente: «Disección anatómica ó especie de análisis apologético de las poesías fúnebres, y en contra de las críticas que como plaga de ranas han llovido, pero impunemente, sobre el autor del impreso que novísimamente corre, sin especial nota por los sabios y discretos, mas despreciado por los ignorantes y los tontos».

«Ya habréis visto, ó por lo menos habreis oido, mis benévolos lectores, que contra las poesías fúnebres han llovido picantes dicterios y sátiras negras, igualmente que contra su paciente autor. La moderación y tolerancia que es propia de su índole y la exige su alto y respetable carácter, ha disimulado estos insultos é improperios dirijidos á denigrar su fama y abatir su persona, sin mas motivo que, (habiendo extrañado las Musas de estas Argentinas Provincias no cantasen loores y entonasen los debidos encomios á su amable fenecido Gefe) haber querido suplir este defecto con sus elogios, introduciéndose como la corneja entre los hermosos y brillantes faros de este

lucido plantel y precioso odorífero jardín. Mas, apenas se presenta á tan noble y distinguido público con los ejemplares de sus poemas, creyendo que le han hecho algún servicio, y disimulando su falta, aunque no con el correspondiente decoro al héroe á quien le dedica su luctuoso impreso, cuando se toca alarma, aunque no con tanta ventura como los gansos del Capitolio, pero mostrando más habilidad que ellos para graznar todo el congreso de coplistas y poetastros que yacían en un profundo letargo, y al fin despertaron al estallido que dieron las poesías fúnebres luego que se publicaron.

¿Que hace pués, el autor, al advertir tan necios desacatos é inauditos despropósitos? Ocúrrele (usando de moderación) el prudente discreto arbitrio de exponer su queja y presentar su querella en tono de demanda ante el serio y respetable tribunal del grande Apolo. Allí, con el debido acatamiento á tan venerable deidad, exhibe un manojo ó cúmulo indigesto de papeles, cuyos caracteres, unos estaban reverberando el color sanguíneo y amoratado, y otros se dejaban entrever borrosos y medio tintimados. Inmutóse el Presidente del Parnaso, y con un terrible entrecejo y majestuoso severo aspecto, preguntó á qué propósito se presentaban aquellos mamotretos y abultados cartapacios, y cual era, en suma, su contenido.

Sacra Deidad,—dijo entonces el autor de las poesías fúnebres—esos papelejos no contienen otra cosa que unos como poemas, versos ó coplillas, que adul-

terando las reglas establecidas por el arte poético, y contraviniendo á los preceptos sabiamente prescriptos por este decoroso tribunal, á presencia de las discretas sabias Musas, hermosas Ninfas, y laudables Gracias, han compuesto unos hijos adulterinos y abortivos de este castalio coro.

—¡Alto!—se le oyó al punto decir al Numen soberano del Parnaso.—¡Alto! ¡alto! repitió alterado hasta tercera vez. Léanse por las Musas, sin que falte sílaba, de *verbo ad verbum,* y desde la crin hasta la cola, esos papeles ó brevetes que nos presenta y manifiesta ese alumno á quien desde tiempo inmemorial se le ha formado asiento y reconocido por socio de este majestuoso y refulgente Pindo. Sin demorarlo, y en cumplimiento de este soberano decreto, se determinaron puntuales las obedientes agraciadas musas á recitarlos cada una por su turno. Su Presidente las escuchaba atento; mas, notaba el autor que por algunos intervalos torcía el rostro y mudaba el gesto. Al fin, concluida su lectura y terminada por los versículos ó cuartetos que se reputaron como trillados por alguna cuadrupedante yegua morcilla, se alteró el grande Apolo, y en voz altisonante y formidable, pronunció la siguiente memorable sentencia:

—Fallamos, atento á los méritos y deméritos de esta causa, y por este nuestro definitivo pronunciamiento proscribimos, y de ciencia cierta condenamos á todos los autores y fautores de las semi-poesías que se nos han presentado, adulterinas, abortivas y bastardas, por contraventores á las reglas, estatutos, do-

cumentos y preceptos que por esta ilustre sabia Escuela y antiguo respetable Museo se han prescripto y señalado con acuerdo, premeditación y reflexivo discernimiento que por Nos y las nuevas Musas residentes en este Pindo se ha tenido y juzgado oportuno y necesario que: de dichas abominables, indecentes coplas, no quede alguna memoria á la venerable posteridad, porque no se inficionen, vicien y corrompan los que en lo sucesivo quisieren tomarlas por modelo para entrar al estudio del nobilísimo arte de la poesía, y al trato y comunicación de las graciosas sabias musas. Mandamos, y por este nuestro decreto definitivamente ordenamos, que de nuestra orden se pasen á la oficina de Vulcano para que al impetuoso soplo del fuelle se abrasen, quemen y consuman, de forma que aún no quede el menor vestigio de ellas, y sus inmundas asquerosas cenizas sean arrojadas al más rápido torrente; etc., etc.... Dado en el Pindo á 25 de Junio de 1797.»

Siguiendo el autor en su ficción, supone que las Musas reservaron una copia de las poesías que habían sido tan duramente juzgadas por la crítica, y que deseosas de cantar algunas coplillas alusivas á la materia, compusieron varias letrillas y ovillejos, un madrigal, una canción y un romance heroico, de las cuales solo incluyo las mejores que son: el madrigal y la letrilla satírica.

Refiriéndose á esta última época de la vida del Dr. Agüero dice D. Juan M. Gutiérrez: «El profesor de 1822 no era ya el mismo por su doctrina

que el de 1805. En aquella primera época, usando de sus propias expresiones, su razón era esclava de sus ideas teológicas, así como del ominoso tribunal de la Inquisición. El sacerdote católico habíase transformado durante una gran parte de su vida, pasada en el silencio y en el estudio de los libros contemporáneos, en un espíritu fuerte. Expuso y sostuvo sus nuevas doctrinas con el ardor y el tono exclusivo á que habitúa la frecuencia del púlpito, desde el cual no se teme la contradicción. Reaccionaba con todo el vigor de la edad provecta contra un pasado de que se arrepentía, y abria ante sus discípulos que le amaban, una alma conmovida por una larga lucha, y que aspiraba á afianzar la victoria reciente, atrayéndose hacía su bandera combatientes nuevos y generosos.»

El resultado de este cambio fué que se desencadenara contra el Dr. Agüero una furiosa tormenta de persecusiones, llegando hasta el extremo de reunirse el cónclave universitario para juzgarle y condenarle por hereje.

Dice D. J. T. Medina (1): «El día 30 de Julio de 1824 el anciano catedrático, al llegar al Colegio, encontró su aula cerrada por orden del Rector. Trabose con este motivo entre ambos una polémica. Sostenía el Rector que la medida que acababa de tomar estaba justificada por las doctrinas atentatorias del dogma sostenidas por el catedrático universitario; y éste, á

(1) Obr. cit. pág. 126.

su vez, se escudaba con su nombramiento emanado del Gobierno.

A pesar del apoyo momentáneo de este, el partido político que reemplazó á Rivadavia combatió las doctrinas de Fernández como perjudiciales á la causa pública, en un escrito firmado por un *observador*, que se publicó primero en el *Correo Político y Mercantil*, y en seguida en un folleto de 199 páginas por la Imprenta del Estado, en 1827. El hecho fué, al fin, que en ese mismo año, Fernández hubo de renunciar su cátedra universitaria.

Dr. D. JOSÉ GABRIEL OCAMPO

Pocas son las noticias que tenemos respecto á este autor cuya producción conocida se reduce al *Poema panegírico*, que incluimos más como curiosidad bibliográfica que como obra de arte.

La composición está dedicada á D. Santiago Liniers y Bremond y demás personas y gremios que contribuyeron á la repulsa de los ingleses; y está suscrita en la Rioja, el 1.º de Setiembre de 1807, por el Dr. D. Joseph Gabriel Ocampo, cura y vicario de las Doctrinas de San Juan Bautista de Tinogasta, partido de Catamarca, Provincia de Córdoba del Tucumán.

El poema del Dr. Ocampo se publicó por primera

vez el año 1807 por la imprenta de los niños expósitos, en una hoja suelta de las cuales hay un ejemplar en la Biblioteca Mitre y otro en la Biblioteca Nacional (1). Ha sido reimpreso en la obra de D. José Toribio Medina (2) y figura en la Colección Alsina p. p. 480/86.

Dr. D. JUAN BALTASAR MAZIEL.

El Dr. D. Juan Baltasar Maziel nació en Santa Fé el 8 de Setiembre de 1727, y falleció en Montevideo el 2 de Enero de 1788. Fué examinador de Cánones y Leyes, de la Real Universidad de San Felipe, en el reino de Chile; Abogado de esta Real Audiencia y de la de Charcas; Comisario del Santo Oficio de la Inquisición; Canónigo magistral de la Santa Iglesia Catedral; Provisor, Vicario, y Gobernador General del Obispado del Río de la Plata.

D. Juan M. Gutiérrez ha publicado la fé de bautismo del Dr. Maziel, en un estudio biográfico muy interesante (3).

Según él, el Dr. Maziel estudió en Córdoba donde alcanzó todos los grados académicos que daba aquella

(1) Impreso No. 3895.

(2) « Historia y bibliografía de la Imprenta en el antiguo virreinato del Río de la Platà », pp. 247 - 251.

(3) «Revista de Buenos Aires». Tom. 6, pág. 403.

Universidad, es decir, Maestro en Artes y Doctor, habiendo sido discípulo del P. Gaspar Pfitzer, á quien siempre recordó con respeto.

Por el año 1754, ya consagrado sacerdote, se estableció en Buenos Aires, distinguiéndose pronto por su talento y excelente preparación. Tuvo fama de orador y de literato, pero no de poeta; y así lo reconoce él mismo diciendo: «No era poeta, ni tenía la inteligencia necesaria para aspirar á semejante profesión», lo cual nos releva de la tarea de probarlo.

Escribió dos sonetos encomiando un acto piadoso del Virrey Loreto, sobre los cuales dice Gutierrez lo siguiente: «Estos sonetos han llegado hasta nosotros, y en vista de ambos, podemos asegurar, que si no son modelos de ese género de composiciones, no merecen, ni por la forma, ni por el pensamiento, las críticas que de ellos hicieron los cortesanos del Virrey y los enemigos del autor, quienes derramaron la idea de que aquellas composiciones eran realmente ofensivas á la dignidad de éste, y sagazmente calculadas para disfrazar mejor las intrigas urdidas por Maziel contra el Vice-Patronato de la Iglesia Argentina.»

Este episodio da valor é interés especial á la producción literaria del Dr. Maziel, y es por ello que la incluimos entre las de la época. En efecto, con este motivo, se escribieron muchas poesías en pro y en contra de la laudatoria, tantas, que ellas llegarían á formar un turbión de papelones, según la propia espresión del Dr. Maziel, al hacer la defensa de sus poesías. Entre otros, D. Manuel J. Lavarden, satirizó la

producción, escribiendo al respecto una sátira valiente y cáustica.

El 11 de Enero de 1787, fué el Dr. Maziel violentamente desterrado por orden del Virrey Loreto, embarcándolo para Montevideo, donde murió sin alcanzar á recibir la completa satisfacción que la justicia del Rey había hecho á su queja.

Don J. M. Gutiérrez hace referencia á una colección de poesías dejada por el Dr. Maziel, escritas en su mayor parte en loor de Obispos y virreyes, especialmente sobre la gloria de Cevallos, de donde tomamos el primer soneto que se incluye.

JOSÉ PREGO DE OLIVER

José Prego de Oliver era español, y hasta 1810 desempeñó las funciones de Administrador de la Aduana de Montevideo. Comparte con Lavarden los honores del primer puesto entre los poetas de la colonia, y si bien tenemos el testimonio del homenaje que él rindiera al vate argentino, en cambio, él también fué proclamado el primero de los poetas del Río de la Plata por otros poetas de este lado.

Don J. M. Gutiérrez llama á Prego de Oliver el *Herrera* de estos pagos (1). El señor don Marcelino

---

(1) Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX 1865, pág. 105.

Menendez y Pelayo, concede sin trepidar, el primer puesto á Lavarden, (1) dando el segundo á Oliver. La verdad es que Lavarden y Prego eran los árbitros del movimiento literario de la colonia en ambas orillas del Río de la Plata; ambos eran muy amigos, y esto favorecía su despotismo crítico, ensalzándose recíprocamente, y satirizando juntos la producción de los demás.

Vinculado desde el primer momento de su llegada al país, al grupo intelectual de literatos más descollantes, figura como socio corresponsal de la *Sociedad Patriótico-Literaria*, y era asiduo colaborador del *Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico é Historiógrafo del Río de la Plata,* que era su órgano oficial. Prego de Oliver, reemplazó al padre De Luca en el cargo de Administrador de la Aduana de Montevideo (1).

Prego de Oliver cantó á la reconquista de Buenos Aires, asociándose al regocijo nacional de la gloriosa expulsión de los ingleses, con una Oda á la acción de guerra, un canto elegíaco á la memoria del teniente de fragata don Agustín Abreu, que murió en uno de los combates, y otra Oda al héroe de la defensa, al desgraciado general Liniers. Estas célebres victorias, que tanto influyeron en el ánimo del pueblo argentino para precipitar el pronunciamiento separatista de Mayo de 1810, han resonado en las liras de muchos poetas sudamericanos y de la península, contándose entre estos últimos á don Juan Nicasio Gallegos. Pero

---

(1) Antología de poetas Hispano Americanos Tom. 4, pág. CXVI.

no es esta una razón que pueda, á nuestro juicio, relegar á pura curiosidad bibliográfica las producciones de los demás poetas, como dice el señor Menendez y Pelayo, (1) pues, ni ello es razonable en sí, ni estas poesías, dejan de tener su mérito aúnque se las compare con la del poeta Zamorano.

La Oda á Buenos Aires de don Juan Nicasio, es una Silva, metro con que le ha sido fácil, al ilustre cantor del dos de Mayo, despliegar las alas de su imaginación, conservando sin esfuerzo la dulzura, la majestad, sonoridad, elevación y grandeza que caracteriza su estilo; mientras que, la poesía de Oliver, está hecha en estrofas regulares, lisas, lo que traba mucho más su libertad de acción y de expresión.

El sistema de prescindir de una plumada, con un golpe efectista, del trabajo de realizar aquello que se está queriendo hacer, es muy cómodo y muy antiguo; pero no es recurso que cuadre á críticos de la ilustración del señor Menéndez y Pelayo, por más desapego, indiferencia y desdeño que sientan hacia las letras argentinas.

La poesía de Gallegos, podría servirnos para apreciar la relación de espiritualidad, de inventiva, y de arte, que había entonces entre la metrópoli y la colonia; para deducir la influencia civilizadora de la península, y el coeficiente de adaptación de los indígenas y mestizos; para diferenciar la influencia del escenario, y restablecer la de la escuela y el ambiente;

---

(1) Obr. cit. Tom. 40 pg. CXVII

para darse el crítico el placer de hacer levantar los ojos de la hija hacia la madre; pero nunca, para avergonzar á esta última, haciéndola bajar los suyos hasta los andrajos de aquella.

Grecia, pudo alabarse de que era suya la literatura de Roma en el siglo de Augusto; Roma, pudo considerar como propias la ciencia de Séneca y de Latrón, y confundir con las dulzuras de la lira virgiliana la voz de los poetas cordobeses y los cantos de Lucano y de Marcial. Pero la civilización española en el Río de la Plata, no ha podido jactarse de nada, porque nada ha hecho, más que sojuzgar y avasallar. Los poetas como Quintana y Gallegos, no son aerolitos que caigan como llovidos del cielo, en cualquier lugar y en cualquier tiempo.

El espíritu del siglo XVI, no cruzó sinó mucho más tarde por encima de los otros pueblos de la misma Europa en cuyos anales había ya inscripto España su siglo de oro. El ambiente que da vida á los Cervantes, Luis de León y los Herrera; á los Shakespeare, los Milton ó los Dryden; los Gunther, los Klopstock, ó los Schiller; los Moliere, los Corneille y los Racine, es ambiente de sociedad, de supremacía y de prestigio; muy distinto al que formaban en las Indias Occidentales los aventureros, vagabundos, soldados y desesperados, que la honraban con su presencia.

La enorme distancia á que venían á quedar situados estos países, alejados, más que por la naturaleza, por la forma como España mantenía sus relaciones políticas y comerciales con ellos, siguiendo, á través de

todas las épocas, la línea descendente que habían traído los descubrimientos en los siglos XV y XVI; la situación de aislamiento en que de esta suerte venían á quedar colocados los pueblos del Río de la Plata; la mezquindad de su movimiento comercial por las dificultades del transporte; la escasez de mercado y el peligro permanente de los salvajes; el abandono intencional en que se los tenía, en materia educacional; la simplicidad de sus hábitos y costumbres; el tedio de la inacción, y la monotonía desalentadora del territorio accesible, siempre llano, siempre solo y siempre igual; los ardores de su clima, y sobre todo este conjunto agobiador de cosas: el peso desproporcionado de la autoridad de los virreyes, con la sobrecarga del poder espiritual de la Inquisición, no eran, seguramente, las mejores circunstancias para que la imaginación tendiera las alas, y el *mens divinior* de aquellos pobres hombres resplandeciera vestido con las galas del lenguaje.

Al estudiar el movimiento literario de los pueblos fundados por España en el mundo nuevo que le dió Colón, donde sus críticos dicen: ¡eso menos!, nosotros, al admirar lo poco que hay, decimos: ¡eso más! Y no es pretensión, ni afán de jactancia, lo que nos hace mirar así estos pobres esfuerzos del espíritu poético platense, sino el convencimiento de que, en el fondo de esa literatura estancada, están las madréporas del alma nacional.

Entre el elemento más culto de la Colonia, figura, en primera línea, este español don José Prego de

Oliver. El estilo de sus composiciones poéticas, revela su educación literaria y su cultura nada común.

La elegía á la muerte del Teniente de Fragata Abreu es una composición nutrida de pensamientos elevados y llena de sentimiento.

Sin el menor esfuerzo, se pueden distinguir en ella las formas seudoclásicas de su escuela, el nervio ceremonioso de su lenguaje y el sacrificio de la armonía á las exigencias de la rima.

Cuando siguiendo el estro de su inspiración, ha dejado libertad de expresión al sentimiento, el verso corre con mucha mayor naturalidad y soltura, y llega á tener estrofas que no desmerecen al lado de las mejores en su género. Así nos parece que es la siguiente:

No sonará tu voz en mis oídos,
Aquella voz que de consejo llena
El penoso vivir me solazaba.
Apenas apercibes los gemidos
Del colono, que atado á la cadena
Por su perdida libertad lloraba,
Cuando tu fuerte pecho se extremece,
Y no queriendo ver la patria hollada,
Tu pundonor acrece
El ansia de acorrerla con la espada,
Al león semejante, que la arena
Escarba, ruge, y de furor se llena.

Si en vez de compararlos con los versos de Nicasio Gallego, que todavía no se había hecho conocer, ó

por lo menos no había aún alcanzado la justa notoriedad á que llegó más tarde, se comparan los poetas rioplatenses con aquellos con que España clausuró el siglo XVIII, la diferencia no es tan manifiesta como la que ha excusado al señor Menendez y Pelayo el tratar estos trabajos con mas detención y aún se encuentra, en beneficio de los nuestros mayor brío, entusiasmo, y variedad que en aquellos.

Apartándose de la regla generalmente seguida, de no usar las estancias en las elegías, Prego de Oliver da á su Oda la majestad de la estrofa y la sobriedad del período regularizado, ennobleciendo su carácter de *canción elegíaca* con las formas elegantes de la poesía heroica.

Gracias á este recurso, encontramos apóstrofes tan valientes como este:

> ¡Salve Tarifa ilustre! ¡Salve tierra
> Madre de los famosos capitanes,
> Que de ornamento sirven á la historia.
> Tu bastas sola á dominar la guerra,
> Pues si supiste producir Guzmanes
> Que amargasen del árabe la gloria,
> También en en este día,
> En Abreu, nos presentas una hazaña
> Que ha de alcanzar eterna nombradía,
> Con pasmo del bretón y honor de España!

La Oda á don Santiago Liniers es de corte verdaderamente Herreriano. Su movimiento es rápido y su versificación es suelta, rítmica y sonora. Desde la primera estrofa:

¡Gloria inmortal al héroe que al Britano
Lanzó del patrio suelo!
¡Bajo la augusta bóveda del cielo
No resonó, Señor, tu nombre en vano:
Tu militar denuedo
Dió al hispano salud, al anglo miedo!

se advierte la seguridad y valentía de sus pensamientos y el tono firme y levantado de su lenguaje.

Dirigiéndose á las vírgenes porteñas, les dice:

¡Cubrid el suelo de arrayán y rosa,
Que ya, lleno de gloria
Se acerca el capitán, y la victoria
Imprime el pie donde su planta posa,
Marte le dió la lanza;
Virtud el cielo; la virtud templanza.

Con sobriedad de rasgos, pero con precisión de ideas, describe luego el desembarco de los ingleses, y su irrupción armada por la ciudad. Esboza en forma horaciana, el cuadro de la refriega, y apura tanto la expresión para condensar más la frase, que llega al extremo de que cada palabra sea una imagen, y cada verso represente un poema en miniatura. Así dice:

La legión Anglicana que orgullosa
El laurel se promete,
Pugna feroz, intrépida acomete,
Y al pueblo todo sanguinaria acosa:
Donde la planta imprime,
Los troncos lloran, y la tierra gime.

Y más adelante, al describir la batalla:

Aquí donde la guerra se avalanza
Y el enemigo hostiga,
Aquí el furor, la sed, y la fatiga;
Aquí la atroz y bárbara matanza;
Aquí do la refriega
Recuerda Almanza, San Quintín, Brihuega,

La lira de Prego de Oliver era lira de bronce, de cuerdas de oro, que vibraban armoniosas y resonantes, lira verdaderamente fuerte, en donde podía entonar sin esfuerzo canciones tan varoniles como sentimentales; no lira blanda, de aquellas que pulsaban los romanceros que, en la misma época, no hacían más en la madre patria, que odas anacreónticas á Filis ó Dorila, y letrillas ó madrigales á Lice, Clori, ó cualquier otra beldad sahumada á tomillo.

Nosotros nos congratulamos de poder contar entre los precursores de nuestra poesía nacional, poetas de estro tan varonil como Prego de Oliver, en lugar de los afeminados coplistas que pondera el señor Menendez y Pelayo.

Dr. Dn. PANTALEÓN RIVAROLA

Mucho antes de que los trabajos históricos de nuestros hombres de estudio hubieran concretado noticias circunstanciadas sobre el doctor Rivarola, ya su personalidad ocupaba lugar preferente entre el grupo de los literatos de su tiempo.

Los escasos datos biográficos del doctor Rivarola, anotados por don Juan María Gutiérrez (1), han sido últimamente completados por el doctor A. Reynal O'Connor (2), y es fundándonos en los trabajos de estos dos distinguidos biógrafos que nosotros escribimos esta noticia sobre la misma personalidad.

Rivarola nació en Buenos Aires el 27 de Julio de 1754. Cursó humanidades en esta misma ciudad; y para estudiar Derecho y Cánones pasó á Chile, el año 1774, graduándose de doctor en ambos derechos en la Universidad de San Felipe.

Apenas concluyó su carrera, en mérito á sus relevantes condiciones de inteligencia y aplicación, fué nombrado catedrático de prima de Leyes en la misma Universidad, siendo también Notario Mayor del Santo Oficio.

No se ha establecido la fecha en que recibió las órdenes de sacerdote, ni la de su regreso al país, sabiéndose solamente que, el 17 de Febrero de 1779 fué nombrado Catedrático de Filosofía del Colegio de San Cárlos, y que se hizo cargo de la cátedra ese mismo año.

Poco tiempo después fué nombrado Prefecto de Estudios del mismo establecimiento, puesto que renunció para entrar á desempeñar las funciones de capellán del Fifo (3).

---

(1) «Apuntes Biográficos de escritores, oradores y hombres de estado de la República Argentina», pág. 123.

(2) «Los Poetas Argentinos», pág. 227.

(3) Así se llamaba al 3er. batallón del regimiento de infantería de la guarnición de la plaza.

El doctor Rivarola había dejado ya este último cargo cuando tuvo lugar la primera invasión inglesa, y es entonces que empieza á surgir su personalidad literaria de entre el vetusto armazón colonial, como cantor de la gloriosa victoria que obtuvo el pueblo de Buenos Aires con la completa rendición del general Beresford al gobernador don Santiago de Liniers y Bremont.

Rivarola es el Centenera de los sucesos de la defensa (1). Sus poemas sobre la reconquista son verdaderos relatos históricos de las jornadas de aquellos días, y están escritos en romance octosilábico, con el decidido propósito de hacerlos más agradables, más interesantes al pueblo y más fáciles de ser recordados.

La siguiente *Advertencia* con que el doctor Rivarola precedió su primer poema titulado *La gloriosa defensa* (2), deja bien en claro la razón y el objeto de esta forma singular de exposición:

«Lector amigo: dí á luz la relación de la gloriosa

---

(1) V. F. López—«Refutación á las comprobaciones históricas»—Tomo 1º, pág. 341.

(2) Se publicó por primera vez en Buenos Aires, por la imprenta de los *Niños Expósitos*, el año 1807. Ha sido reimpresa en Montevideo el año 1851, con la siguiente advertencia de los editores: «De esta composición muy escasos serán los ejemplares impresos que quedan, á causa de que fué mandada recoger apenas emitida, á pesar de ser publicada, como todas entonces, con superior permiso. No sabemos los motivos de esta medida singular, ni cual de las autoridades la dictó. El autor, en su larga dedicatoria, habla de *otros*, no como los elejidos por Dios para aquella empresa, y de los males que hubiera traído el que hubiera recaído el mando en otro que en Liniers, y menciona engaños y traiciones que el vulgo temía por todas partes. Talvez estas alusiones, cuya aplicación no es fácil percibir hoy por la lejanía de aquellos incidentes llegó á ofender, con razón ó sin ella, algunos celos, algunas susceptibilidades, algunos orgullos poderosos. Si no ha sido algo de ésto, nos parece que nada absolutamente se halla en esta obra que la hicieran merecedora de una prohibición».

reconquista de la capital de Buenos Aires verificada el 12 de Agosto de 1806, con el fin, como allí expuse, de tributar al Dios de las victorias las debidas gracias por tan singular beneficio de inmortalizar los nombres de nuestros célebres compatriotas que se distinguieron en esta acción y, finalmente, con el de promover en todos, el deseo y la gloria de sacrificar su reposo, sus intereses y su propia vida en defensa de la religión y de la patria. Estos mismos han sido justamente los motivos que he tenido para presentarte la historia del singular triunfo que concedió el cielo á las armas españolas en esta Capital, el día 5 de Julio del presente año de 1807, contra las armas británicas. Me determiné á escribir aquella, no en prosa, sinó en verso, y no en verso de arte mayor, sinó corrido y suelto, por las razones que allí mismo alegué. Estas mismas, me han movido á presentarte la relación de la presente victoria, en el propio estilo, con cuya previa advertencia excuso tiempo y papel en disculpas y prevenciones.

Los brillantes hechos y gloriosas hazañas que van detalladas en esta memoria, merecen todo el crédito de que es capaz la fé humana, porque son los mismos que constan del parte que se ha dado á S. M. y de las relaciones que me han hecho el honor de darme, por escrito, los señores oficiales y jefes que han mandado y presenciado las mismas acciones que se refieren; y en otras, que no se hicieron por disposición, ni á presencia de oficial alguno, las refiero por deposición de uno, dos ó mas testigos de vista,

que es cuanto se puede pedir á un historiador para que no se le arguya su facilidad de creer y referir prodigios. No dudo que se echarán menos, en esta memoria, otros muchos distinguidos hechos de valor, religión y piedad que obraron nuestros valientes compatriotas; pero sírvame de disculpa, en unos, que del todo los ignoro, y en otros, el no haber podido averiguar la verdad, sin embargo de las exquisitas diligencias que he procurado hacer para examinarlas. No doy mi nombre porque no busco mi gloria sinó la de Dios. Vale».

La razón que daba el Dr. Rivarola para escribir en verso la crónica de la guerra de la reconquista, es la siguiente:

«Presento, en verso suelto, la historia de la gloriosa reconquista de la capital de Buenos Aires, que fué sorprendida y tomada por los ingleses el 27 de Junio de 1806».... «porque la poesía, desde el principio del mundo, ha sido la que ha inmortalizado los gloriosos hechos de los héroes de la religión y de la gentilidad».... «Escribo en verso corrido, porque se acomoda mejor al canto usado en nuestros comunes instrumentos, y, por consiguiente, es el más á propósito para que toda clase de gentes lo decore y cante: los labradores en su trabajo, los artesanos en sus talleres, las señoras en sus estrados, y la gente comun por las calles y plazas.»

La sencillez de las costumbres de la vida patriarcal de la Colonia, hacía que, este pensamiento del Dr. Rivarola, tuviera entonces gran trascendencia y

significación, porque infiltraba en el pueblo la idea estimulante de su poder y su propio valimiento; propalaba la noticia de las victorias conseguidas contra soldados de la primera potencia militar del mundo; daba á conocer las hazañas de los jefes de la guarnición y de los jefes y soldados improvisados que habían acudido á los puestos de combate, sin más recursos que su valor y su entusiasmo; y, poniendo de este modo en contacto al pueblo con los hombres de pensamiento y de acción que podrían conducirle á la libertad, establecía entre ellos la solidaridad de causa que funda el triunfo y la simpatía que prestigia el valor, levantando, ante los ojos adormecidos de la población, los nombres de los valientes que, habiendo sabido dirigir al pueblo en la pelea, podrían conducirlo á luchar por su libertad, y ya libre, gobernarlo.

Las crónicas en verso de Rivarola deben, pues, apreciarse más por su valor histórico, que por su mérito literario y su poesía; pero, sobre todo, son para nosotros estimables, por el anhelo patriótico que entrañaba ese esfuerzo en la composición, enderezado á halagar los oídos de la fiera que dormía en el ánimo popular, para incitarla á gustar del convite de la libertad que iban á ponerle por delante.

Rivarola fué siempre uno de los mas ardientes partidarios de la revolución de Mayo, y, después de constituido el gobierno provisorio, fué nombrado vocal de la Junta Conservadora de la libertad de Imprenta, que se creó en 1812.

Murió el 24 de Setiembre de 1821.

MANUEL MEDRANO

Pocos son los datos que hemos podido recoger acerca de la persona de don Manuel Medrano.

Sabemos solamente, que era oficial del Real Tribunal Mayor y Audiencia de cuentas y que figuraba entre los hombres mas ilustrados del círculo de Lavarden.

La oda que incluimos, está publicada en el «*Telégrafo Mercantil*» núm. 6 pág. 41, del Sábado 18 de Abril de 1801 y en la crónica general de ese mismo periódico, en el mismo número pag. 45, se dice lo siguiente, en su elogio:

« ¿ Quien hasta hoy sabía de excelencias del majestuoso rio Paraná, sinó hubiese *Lavardenes, Pregos de Oliver y Medranos* que, (á la manera de tres pintores diferentes que, siendo de una misma escuela, tienen sus gracias particulares, y de los cuales se puede decir con razón: *Facies non omnibus una, nec diversa tamen,* cantasen sus riquezas é hiciesen inmortal?

Esos tres poetas y amados socios mios, no son, no, de aquella multitud que de tropel perturban la paz de las sagradas florestas y con un alma fria é insensible corren por todas partes recitando versos, entonando cantinelas y distribuyendo sonetos, décimas y madrigales. Mis socios, en fin, nada infe-

riores á los *Quintilios*, *Tucas y Pisones*, instruyen ingeniosamente al público con sus lecciones y elogios.»

Tambien don J. M. Gutierrez nos dá muy pocas noticias respecto á Medrano.

Hablando de la oda «Al Paraná» de Lavarden, recuerda esta otra, compuesta en elogio de aquella, y dice (1):

«Don Manuel Medrano, oficial del Tribunal de Cuentas, compuso tambien una larga oda con el mismo objeto, y en términos que muestran inteligencia y buen gusto literario. Medrano, que debia ser mayor en edad que Lavarden, es sin embargo de la misma escuela y se manifiesta imbuido en las mismas ideas y tendencias sociales que hemos notado antes. El *poeta contador*, no pierde de vista la riqueza especial de nuestro suelo, y, mas atrevido é innovador que el joven, no tiene reparo en mezclar, á la noble urdimbre de sus endecasílabos, la hebra producida por las arañas del litoral. Medrano, soñando con las aplicaciones de un nuevo producto desconocido, se complace en contemplar:

... .el incesante anhelo
Con que la araña entre las verdes tunas
Sus capullos de seda está tejiendo.

La poesía de Medrano es, á nuestro juicio, una prueba irrefutable del simbolismo de la célebre oda de Lavarden.

---

(1) «Estudios biográficos y críticos sobre algunos poetas sudamericanos anteriores al siglo XIX.» Ed. 1865 pág. 106.

El pensamiento de la primera estrofa de la poesía de Medrano, no es otra cosa que una atrevida concitación para venir á presenciar la *realización* de la *sublime ficción* del docto hermano de Aristeo, dirigida á la multitud lastimosa que había eclipsado el claro aspecto de la santa verdad, con la ponzoña del error, dañando á la razón.

¿No es un anuncio evidente de la lucha sin cuartel á que se preparaban estos pueblos, esa visión de Marte, que llega, conducido en el estrepitoso carro de la guerra, por la inexorable Diosa, infundiendo en todos el terror y el miedo?

¿Y no es una alegoría perfecta de la desolación, que arrasaría las márgenes del Plata, y un pronóstico heróico de la situación que se seguiría, ese llanto derramado por Pluto en el regazo de su apacible Madre y ese abandono que hacen ambos de las costas del *platéo rio,* para buscar en otros climas el sociego?

En seguida, se atempera esa visión aterradora y se acalla ese estrépito guerrero; haciendo aparecer á un oráculo, á un:

«*Alado querubin del Dios de Délfos*» que canta,
«*Los que empiezan así, divinos versos:*»
«*Augusto Paraná!... sagrado rio!*

atrayendo con su canto á Dios, quien desciende *mansamente* á estas tierras, repartiendo los abundantes dones de Amaltea, «*Sin temer de Belona los estragos*».

¿Como admitir que estas figuras, estas imágenes y este lenguaje, no sea otra cosa que obligado tributo del gusto literario de la época á los gastados recursos de la mitología griega y romana, de que tanto abusó el seudo-clasicismo?

El valor intrínseco de la oda de Lavarden, no es tanto que, él solo, pueda justificar su éxito, ni explicar el prolongado coro de composiciones análogas, con que fué glosada y festejada; y, á nuestro juicio, hay mucho que estudiar respecto al verdadero carácter de todas estas poesías.

Dr. D. DOMINGO DE AZCUÉNAGA

Azcuénaga era de Buenos Aires. A juzgar por la abundancia de las poesías suyas que se han conservado, ha sido poeta fecundo, muy en boga en su época.

Cultivó especialmente el apólogo, y sus fábulas demuestran que era hombre ilustrado y de ingenio, que sabía encontrar, entre los secretos del arte, el mejor modo de impresionar al público, presentándole ideas y propósitos morales y políticos, sin cohonestar sus usos y costumbres, y halagando sus propias miras en las acciones de los personajes.

La naturalidad de su estilo, y la dignidad y gracia con que relata los sucesos, lo hacen un apologista muy apreciable, de positivo mérito, además del que ya tiene para nosotros por el hecho de haber sido el primer argentino que cultivara y descollara en ese género de poesía.

Sus composiciones del tiempo de la revolución de Mayo, muestran que fué patriota entusiasta y que siempre estuvo con ella.

Su *crítica á la prensa argentina*, es un precioso ejemplo del tono mesurado y complaciente que debían usar aquellos hombres para ir dando alas al disgusto del pueblo, sin despertar las iras del gobierno; y en esta especie de balance de cargos y descargos, á que somete, en su juicio, al periodismo de la época, se ve que, en resumidas cuentas, aprueba todo lo que estaba enderezado á tumbar la situación y condena todo lo que, no estando directamente vinculado con este objeto, era, por otras razones, criticable.

Así, le parecía mal que se hablara con grosería y desvergüenza, porque, además de ser eso una cosa detestable, podía serles á todos fatal, lo que importaba, no censurar el hecho, sino la oportunidad; y, en cambio, le parecía bien que se auspiciase la supresión del Tribunal de la Inquisición, á cuya institución la llama *secta*, aplaudiendo la aseveración de que la casa reinante era enemiga de sectas, lo cual, no era adherir á la casa, sinó á la revolución contra las instituciones.

Reprobaba que se confundieran las expresiones

libre é *insurgente*, sabiendo, como todos sabían, que la *lealtad* es cosa muy distinta de la *libertad*; y, escarmentado con las contrariedades á que los había expuesto muchas veces la ignorancia y la imprudencia de algunos, los aconseja á que abjuren esos errores, para no acarrear males á la causa ó, como él dice para que no paguen justos por pecadores.

Interesantísimo es también el soneto escrito después del desastre de Sipe-Sipe, que concluye diciendo:

> «*Con que, digamos con angustia tanta,*
> «*Que el diablo se llevó la causa santa.*

porque muestra el estado de abatimiento que produjo aquel contratiempo en el ánimo del pueblo de Buenos Aires; así como también el siguiente, titulado «*al censor en Buenos Aires*», cuya última parte es todo un proceso de ética periodística, notable por la agudeza de la sátira:

> Y aunque digan algunos rodavallos
> Que es Vd. algo escaso de meollos,
> No desperdicie el tiempo en impugnallos,
> Porque todos sabemos que hay criollos
> Que se ponen á hacer papel de *Gallos,*
> Sin que puedan hacer papel de *Pollos*

Aún cuando reconocemos que no tiene ningún valor literario, hemos incluido, entre las poesías del Dr. Azcuénaga, su composición titulada «*Letrilla*», porque es una crónica detallada de las ocupaciones que tenían y de los cargos ó funciones públicas que

desempeñaban muchos de los hombres que más se distinguieron en el período de la revolución, en la política, en la guerra ó en las letras, sobre los cuales conviene recoger el mayor número de datos que ilustren sus vidas.

MIGUEL DE BELGRANO

Don Miguel de Belgrano era porteño. Siendo muy joven, pasó á España para ingresar en las academias militares, y revistaba en el batallón «*Guardias de Corps*» que, por estar destinado casi exclusivamente á prestar servicio al rededor del monarca, ha sido siempre uno de los cuerpos más distinguidos del ejército español.

Se batió contra los ingleses cuando estos pretendieron apoderarse de las naves de guerra que tenía España en el Ferrol, realizando aquel desatentado desembarco de 10.000 hombres en el puerto de Domiño, en que rechazados por los Generales Negrete, Donadio y el jefe del apostadero, Melgarejo.

Durante el tiempo que duró esta campaña, Belgrano escribió la crónica en verso que se titula «*Rasgo histórico poético.*»

Esta composición, escrita en octavas reales, es del género de las relaciones en verso, tan en voga en aquella época, que no alcanzaban á poemas épicos y se pasaban de cantos ú odas.

Su valor literario es muy escaso. La narración no puede ser más simple, el lenguaje rebosa la erudición pagana que informa la poesía del siglo XVIII, y el estilo no llega á salvar las formas de la conversación familiar.

Belgrano estuvo en Buenos Aires en 1801, haciendo uso de real licencia, según él mismo nos lo dice en la introducción con que publicó sus versos en el *Telégrafo Mercantil*, y es de suponer que regresó á la península, pues por el tono del «Rasgo poético» que escribió en obsequió del valor y lealtad con que los habitantes de Buenos Aires repelieron las invasiones inglesas, se vé que él no estaba aquí en aquella época.

Pronunciado el país por su independencia, vino Belgrano á luchar al lado de sus compatriotas, y, en el «*Rasgo épico descriptivo*» con que rememora la batalla de Maipo, palpita su amor á la causa de la revolución y su admiración hacia el General San Martín.



ANTOLOGÍA



JUAN MANUEL FERNANDEZ DE AGÜERO Y ECHAVE



SONETO

Deten el paso oh peregrino y mira
Lleno de pasmo, horror y sentimiento,
El suntuoso sepulcro y monumento
Cuya inscripción un tierno llanto inspira.

Aquí Melo reposa, y no respira.
Su grandeza y poder que fué un portento,
Rendida, aniquilada, en un momento,
A impulso de la Parca ya se admira.

Cuando gozaba de un imperio quieto
Su vida terminó. ¡Que desconsuelo,
Dejando á la memoria un triste objeto!

¡Mas, no murió, que con heróico vuelo,
Sin eludir el general decreto,
Pasó á fijar su imperio allá en el cielo!

MADRIGAL

En antártico, bello, ilustre polo,
Donde glorioso reina el grande Apolo,
Mi alumno estaba con las Musas bellas
Que agraciadas miraba como á estrellas.

Gozaba satisfecho sus delicias;
Dispensabanle, cuerdas, sus caricias;
Mas, residiendo en argentino suelo
No mira la luz clara de este cielo.

Cuando quieto reposa,
Como nube impregnada y tempestuosa,
Se descarga sobre él el rayo, el trueno,
Oyendo el metro pleno
Horrible y desgreñado,
Que de esta esfera el coro destemplado,
Al cantarse las glorias del gran Melo,
Le inspira horror al cielo,
Pues vomita del Etna y del Averno
Incendios que publican odio eterno.

Cansado Erato ya de dar quejidos
Y de entonar sus justos sentimientos,
Reprime de su pecho los gemidos
Para dar lugar á otros concentos.

Ellos publicarán como impelidos
Los insultos altivos y violentos,
Haciendo ver que puede la malicia
Asaltar impetuosa á la pericia.

Prosigue ya terpsícore cantando
El asunto que vamos lamentando.

LETRILLAS SATÍRICAS

Yo, Terpsícore, que entono
En los bailes y en los cantos,
Para excusar tristes llantos
En música acorde tono,
Sin enojo y sin encono
Reparo, noto y advierto,
Que un Poeta ciego ó tuerto,
Entre otros de su calibre,
Poetiza orgulloso y libre:

Unas décimas compone
Sin claridad, sin dialecto;
Ni advierte que este defecto
No hay versista que lo abone;
Y para hacer que consone
Entre sí el verso incadente,
Al mismo metro desmiente,
Armando un galimatías
Sólo visto en nuestros días.

De su estilo la bajeza
Me pasma, y el guirigay;
Advirtiendo que allí no hay
Concepto, gala, pureza:
Acaso formó de priesa
Su verso ó su geringonza;
Por eso su Musa intonsa,
Mudando acento en graznido
Ingrata se muestra al oido.

La soltura que se encuentra
En tal grado es demasiada,
Que, por ser prosaica, enfada,
Descalabra y atormenta;
Se cree que no llevó cuenta
Al formar esa poesía,
O imaginó que no había
Otra regla que el antojo,
La audacia, furor, y arrojo.

¿Cuando se ha visto elogiar
(Dice en sus ruines coplillas)
A un hombre de campanillas
Como se te ve á tí usar?
Esto es querer abusar,
Repite, de aquel honor
Que á un caballero y señor
Se debe: querrá decir,
Mas no lo supo ingerir.

Yo me asombro, me estremezco,
Al ver que sin justa ley,
Él denomine á un Virrey
Con un título frailesco.
Por Júpiter, que le ofrezco
A ese poeta renacuajo,
Que Apolo como á un andrajo
Le trate, y luego al momento,
De azotes le aplique un ciento.

Y si éste repara atento
Otras faltas y defectos,

De esos errados conceptos,
Le ha de añadir mil á ciento.
Pero su arrepentimiento
Puede, si fuere oportuno,
Hacer que castigo alguno
Sufra, y proteste en tal caso,
No subir mas al Parnaso.



JOSÉ GABRIEL OCAMPO

POEMA PANEGÍRICO

DÉCIMAS *

Meritísimo campeón
Cuyas gloriosas proesas
En bronce quedan impresas
Para honra de la nación;
Ese emulable blasón
Con que Marte te ha premiado
Con aplauso universal,
Nos presenta un General
De valor agigantado.

II

¿Con quién te compararé
Gran aborto de heroismo?
Pues me confundo yo mismo
En los prodigios que sé:

* Impreso No. 3895 de la Bibl. Nacional y, «La Imprenta en Buenos Aires» p. j. T. Medina. pgs. 247 á 251.

Ya pareces un Josué,
A cuyo guerrero aliento
Obedece el firmamento;
Ya el invencible Gedeón,
Que por su ley y nación
En victorias fué portento.

III

Tan poderoso ascendiente
En las batallas teneis,
Que al enemigo escogeis
Como Alejandro, clemente.
Este anglicano valiente
Que tantos triunfos blasona,
Hoy aturdido, pregona
Que sus acciones rivales
Son preciosos materiales
Para labrar tu corona.

IV

Cual otro David triunfante,
Con general alabanza
Arruinaste la esperanza
De ese Goliat arrogante,
De ese émulo protestante,
Que atrevido é insolente,
Con envidia diligente
Quiso burlar nuestra ley,
Y robar á nuestro Rey
Este rico continente.

V

Eres un fuerte Sansón
En la lucha militar:
Sois el nuevo Montemar,
(Diré más bien un león).
En eterna aclamación
Tu nombre resonará,
Y todo el mundo sabrá
Que tu gloriosa memoria
En los fastos de la historia
Por aborto se tendrá.

VI

Cuando hago reminiscencia
De nuestra brillante gloria
El marqués de la Victoria
Resucita á mi presencia:
La fama con impaciencia
Ya quisiera colocarte
En las alturas de Marte,
Para que el mundo conozca
Que todo rival es mosca
Contrapuesto tal baluarte.

VII

Los caminos del trofeo
Enseñais en un momento,
Y con valor das aliento
Esforzado Macabeo.
No hay patricio según veo,

Que respire cobardía,
Porque siendo Vos su guía,
Aun el sexo mujeril
Quisiera tomar fusil
A vista de tu energía

VIII

Esas valientes legiones,
Esas huestes inmortales,
Que tan prontas y puntuales
Aprendieran tus lecciones,
Son otros tantos blasones
Que en apoyo de tus glorias
Publicarán las historias,
Haciendo al orbe patente
Al Anibal más valiente,
Al Aquiles en victorias.

IX

Las británicas gargantas
Subyugadas á tu acero,
Son el clarín verdadero
De las victorias que cantas.
¡Qué campo de glorias tantas!
No le encuentro parangón:
Calle el famoso Scipión
Que se precia sin segundo;
Pues Vos te ganas un mundo
Tan solo con una acción.

X

En mil abismos me hundo,
Cuando presento á la vista
La admirable reconquista
Que hiciste del Nuevo Mundo;
Y mucho más me confundo
Cuando veo que en campeones
Trasformas esas legiones
Que dominaba la paz,
Esos hombres que jamás
Ni vieron las municiones.

XI

Es pública tu energía
A la faz del universo,
Como el valor y el esfuerzo
De los nuestros este día:
Tanta fué la valentía
Que mostró cada soldado,
Que Beresford despechado
Arroja su propio acero,
Y se rinde prisionero
Al español esforzado.

XII

Este altivo general
Que humillaste á vuestros pies,
Argumento claro es
De tu fama sin igual:
¿Qué dirá vuestro rival

A vista de tal acción?
Lleno ya de confusión
Este bárbaro pirata,
Al gran Río de la Plata
Respetará con razón.

XIII

Ya querría el Comodoro
Que se olvide tu memoria;
Pero será vuestra gloria
Escrita con letras de oro,
Para que vuestro decoro
Y talento militar,
En la tierra y en el mar
Se lleven la admiración,
Porque sois de la nación
Un héroe tan singular.

XIV

Cual otro Jepté buscado
De los suyos, fuiste Vos,
Siendo por pública voz
Por general aclamado.
Todo el mundo ha celebrado
Ese honor tan merecido:
Porque solo Vos has sido
Quien en nuestro continente
Por salvar á tanta gente
La defensa has dirigido

XV

Tanto tu mérito alcanza
Por tan heroica función,
Que, tu rey y tu nación
Han puesto en Vos su confianza;
Esa gloriosa alabanza
Con que el soberano mismo
Elogia tu patriotismo,
Prueba, con toda verdad,
Tu valor, tu lealtad,
Y tu brillante heroismo.

XVI

Brigadier de Real Armada
Es tu nombre predicado,
Con que el Rey ha decorado
Esa acción tan elevada:
La patria reconquistada
A costa de tu energía
Quisiera que cada día
Crecieran tus caracteres,
Pues su vida y sus haberes
Debe á vuestra valentía

XVII

De ese Río dilatado
Eres Vos el General;
De la Audiencia Pretorial
Presidente muy honrado:
Gobernador muy amado

De tu pueblo agradecido,
Que á ley de reconocido
Por su pleno Ayuntamiento,
Con perpétuo *Regimiento*
Vuestra casa ha distinguido.

XVIII

El Príncipe de la Paz,
Con el Marqués Caballero
En un encómio sincero
Dan una prueba eficaz,
Que memorable serás
Por el celo agigantado
Con que habeis reconquistado
Esa noble Capital,
A costa de ese rival
Cuya sangre has derramado.

XIX

Si tantas honras, Señor,
Os grangeó la reconquista,
¿Que premio habrá que resista
De los triunfos el mayor?
¡Sabia escuela del valor!
Buenos Aires, di, te ruego,
¿Quien reparó tu sosiego
En el ataque reciente,
Sino ese jefe valiente
Con el vigor de su fuego?

XX

¿Quien enjugó vuestros ojos
Cuando tu ruina llorabas?
¿A quien, á quién exclamabas
Entre tus tristes despojos?
¿Quién sugetó los arrojos
De esa bárbara nación,
Sino ese grande campeón,
Que con truenos en las manos
Supo rendir los tiranos,
Y reparar tu aflicción?

XXI

Cuando esos mares sangrientos
Vuestras calles inundaban,
Cuando los aires poblaban
Alaridos y lamentos,
Cuando vuestros fundamentos,
Bamboleando todos visteis,
¿A cuyo brazo acudisteis
En tal tragedia y estrago,
Sino al del fuerte Santiago?

XXII

Por nueve partes ufano
Os acomete el inglés:
Pero vió segunda vez
Que fué su poder en vano;
Rendido ya el anglicano

Por nuestro gran General,
Haciendo más inmortal
Nuestro glorioso trofeo,
Entrega Montevideo
Por precaver todo mal.

XXIII

¿Puede darse comprobante
Que con mayor evidencia
Acredite la excelencia
De tu fama retumbante?
¿Que prodigio mas constante,
Y de más merecimientos,
Qué mayores documentos
La patria puede desear
Para poderse gloriar
Del mayor de sus portentos?

XXIV

¿Pero que tengo que hablar
Cuando el orbe está sabiendo
Que en Vos está consistiendo
Ese gran brazo de mar?
Es supérfluo ponderar
Un asunto tan notado,
Pues que todos han palpado
Que os burlasteis del inglés.
¡Que mucho si sois Liniers!
Basta, que todo he hablado.

XXV

Solo me resta, Señor,
Que admitas este presente,
Como una prueba evidente
De mi respetuoso amor:
Y ya que tengo el honor
De presentarme al servicio,
Hazme Vos el beneficio
Que suplico á tu bondad,
De rendir mi voluntad
Al más grato sacrificio.

XXVI

Vos ¡oh jefe generoso!
Emisario del valor;
Vos, que fuiste como autor
De tanto triunfo glorioso;
Vos, Huidobro famoso,
Real ministro sin mudanza,
Sois muy digno de alabanza
Por esa acción inmortal,
De darnos un general
Que era toda tu confianza.

XXVII

Sabia Audiencia Pretorial,
Que cual brillante farol
Lucisteis al español
En la noche más fatal:
Rectísimo tribunal,

Por cuyo norte tenemos
Los triunfos que poseemos,
Permite que mi bajeza
De gracias á Vuestra Alteza,
Por tanto como os debemos.

XXVIII

Gran Príncipe diosesano,
Cuyos clamores al cielo
Preservaron nuestro súelo
Del dominio más tirano:
Dignísimo ángel humano,
Que por vuestra mediación
Defendiste la nación,
A nuestra patria y al Rey,
A Vos os toca por ley
Nuestro grato corazón.

XXIX

Muy Ilustre Ayuntamiento,
Cuyo celo singular
Debe el mundo pregonar
Por un glorioso portento:
Vos que auxiliaste al intento
De defender nuestro suelo,
Sacrificando sin duelo
Tus copiosos intereses,
Mil galardones mereces
Por tan generoso celo.

XXX

A Vos, conscripto Senado,
De los aciertos emporio;
A Vos que has hecho notorio
Tu consejo sazonado;
A Vos que tanto has velado
Por nuestra tranquilidad;
A Vos que sois en verdad
Todo el apoyo de Marte,
Gracias os doy de mi parte:
Dispón de mi voluntad.

XXXI

Esclarecidas legiones,
Columna de gran honor,
Que disteis ley al valor
Como temibles leones:
Memorables escuadrones
De hazañas tan distinguidas,
A vosotros son debidas
Nuestras gracias desde luego,
Porque solo vuestro fuego,
Pudo salvar nuestras vidas.

XXXII

Valerosos arribeños,
Cuya gloriosa memoria
Distinguirán en la historia
Aun los émulos isleños:
Vuestros grandes desempeños

En el ataque reciente,
Probarán perpetuamente
Que fuisteis, por el valor,
De los rivales terror,
Y gloria del continente.

XXXIII

Calla, vil calumniador,
Calla sir Home Popham,
Que pretendes con afán
Disfrazar nuestro valor:
Mira, y advierte, traidor,
A la verdad más constante,
El nuevo triunfo brillante
Que acaba de acreditar,
Cuanto procuras negar
De nuestro valor gigante.

XXXIV

¡Oh, vil pirata sangriento!
Que á pesar de tu altivez,
Has sido más de una vez
De nuestra gloria instrumento:
¿Acaso tendrás aliento
Para nuevas invasiones?
¿Por ventura, tus facciones
Querrán renovar el miedo
Que tuvieron al denuedo
De los indianos campeones?

XXXV

¡Ea! pérfida nación,
Ya llevas el escarmiento,
Y nos dejas documento
De vuestra vil rendición;
No quieras otra ocasión
Provocar nuestra energía,
Porque entonces á porfía
Vomitaremos centellas,
Para no dejar ni huellas.
De tu bárbara perfidia.

XXXVI

¡Oh purpúreo monumento,
Que con preciosos carmines
Coronastéis vuestros fines
Sin perder vuestros alientos!
¡Oh despojos cenicientos,
Que entre el polvo disfrazais
Esas glorias que gozais
En la tierra y en el cielo,
Sed protectoras del suelo
Cuyos senos adornais!

XXXVII

¡Oh portentoso patrono
De esta noble capital!
¡Oh María, antemural,
Nuestra defensa y abono:
Vos que fuisteis ante el trono
Nuestro constante abogado,

Vos que más has militado
Por tu distinguido empleo,
Sois el dueño del trofeo,
Gloriosísimo soldado!

XXXVIII

Alábente las naciones,
Divinísima Señora,
Poderosa protectora
En todas nuestras acciones:
Vuestros son estos blasones
Que canta patria y santuario:
En las ruinas del contrario
Vos teneis la mayor parte,
Pues disteis á nuestro Marte
Las armas de tu rosario.

XXXIX

¡Oh Dios grande, Dios clemente,
Árbitro de las victorias!
Vuestras son todas las glorias
Que blasona el Continente:
Por tu brazo omnipotente
Hemos triunfado, Señor;
Vuestro ha sido ese valor
Que alentó nuestras empresas;
Vuestras son esas proezas,
A vos se debe el valor.

Dr. D. JUAN BALTASAR MAZIEL



SONETO

SE CONSUELA Á LOS PORTUGUESES VENCIDOS POR EL EL EXCMO. D. PEDRO CEVALLOS

Cuando el invicto Eneas vió rendido
Al joven Lauso, que á sus pies postrado,
Sintiendo de su suerte el fatal hado
Maldice el polvo que mordió rendido;

No te aflijas, le dijo condolido,
Por ser despojo de mi brazo airado;
Que el mayor timbre de tu orgullo osado,
Es ser mi espada la que así te ha herido.

Tal es ¡oh generosos lusitanos,
La gloria que revela vuestra caída
Cuando del gran Cevallos sois trofeos!

Pues mucho gana quien se rinde á manos
De este hijo de Minerva, que la egida
Blandió mejor que Ulises y Teseo.

EN ELOGIO DE D. PEDRO CEVALLOS *

APOLO PRESIDIENDO EL CORO DE LAS MUSAS AL SON DE SU LIRA, LAS EXORTA PARA QUE CANTEN LAS PROEZAS DEL JÚPITER ESPAÑOL.

Al dulce temple, hermanas de mi lira,
Las proezas cantad, y las hazañas
Del Júpiter tonante que postró,
Sin disparar un rayo á Lusitánia.

CLÍO

PRIMERA MUSA

Yo al golpe de mi plectro
Haré que en todo el orbe,
Resuene con sus glorias
De Cevallos el nombre.

EUTERPE

SEGUNDA MUSA

Yo con pastoril flauta
Haré que no haya bosque,
Ni montaña, que el éco
De Cevallos no asombre.

---

* M. S. de la colec. de Dn. J. M. Gutiérrez existente en la Bibl. del Sen. Nal. que es copia del original autógrafo.

THALÍA

TERCERA MUSA

Yo en dramas y comedias,
En los teatros y cortes,
Aplaudiré á Cevallos
Cual español Mavorte.

MELPÓMENE

CUARTA MUSA

Yo en trágicas excenas
Que aún al Olimpo asombren,
Haré ver que Cevallos
Emula hasta los Dioses.

TERPSÍCORE

QUINTA MUSA

Yo al compás de mi flauta,
En danzas siempre acordes,
Haré alarde á Cevallos
De sus trofeos y loores.

ERATO

SEXTA MUSA

Yo con metro galante,
Al aire de mis voces,
Cantaré de Cevallos
Las ilustres acciones.

POLÍMNIA

SÉPTIMA MUSA

Yo con mi dulce lira
En odas y canciones,
Haré salva á Cevallos
Con pena de Calíope.

URANIA

OCTAVA MUSA

Yo, que mi voz atrae
Aún los celestes orbes,
Remontaré á Cevallos
En las constelaciones.

CALIOPE

NOVENA MUSA

Yo con versos heroicos,
En sublimes transportes,
Pienso hacer de Cevallos
El héroe de los héroes españoles.

SONETO *

EL MUY ILUSTRE Y VENERABLE DEAN Y CABILDO
DE ESTA STA. IGLESIA CATEDRAL,
HABLA AL EXCMO. SEÑOR D. PEDRO DE CEVALLOS,
SU VIRREY Y VICE-PATRONO.

No del soberbio Capitolio erguido
Hoy envidia su pompa mi fé atenta,
Cuando es la magestad que aquel ostenta
De un Júpiter faláz y fementido.

Aquí el Dios que preside siempre ha sido
Verdadera deidad, que nos presenta
Humanado el espíritu, que alienta
El valor de tu pecho esclarecido.

Entrad héroe, por tanto victorioso,
En este templo de tu Dios augusto,
A hacerle de tus triunfos sacrificio.

Entrad, que nuestro espíritu obsequioso
Sus votos todos unirá con gusto
Para haceros su nombre más propicio.

---

* De un m. s. de Segurola, existente en la Bibl. Nal. No 3354-3361 página 285.

JÁCARA TROTONA *

(*Inédita*)

No extrañen señores
Que yo apoltronado
Haya estado á vista
De un recio fandango.
Ausente me hallaba
Por mi infelíz hado,
Cuando aquí bailaban
Con todos los diablos.
A la voz del ruido
Vine apresurado,
Deseoso de ver
Sarao tan extraño.
Entré por la calle
De los padres magros,
Que cuanto más gordos
Se muestran más flacos.
Y luego, al momento
Me salió al atajo
Uno, que la gorra
Tenía de Pilatos.
Deténgase, dice,
Todo mesurado,
Que por aquí ya
No hay más paso franco.

* De un manuscrito de don J. M. Gutiérrez, existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

Hombre, le replico,
¿Estáis endiablado?
¿Quién pudo cerrar
Camino tan ancho?
¿No es esta la calle
Por donde han entrado
Cuantos han querido
Ser afortunados?
¿No está aquí la Aduana
Donde se han cobrado
De las sumisiones
Los hechos forzados?
Déjeme, por Dios,
Que vaya postrado
Siquiera á rendirme
A *Mendaña* y *Blanco;*
Pues sin duda temo
Que de lo contrario,
Seré de estos padres
El hijo bastardo.
Y ya en adelante
Me veré hecho el blanco
Donde asesten todos
Sus tiros mas pardos.
—¡Que pardos,—me dice,
—Ni padres, ó Diablos,
Si hasta de sus casas,
Están ya expulsados!
—Esta voz terrible
Cual si fuera rayo,

Me desconcertó
Y dejó aterrado.
Procuré volver
De mi sobresalto,
Y como mas pude,
Le dije temblando:
—Con qué, hombre: ¿es posible
Que se haya acabado
De *la Compañía*
El reino tirano?
Mas, ¿Cómo es capaz
Que á un poder tan vasto,
Que el bueno de *Alonzo*
Hacía mas osado,
Porque lo afianzaba
En aquel ternario
De ciencia y riquezas
Con muchos soldados,
Haya habido quien
Sea tan temerario
Que se haya atrevido
Y lo haya arruinado?
¿No es éste aquel mismo,
Que ahora pocos años,
Aun de dos coronas
Frustró sus tratados?
¿No es el que triunfó
Y siempre ha triunfado
De cuantos, por Dios,
Fueron sus contrarios?

¿No es el que tenía
En su gran Cevallos
Su imperio absoluto
Bien asegurado?
Pues, ¿y el ministerio
A que iba llamado,
Y con el que á todos
Tenía asustados?
¿Qué efecto ha tenido,
Y cómo ha dejado
Que así se aniquile
Su más rico banco?
¿Qué ha hecho el Padre Diego
Inquisidorazo,
Que del Santo Oficio
No ha vibrado rayos?
Qué el Padre Juan Carrio
Gata mari-ramos,
Que con su Deo-gracias
Invocaba al diablo?
¿Cómo no han podido
Frustrar con engaños
Y sus muchos pesos
Golpe tan pesado?
—¡Qué Diego, ni Carrio,
Cuervos, ni Cevallos,—
Me dijo,—si todos,
Están ya en tres palos!—
Cevallos á penas
Vió volcado el plato,

Vomitó á los dos
Que se había tragado.
Como la substancia
Les había chupado,
Y lo que quedaba
Le había de hacer daño,
Al momento mismo
Las bascas le entraron,
Y las arrojó
Su estómago blando.
Quedaron aquellos
Dos pobres cuitados
Sin piel ni pellejo,
Esperando el santo
Que ya se les dió;
Y luego pasaron
A despellejar
A los italianos.
Cevallos con esto
Desembarazado
De los que ya le eran
Fardos muy pesados,
Fué y entró á la Corte
Como mojigato,
Acechando empleos
Que aquí había soñado.
Todos se le esconden,
Y le paga el diablo
Sus grandes servicios
Por pasos contados.

Pues como él á todos
Dejó aquí engañados
Con vanas promesas,
Se ve allí burlado.
Cuando fué á besar
De Carlos la mano,
Llevó al de San Juan
Para su reparo.
Poco le sirvió
Padrino tan caro,
Pues el justo Rey
Con su seño airado,
Le arrojó una ojeada
Que cual otro rayo
Postró por los suelos
Aquel Goliat falso.
—Quiten de aquí - dijo,
—A ese loco insano,
Estátua de viento
Con los piés de barro.—
Después que volvió
Del fatal desmayo
Recibió una herida
De cien mil morlacos
Que había en el Colegio
De Cádiz dejado
Como de reserva
Para algun fracaso.
Ni se quedó en esto,
Que aquí le han pillado

Cincuenta y seis mil
En los mismos fardos
Que su corredor
El Padre Juan Carrio
Mercó en la Colonia,
Con notable daño
De los comerciantes,
Y del soberano
A quien sus derechos
Defraudó el bigardo.
Con aquestos golpes
Y otros que ahora callo,
Y que no compensan
Lo que ha defraudado,
Se vé el miserable
Tan caído y postrado
Que ya la tiricia
Lo tiene á su salvo.
Y volviendo atras
Sus ojos quebrados
Blasfema de Carrio,
Diego, y sus sectarios.

Luego que escuché
Sucesos tan raros,
Quedé mas confuso
Que un encapillado.
—Adios, camarada
Le dije al soldado;
Y tomé la vuelta

Con tal sobresalto,
Que llegué á dudar
Si estaría soñando,
O si yo gozaba
El rapto de Pablo.
No bien dado había
Tres ó cuatro pasos,
Cuando un buen amigo
Que me encontró acaso,
Me quitó las dudas,
Y paso por paso
Entró á referirme
El suceso extraño.
Me añadió, que, á Roque,
Aquel bello enano
Que hizo su figura
En tiempos pasados;
Aquel fiel conducto
Por donde Cevallos
Nunca saber pudo
Sino lo mas falso;
Aquel que con chismes
Que son de quebrados,
La factura propia
De los contrabandos;
Aquel finalmente,
Que por puro y casto,
Dejó muy atrás
A Sadarnápalo;
Que á Roquillo, dijo,

Me le había tocado
Una buena parte
En aquel fracaso,
Y que por sus culpas
Iba destinado
A purificarse
Allá en Maldonado,
Donde al mismo tiempo
Serviría á Cevallos
Aumentando el pueblo
Que dejó fundado.
También me contó,
Que Lerdo, aquel Sancho
A quien lo pollino
Envidiaba su asno,
Aquel cuyo peso
Lo lleva agoviado,
Y siempre parece
Que le tira al pasto:
Aquel que despues
De ser tan pesado
Andaba ligero
En pos de Cevallos,
Que era su Quijote,
Y el mas desgarrado
Entre la gavilla
De sus muchos criados;
Que era el mayor fuelle
Por donde aquel diablo
Arrojaba el aire

De su álito osado;
Que no perdonó
Ni aún lo más sagrado,
Porque hacía gala
Del mayor escándalo;
Cara de vejiga
De viento soplado,
Según lo define
Todo el Peripato:
Que éste, pues, también
Iba caminando
Con el buen Roquillo
Para Maldonado,
Pueblo en que podría
Como tan maestroso,
Hacer el ritual
A sus Magistrados,
Para ceremonia
De paz, en que tanto
Apuró su ingenio
Mas Lerdo que Sancho.
Díjome igualmente:
Que iba con entrambos
Un tal Arizaga
De talentos raros;
Hombre en quien había
Confiado Cevallos
Cuanto en su conquista
Robó al Soberano;
Y á quien, á si mismo,

Lo tenía nombrado
Por encomendero
De todos sus trapos:
Porque era razón
Que aquellos rezagos
De medias, calzones,
Chupas y zapatos,
Lo fuese á expender
En su pueblo amado
Ya que lo dejó
Desnudo y descalzo.
Que con estos tres,
Iba acompañado
El francés Lasala,
Para hacer el diario
De sus aventuras
Y extraños acasos,
Pues con las gacetas
Que había forjado,
Y de que dió norma
A su suegro Caro,
Cuando de mentiras
Llenaba este teatro,
Tenía á su favor
Los votos ganados
Para ser diarista
De fracasos tantos.
Por fin, me expresó
Que á mas, otros cuatro,
Con esta tormenta

Habían naufragado;
Y que por su dicha
Habían ya ganado
Una isla, en que pasan
Sus culpas llorando.
Yo confieso amigos
Que al oir tan extraños
Sucesos, que nadie
Se había imaginado,
Quedé tan confuso
Y tan abismado,
Que no he vuelto en mí
Ni volveré acaso.
Por esto, á pesar
De mi humor salado,
Me he estado en silencio
Como un ermitaño.
Todo se me ha ido
En mirar á lo alto,
Y adorar de esta obra
La divina mano.
Que Dios la conserve
Por eternos años,
Y guarde aquel héroe
Que la ha ejecutado.

ROMANCE *

ESDRÚJULOS QUE EXPRESAN LA AFABILIDAD Y DULZURA DEL EXCMO. SEÑOR DON PEDRO DE CEVALLOS

Señor, que otras musas Délficas
Canten vuestros timbres ínclitos
Y que te exalte terpsícore
Sobre el Júpiter Olímpico.
La mía que en pobres cláusulas
Explica sus aires métricos,
Hoy por humano y benévolo
Quiere aplaudirte mirífico.
Sois de Jano glorioso émulo,
De dos rastros geroglífico:
El uno á la Iberia célebre,
Otro al Portugal terrífico.
Tu afabilidad sin límites
Este teatro antes horrífico
Lo transforma hoy, sin hipérbole,
En otros campos Elíseos.
El santo sois de esta América,
Que afable, dulce y benéfico,
Haceis sus delicias sólidas
Con vuestro cariño eléctrico.
Con razón, hasta los Pórtugues,
A gritos dicen verídicos:
Viva Ceballos, el héroe
Intrépido y humanísimo.

* Papeles m. s. de Segurola. Tom. 10 pág. 219 Bibl. Nacional.

CANTA UN GUASO EN ESTILO CAMPESTRE

LOS TRIUNFOS

DEL EXMO. SEÑOR DON PEDRO CEVALLOS. *

Aquí me pongo á cantar
Abajo de aquestas talas,
Del maior guaina del mundo
Los triunfos y las gazañas.
Del señor de Cabezón,
Que por fuerza es camarada
De los guapos Cabezones
Que nada tienen de mandrias.
He de puja el caballero,
Y vien vaia toda su alma,
Que á los Portugueses jaques
A surrado la badana.
Como á obejas los ha arriado
Y repartido en las pampas,
Donde con guampas y lazo
Sean de nuestra lechigada.
De balde eran, mis germanos
Sus cacareos y vravatas,
Si al columbear á Ceballos
No lo ha hecho así el come gente
O más aina: come Bacas,
Vuestro Don Pina Bandeira
Salteador de la otra Banda,

* Papeles de Segurola, Tom. 10; pág. 255, Bibl. Nal. La ortografía es tal cual está en el original.

Que allá por sus andurriales
Y siempre de disparada,
Huyendo como abestruz
Aun se deja atrás la gama...
Ya de Santa Catalina
Las batatas y baranjas
No les darán en el Pico
Aunque más griten chicharras.
Su colonia, raz con raz,
Disque queda con la playa,
Y en ella ¿quando la otra
Harán de azulejos casa?
Perdone Señor Ceballos
Mi rana silvestre y guaza,
Que las germanas de Apolo
No habitan en las campañas.

PÁRRAFO EN OCTAVAS *

Si alguna vez, ilustre y generoso
Príncipe de la Iglesia militante,
Del coro de las Musas fabuloso
Fué el auxilio superfluo y reduntante,
Es hoy, que por su numen decoroso
Te aplaude grata nuestra Escuela infante,
Y logra con envidia de Latona
Un verdadero Apolo en tu persona.

II

De Vos, pues, ya cual refulgente Apolo,
Invoco el sacro númen que propicio
Como sol de esta Escuela, podrá solo
Dar á su influjo el mas feliz auspicio.
Mas ay! que apenas te invoqué cuando Eolo
En sus céfiros suaves, sin bullicio,
A mas alto entusiasmo me arrebata,
Y de mi labio el reato se desata.

* Papeles m. s. de Segurola. No 3354 á 3361, pg. 258, Bibl. Nal. Esta composición fué leida por el P. Maziel en las fiestas que se celebraron en honor del Ilmo. Sr. Obispo de Buenos Aires el año 1781.

III

Si; honor y gloria del Hesperio suelo:
Vos, con la lira de tu dulce acento
El Apolo sereis de nuestro cielo,
Y el bello Atlante de este firmamento.
Por Vos las ciencias fijarán su vuelo
En este de tus luces monumento,
Y sereis en los fastos de su historia:
El fundador y padre de su gloria.

IV

No en vano hace brillar la Providencia
Vuestros primeros lustros en la esfera
Donde toda la ciencia reverbera
El flamante arrebol de su eminencia:
En Salamanca, digo, primavera,
Donde las flores, no sin competencia,
A Minerva le tejen la corona,
Con envidia de Marte y de Belona.

V

Allí el ensayo fué de tu explendor:
Pues cual astro de primera magnitud,
En los destellos del primer albor
Brilló gigante Vuestra juventud.
Mas ya aumentado Vuestro resplandor
De sus luces tendrá la plenitud,
Y á proporción de tan brillante oriente
Verá aquí su cenit mas refulgente.

VI

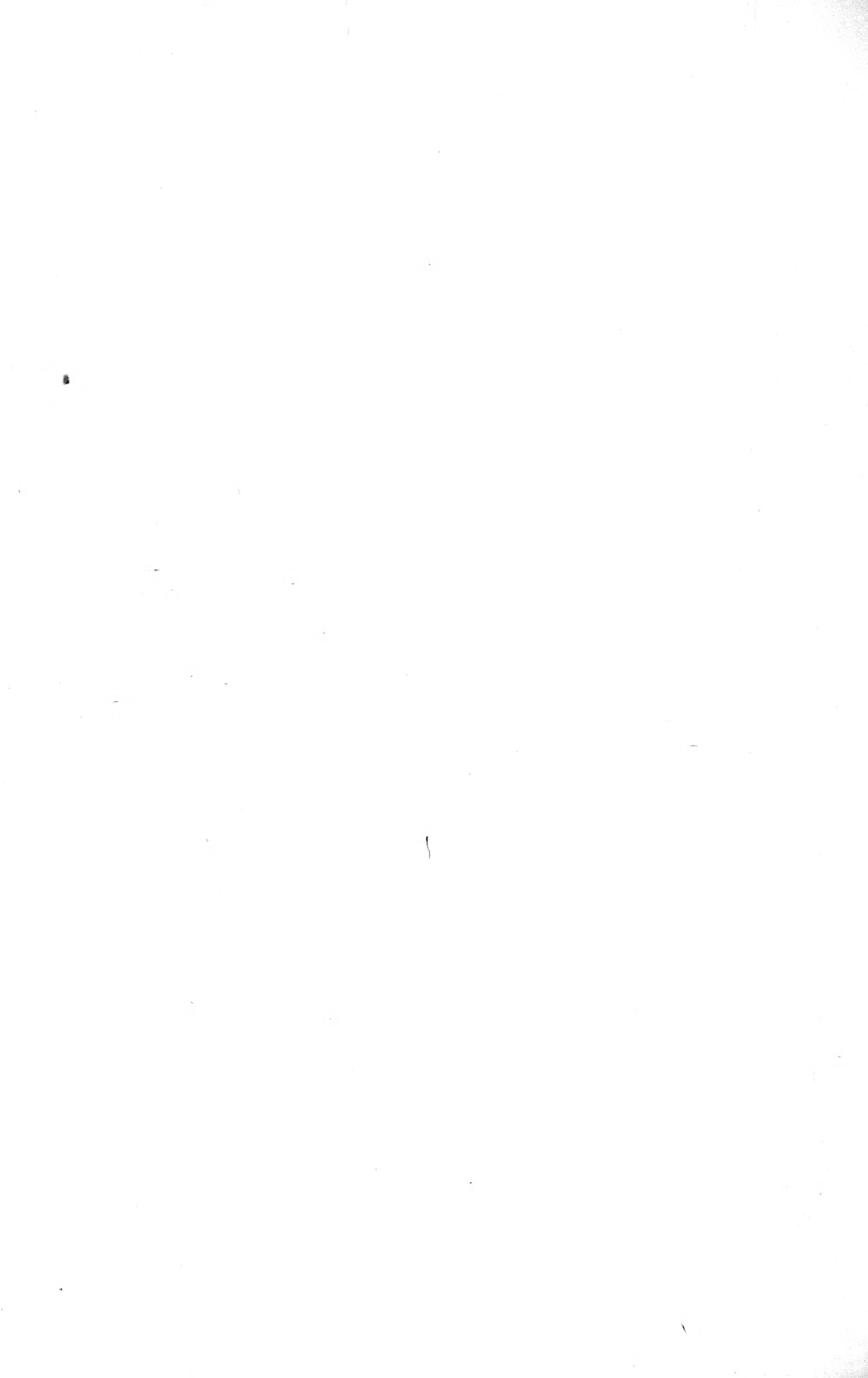
No, pues, su intelectual fecundidad,
Quiera cohibir su generoso aliento;
Ni permitais que esconda su humildad
El mas precioso don de su talento.
Haced que brille en la Universidad,
Que va á ser de las ciencias firmamento
Donde en jaspe se esculpa, que á tu influencia,
Debe su lustre y debe su existencia.

VII

¡Oh, y á que grado de honor tan soberano
La elevará tu sabia dirección;
Y cual será su gloria si tu mano
Le reconcentra tu alta protección!
Sin duda, que en el suelo Americano
Será el objeto de su emulación,
No ya cual Salamanca, bosquejada,
Sino perfeccionada é ilustrada.



JOSÉ PREGO DE OLIVER



EL SUEÑO

Arnesto, yo soñaba el otro día,
(Una vez que te digo que soñaba
Tu debes suponer que dormiría)
Soñaba, y va de cuento, que llegaba
A la cumbre del Pindo un mozalbete
Con gracioso chapín de tafilete.

Un manto azul de flores matizado
Aseguraba al hombro una presilla,
Y un tonelete de oro recamado
Dejaba descubierta la rodilla;
El pelo dividido en dos guedejas
Bajaba por la frente hasta las cejas.

Un aire fino y magestuoso muestra
El joven en su cuerpo y en su arreo;
Quedé dudoso al verle, y por su diestra
Que empuñaba el sagrado caducéo,
Que era Mercurio conocí al instante,
Mensajero de Júpiter tonante.

A recibirle sale el buen Ercilla,
Y arengándole á guisa de guerrero,
Jura por el bigote y la perilla,
Que será, para todo el Pindo entero
La lisonja mayor dar hospedaje
A tan recomendable personaje.

Lo conduce al palacio, y el monarca
En busca suya corre presuroso;
Con uno y otro brazo el cuerpo abarca
De su ínclito huesped generoso,
E imprimiéndole un ósculo en la frente,
Lo dejó con las babas reluciente.

¿Por qué, hijo de Mayo, dos renglones
A tu venida no has anticipado?
Mi despensa está hoy sin provisiones,
El Parnaso, distante del mercado,
Y tu venida al monte de improviso
Me ha puesto en un terrible compromiso.

No os aflijais por eso, le responde
El dios Mercurio lleno de mesura;
Yo no soy ningún Príncipe, ni Conde,
Y además, que estuve ayer con calentura,
Y el célebre Esculapio me ha mandado
Que en la comida me ande con cuidado.

En el salón entraron, donde estaban
Talia, Euterpe, y las demás hermanas,
Todas á la labor dadas, hilaban,

Que no son de las locas casquivanas,
Que el día gastan en chacota y danza:
¡Que bonito es tener buena crianza!

Ya á la vista te encuentras, dice Apolo,
De las Musas hermosas y doncellas,
Que si corres del uno al otro polo
No encontrarás, tal vez, cuatro como ellas.
Estaban á todo esto las muchachas
Mirando al joven, hechas unas gachas.

¡Oh Númenes Sagrados! grita entonces
El dios Mercurio, en lágrimas bañado:
Oh Númenes mas duros que los bronces,
Que habeis inexorables decretado
Que yo sea quien traiga á estos umbrales,
Poesías teológico morales.

Al nombre se estremece la techumbre,
Y las ninfas llenáronse de espanto;
El sol encapotó su hermosa lumbre,
Resonando por todo el monte santo
Las lágrimas mezcladas con las preces,
Y hasta el Pegaso relinchó dos veces.

La confusión por todo se derrama;
Y yo, queriendo huir del desconcierto,
Me dí un golpe mortal contra la cama;
Y á la violencia del dolor despierto,
Y ya con los sentidos despejados,
Reflexioné que hay sueños endiablados.

A CASAMAYOR *

Oh tú, que en el retiro
De tu casa te metes,
Y no exhálas siquiera ni un suspiro
Por mundanales dimes y diretes:
¿Porque no me respondes?
¿A que tu letra de mi vista escondes?

¿No te acuerdas, cuitado,
Que cuando estuve en esa,
Me tuviste en tu casa aposentado
Y me franqueaste liberal tu mesa,
Y de noche en la cena
Había siempre su marimorena?

Vuelve en tí, hombre adusto,
No niegues la palabra,
No más con tu silencio me des susto,
No hagas, pues, que mi genio se desabra,
Porque si me erizas,
Rogaré á Dios te nazcan tres mellizas. (1)

---

* De un m. s. de la Colec. de D. J. M. Gutiérrez, existente en la Bibl. del Sen. Nal.

(1) La contestación de Casamayor fué la siguiente:

¡Ah, Pepe! en mi retiro,
Ya que á broma lo metes,
Tras la tranquilidad gimo y suspiro,
Y huyo de tantos dimes y diretes.
¿Y á esto que me respondes?
¿Por que tus luces de tí mismo escondes?

CANCIÓN AL RÍO PARANÁ *

Salve, Paraná Sacro:
salve otra vez y mil, Dios majestuoso,
á cuyo simulacro
hace desde hoy sin duda mas famoso
el poema que elogia tu riqueza,
que las aguas que anuncian tu grandeza.
Si tú de clima en clima,
haces que se deslicen tus caudales,
también la santa rima,
que supo dar loor á tus raudales,
pasará ciertamente,
de región en región, de gente en gente.
Las Nereidas hermosas
al salir de sus húmedas moradas,

Verdad, soy un cuitado,
Mas no hay pocos en esa
En quienes está el dolo aposentado
Y se sienta con ellos á la mesa,
Al comer, en la cena,
Y anda por ellos la marimorena.

Sabes no soy adusto,
Puedes creer mi palabra,
Y no entiendas que me da susto,
Ni que nunca mi afecto se desabra,
Ni que el pelo me erizas
Con desearme otras tres mellizas.

* (El Telégrafo Mercantil núm. 4. Sábado 11 de Abril de 1801).

La poesía tiene la siguiente nota, que sigue al título:

QUE EN LOOR DE LA ODA DEL DOCTOR LAVARDEN PUBLICADA EN EL NÚMERO 1 COMPUSO NUESTRO DIGNÍSIMO SOCIO CORRESPONSAL DON JOSÉ PREGO DE OLIVER, ADMINISTRADOR PRINCIPAL DE LA REAL ADUANA DE MONTEVIDEO.

para hacerte obsequiosas
las ofrendas del culto acostumbradas,
elevan hasta el cielo
al vate insigne, al íncola de Delo.
Siempre que los Tritones
precedan á tu carro transparente,
sacando ronco sones,
del Caracol torcido refulgente,
celebrarán al hombre
que cantando tus glorias te dió nombre.
Tu soberana esposa,
encanto de los seres inmortales,
en su mansión algosa,
bajo un dosél de conchas y corales
colgó (por mas decoro)
la *invocación* escrita en letras de oro.
Si, Paraná, tú mismo,
lisonjeado de verte en el retrato
por el propio *egoismo*,
que aun á los mismos dioses es tan grato,
estimas igualmente,
la encomiástica rima, que el tridente.
Si acaso, Canción mía,
al acercarte á tu sagrado dueño,
lo enoja tu osadía,
dí, para desarmarle de su ceño,
en tono humilde y frío,
«*Augusto Paraná.... Sagrado Río*»....

DEFINICIÓN DEL CURRUTACO *

Arnesto mira, mira al *currutaco*
que gastó la mañana en el afeite,
cuan pomposo que sale de su casa,
y con cuanto desdén mira á la gente.
Mírale cuan erguido entra en el corro,
y apenas el fruncido labio mueve,
y el sombrero que lleva cual diadema
ni solo un dedo alzó de su copete.
El ancho corbatín su barba esconde,
y el pelo que desciende por la frente
unido á la patilla crespa y densa,
no más que la nariz deja al ambiente.
Hoy ya no trae del siniestro lado
como hace poco, el espadín pendiente:
¡Arnesto, Arnesto desaparecieron
nuestras costumbres cual la niebla leve!
Un largo alfanje de hoja retorcida
con anchas chapas de metal luciente
su diestra ocupa, y con semblante fiero
¡como lo blande! ¡cual el aire hiende!
Si le dices que derrotó Dario
al Macedón con sus terribles huestes;
que á Troya fundó Rómulo, y que Roma
su nacimiento á Diocleciano debe:

* B. N. El Telégrafo Mercantil T. II. No 29. pág. 223.
La composición apareció sin firma de autor, pero en la pág. 264 (número 32) se dice que es de Prego de Oliver.

Todo lo creerá, por más que añadas
que Witiza dechado fué de reyes,
que las naves cargadas de oro y plata
zarpan del Cuzco y entran en Orense;
y que en Farsalia, Marte por su mano
orló á Pompeyo de laurel las sienes.
Que son juegos olímpicos no sabe;
mas sabe en cambio los del *zacamete*,
de la *banca*, el *parar*, y otros de envite
que no los ha aprendido impunemente,
pues le cuestan mas riesgos y vigilias,
que de Pérgamo el sitio á Diomedes.
¡Pero, que no! Arnesto, ¿te irritaste?
quitame de mi vista al *Currutaco*,
ó de mi mano arranca los Pinceles.

A LA RECONQUISTA DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

POR LAS TROPAS DE MAR Y TIERRA
Á LAS ÓRDENES
DEL CAPITÁN DE NAVÍO DON SANTIAGO LINIERS,
EL 12 DE AGOSTO DE 1806.

ODA *

Al ínclito varón, al fiel caudillo
De las tropas hispanas,
Salud, prez y loor: las tristes canas,

* «La Imprenta en Buenos Aires» pág. 205.
Impresos 3850/3927 pág. 521 de la B. N.

La tímida doncella, el parvulillo,
A tí las palmas tienden,
Porque las tuyas su orfandad defienden.
¡La espada manejada por tu mano,
Qué de contentamiento
Hizo nacer bajo este firmamento!
¡Y cuanta angustia al escuadrón britano
Que con su pie amancilla
Un mundo que Pizarro unió á Castilla!
Las náyades triscando bulliciosas
Del Paraná en la orilla,
Súbito dan con la aferrada quilla,
Que transportó tus huestes valerosas:
Atónitas la miran,
Y gozo y miedo y turbación respiran.
Una en pos de otra de la mano asidas,
Con el dedo en la boca,
Y el leve pie, que al suelo apenas toca,
Van cuidadosas de no ser sentidas;
Mas como en la llanura
Nada descubren, trepan á la altura.
Tienden la vista, y miran acampados
Los bravos batallones,
Que las lises, castillos y leones
Tremolan en sus lienzos estampados:
Allí escuchan cantares
De arrojos de Bazanes y Vivares.
Allí un soldado en adiestrar se empeña
Al alazán fogoso,
Mientras que de su tercio numeroso

Hace un ilustre cabo la reseña:
Todos en movimiento,
Su descanso es velar, su arma el sustento.
Ya suena el atambor; y ya en hileras
El fusil ordenado,
Relumbra al sol; y el jefe denodado
A la lid va guiando las banderas
De nuestros combatientes,
Por llegar á las manos impacientes.
Hiende el aire el belígero alarido
De las fuertes legiones;
Recorriendo las filas los campeones,
Celan el órden al valor unido,
Y doblan sus fatigas
Al avistar las fasces enemigas.
Forman ambos ejércitos dos zonas;
Rompe el fuego y no cesa.
Acá y allá se vé una selva espesa
De agudas bayonetas y tizonas;
Y con la artilleria
Retiembla el suelo y se encapota el dia.
La atroz muerte con mano descarnada
Sus cabellos agita,
Y el carro estrepitoso precipita
Sobre una y otra hueste encarnizada:
Súmese el eje todo
En craneos, en escombro, en sangre, en lodo.
Por momentos se enciende la pelea,
Y el ibero revuelve,
Y todo en sangre y fuego al paso envuelve:

La falange de Albión ya titubea,
Y á la diestra cuchilla
Cede por fin, y la cerviz humilla.
La hermosa capital encadenada
Por los crudos britanos,
Viendose libre, al cielo entrambas manos
Levanta enternecida y prosternada;
Sobre los muertos llora,
Y orna la sien del jefe vencedor. (1)

A LA GLORIOSA MEMORIA

DEL TENIENTE DE FRAGATA DON AGUSTÍN ABREU, MUERTO DE RESULTAS DE LAS HERIDAS QUE RECIBIÓ EN LA ACCIÓN DEL CAMPO DE MALDONADO, CON LOS INGLESES, EL DÍA 7 DE NOVIEMBRE DE 1806. *

¡Abreu!....¡Amigo mio!....No responde.
El denso velo de la noche eterna
Su faz encubre, y á mi vista ansiosa
Por siempre me lo esconde.
Grabada en mi alma la memoria tierna
De tu amistad ardiente y oficiosa,

---

(1) Esta oda es la primera de la colección de los *Cantos*, de Prego de Oliver.

El mismo año en que Prego de Oliver publicaba esta oda en Buenos Aires, se daba á luz en México otra composición de mucho más aliento, titulada: «Buenos Aires Reconquistada, poema endecasílavo», por J. B. de Portegueda.

* Historia y Bibliografía de la Imprenta en el antiguo virreinato del Río de la Plata. pág. 206.

También está en: B. N. Impresos 3859/3927 pág. 527. En la col. Alsina, página 178.

Te busco Abreu, te busco y no te encuentro.
Sin ti á mis ojos es caliginosa
Del sol la lumbre; y fuera de su centro
Se me aparece toda la natura:
¡Tal es tu falta; tanta mi amargura!
  Tu alma voló á las auras: ese pecho,
Archivo de mis cuitas, no palpita;
Y sobre el suelo yace sanguinoso.
El monstruo de la guerra con despecho
El patrio suelo agita;
Y tú á las armas corres, y animoso
Del entorno te arrancas de tu esposa.
De amigos y parientes,
Ni la voz lacrimosa,
Ni los suspiros, ni plegarias sientes
De sangre y amistad los duros lazos,
Superior á Sansón, haces pedazos.
  No sonará tu voz en mis oidos,
Aquella voz que de consejo llena
El penoso vivir me solazaba.
Apenas apercibes los gemidos
Del colono que atado á la cadena
Por su perdida libertad lloraba,
Cuando tu fuerte pecho se extremece,
Y no queriendo ver la patria hollada,
Tu pundonor acrece
El ansia de acorrerla con la espada;
Al león semejante, que la arena
Escarba, ruje, y de furor se llena.
  Encargado por fin de la jornada,

Al retumbar del sonoroso parche
Gozo y bravura su semblante vierte.
Las filas corre de la gente armada,
Y hace la seña de que al campo marcha.
La via emprende, en pós la hueste fuerte
Sigue al caballo que el caudillo monta.
El pueblo se avalanza
En derredor; se aleja; ya transmonta;
Desaparece; y lleva la esperanza
De la tímida virgen y el anciano,
Que al cielo elevan una y otra mano.
Vencida la distancia del camino,
A Maldonado ven y al Anglicano
Que formado en escuadras los espera.
Abreu clama:—¡Soldados, el destino
Nuestros votos cumplió; no sea en vano
La estima con que el pueblo nos pondera:
Sus hogares, sus hijos, sus altares,
A nuestro acero fía!
Los que allí véis forzaron nuestros lares:
No quede impune tanta demasía.
La patria gime y el deber nos llama:
¡La muerte es vida, si la vida infame!
—Dijo: y al modo de torrente undoso
Que rebosando el cauce se dilata
Y con ímpetu arrastra cuanto encuentra,
Asi nuestro caudillo valeroso
Corre, atropella, hiende, desbarata,
Y entra la confusión por doquier que entra.
Más, despedido el plomo de un mosquete,

Le taladra un costado,
Y al suelo arroja al ínclito jinete,
En lodo, en sangre y en sudor bañado.
El rio lo ve caer, y sobre el pecho
Inclina el rostro en lágrimas deshecho.
¡Salve, Tarija ilustre, salve tierra
Madre de los famosos capitanes
Que de ornamento sirven á la historia.
Tú bastas sola á dominar la guerra,
Pues si supiste producir Guzmanes
Que amenguasen del árabe la gloria,
También en este dia,
En Abreu nos presentas una hazaña,
Que ha de alcanzar eterna nombradía
Con pasmo del bretón y honor de España!
Cántele, pues, el Apolineo coro,
Mientras yo callo sumergido en lloro.

Á MONTEVIDEO *

TOMADA POR ASALTO POR LOS INGLESES EN 3 DE FEBRERO DE 1907, SIENDO GOBERNADOR DE DICHA PLAZA EL BRIGADIER DE LA REAL ARMADA DON PASCUAL RUÍZ HUIDOBRO.

La guerra, la atroz guerra, el trueno, el rayo,
El polvo, el humo denso, todo, todo,

---

* Hist. y Bibliografía de la Imprenta etc. Obr. cit. págs. 231/32.
Impreso N°. 3850/3927, pág. 531 de la B. N.
En la colección Alsina pág. 214/216.

Su venida fatal al pueblo anuncia.
Desde la mar las naves, y por tierra,
Las huestes enemigas el tremendo
Cañón asestan contra el débil muro,
Y á un tiempo mismo, bocas cien de bronce
El fuego arrojan con horrendo estruendo;
Zumbando globos por el aire vago
Las calles cruzan, templos desmoronan,
Edificios derrocan, y no hay nada
Que á su choque feroz oponga fuerza.
Solo la alcanza el ínclito caudillo,
Veces mil más ilustre por su esfuerzo
Que por la cruz que de su pecho pende.
Con faz serena y con osada planta
No para, y corre á visitar los puestos
Do el fuego, el estampido y los membrudos
Brazos que sirven el cañón, trasladan
El horrísono carro en que el Tonante
Los rayos vibra que Ciclopes forjan.
El plomo silvador que muerte avisa,
Nunca puede abatir su erguida frente,
Que llena de ambición espera un día
Que á la par de los Velascos la sublime
Al sacro templo de la augusta Fama,
Orlada del laurel inmarcesible
Con que Mavorte á sus campeones orna.
Siguen las huellas los varones claros,
Que fueron arrullados en la cuna
Con cantares de abuelo, que á la patria
Inmolaron la vida: don que el cielo

Impone al hombre conservar y la honra
Arrastra á aventurar, todas las veces
Que llama el parche ó el clarín resuena.
El pueblo y tropa, todo en mezclamiento,
No hacen más que pelear: no hay otro oficio.
Yo ví las artes, sí, vílas yo mismo
Azoradas vagar, y demandando
Favor y ayuda, las orejas sordas
Atónitas hallar á sus plegarias,
Los talleres y fábricas cerradas;
Son arrojadas del humilde lecho,
Que antes las albergó; tornan y llaman;
Pero no hay responder. Desconsoladas
Huyen, y huyendo la cabeza vuelven,
Por si descubren algún brazo amigo,
Que corra en pos solícito tenellas.
Más en vano miráis: todos á una
No curan más que del cañón funesto.
Antes del pecho borbotando sangre
Al letal golpe de la bala ardiente
Despedirán la fatigosa vida,
Que la cerviz doblar al yugo extraño.
Bajo un tronco nacieron: bajo un trono
Días vivieron de paz honda y blanda:
Y quieren bajo un trono, que los nietos
Amorosos el lecho circundando,
Con encendidido lloro y mano leve
En el sueño eternal cierren sus ojos.
Las columnas de Albión, que sus pendones
Quieren ver ondear en la asta misma,

De do penden los lienzos que tremolan
Blasones de Castilla, el cerco estrechan,
Aumentan baterías, y doblando
El estruendoso fuego, ni un momento
Es dado á los sitiados de reposo.
Al batir continuado el muro tiembla,
Las piedras desquiciadas se desploman,
Y los escombros mismos son la escala
De la brecha fatal. ¡Ay, ciudadanos,
Cubrid, tapad el boquerón horrible,
Que ha de ser tan fatal, como lo fué en Troya
La máquina infernal del dolo griego!
Quince veces el sol salido había
Por las rosadas puertas de la aurora
De rayos coronado en plaustro de oro
Sin que mostrase lástima ni duelo
Por las cuitas de un pueblo que afligido,
Ve por última vez, que declinando
Su pausado rodar al horizonte
Va á sepultar el magestuoso disco
En las líquidas urnas del undoso,
del sacro Paraná. Queda rojeando
La vida por do fué: más á deshora
Desparece el fulgor, y en todo el cielo
Ni rastro queda de la excelsa lumbre.
Del caos la hija triste sobre el suelo
Densas tinieblas desparrama, y deja
Casi inválido el ojo vigilante
Del atleta tenaz que sobre el arma
Apoya el brazo en que reclina el cuerpo.

La circunvalación del muro todo
De trecho en trecho mílites sustenta
Que inmóviles y atentos representan
Estátuas del silencio, que interrumpe
El éco bronco de olas encrespadas,
Que azotan el peñasco, y luego humildes
Bésanle el pie y escurrense á su centro.
¡Cuanto de malandanza hoy avecina,
Onda de maldición, al triste pueblo!
Tu sonar turbulento: oir no deja
El ruido sordo de la planta insana,
Que arrebujada en el tupido manto
De la noche sombrosa, y atrochando
Por la brecha mortal sin ser sentida
Penetra audaz el lacerado muro.
Al súbito rumor el castellano
El arma requiriendo, presuroso
Al riesgo corre, y al britano altivo
En su valor un otro estorbo opone.
El cañón y arcabuz á un tiempo atruenan:
Densan la lobreguez, y sangre y fuego
Y horror y estrago á todas partes lanzan.
El furibundo Marte en torno gira
De unas y otras legiones, aguzando
La cólera y ardor, é introduciendo
La confusión, las huestes mezcla y junta.
Así mezclados pugnan, y la lucha
Más y más se encarniza, y la atroz muerte
Enarbolando el brazo, la guadaña

Descarga sin cesar, y á centenares
Tiende de cada golpe los varones
Que son apoyo de la madre patria!
Bien pocas son las almas que te quedan,
Ilustre madre, y esas pocas helas,
Helas pelear de sangre salpicadas,
Y tropezando en los gloriosos cuerpos
De los que perecieron anhelando
Volver con el laurel a tu regazo,
Alejando infortunios de tu seno.
  Mas, dado no les fué, y aun esos pocos,
Acribillados lloran la flaqueza
Del brazo que no puede con la espada.
No puede mas, que el enemigo carga,
Y cual voraz incendio se difunde,
Que no hay estorbo que su curso ataje.
Al bullicio, al estrépito, á la grita,
Las matronas y vírgenes transidas
Se llenan de estupor, y en el retiro
De la cámara yerma presagiando
La viudez y horfandad, desconsoladas
Alzan los ojos de llorar cansados
A los cielos, de marmol á sus quejas;
Las manos tuercen, y el vivir desaman.
Del alto alcazar, del dorado solio
Do en torno vuelan las virtudes almas,
La paternal cabeza asoma, asoma
Augusto Cárlos, y verás un pueblo
En escombros envuelto, y cada escombro
Será padrón en que leerán los siglos:

«Al pueblo supo Cárlos regir blando,
Y por Cárlos el pueblo morir supo».

AL SR. DN. SANTIAGO LINIERS *

BRIGADIER DE LA REAL ARMADA Y CAPITAN GENERAL DE LAS PROVINCIAS DEL RÍO DE LA PLATA, POR LA GLORIOSA DEFENSA DE LA CAPITAL DE BUENOS AIRES ATACADA DE DIEZ MIL INGLESES EL 5 DE JULIO DE 1807.

ODA

¡Gloria inmortal al héroe que al Britano
Lanzó del patrio suelo!

---

* Impresos No. 3850/3927, pág. 537 de la B. N.

« Hist. y Bibliografía de la imprenta en el antiguo virreinato del Rio de la Plata ». pág. 234. En la Colec. Alsina pp. 98/102.

Don J. T. Medina ob. c. pág. 234, en el N. 394 en que da noticia suscinta de esta publicación, dice lo siguiente:

«La dedicatoria del Romance Histórico motivó vivos ataques de los contemporáneos de su autor. Entre ellos merece notarse el que, suscrito por «un patricio» se dirigió al Cabildo, calificando aquel impreso de hallarse lleno de «errores, y falta de noticia en la historia que hace muy poco honor al pueblo de Buenos Aires»; solicitando, á la vez, se imprimiese «para mejor ilustración del Romance». Y los S. S., refiere el acta de 23 de Setiembre de 1807, conociendo estar en él vaciada la verdadera historia de los sucesos de Buenos Aires y recopilados los que omitió el autor del Romance, acordaron se imprima, precediendo la licencia del señor Gobernador y Capitán General». Tal es el origen de las presentes «Adiciones y Correcciones».

Este escrito, dedicado al Cabildo de Buenos Aires, se atribuye con fundamento á don José Joaquín de Araujo, natural de esta ciudad, según Alsina, (Col. de Doc. pág. 98, nota). Y en efecto, las noticias y adiciones que Araujo da en este escrito son las mismas que con menos extensión puso en la Guía de Forasteros del Virreinato de Buenos Aires para el año 1808 de que fué autor.

En la Biblioteca del General Mitre hay un ejemplar de esta publicación.

Bajo la augusta bóveda del cielo
No resonó, Señor, tu nombre en vano:
Tu militar denuedo
Dió al hispano salud, al anglo miedo.
  Coged vírgenes flores, cortad palmas,
Y tejed la corona,
Que orle la sien al que con su tizona
Logró dar expansión á vuestras almas:
Cantad himnos en coro
Al tutelar del virginal decoro.
  Cubrid el suelo de arrayán y rosa,
Que ya lleno de gloria
Se acerca el capitán, y la victoria
Imprime el pie donde su planta posa:
Marte le dió la lanza,
Virtud el cielo, la virtud templanza.
  ¡Cual anda el pueblo lleno de heroismo!
El pueblo cuyos brazos
Al enemigo hicieron mil pedazos;
El pueblo y tropas, al Averno mismo
Llevarán el estrago,
Si el caudillo al Averno hace el amago.
  ¡Son las naos de Albión, ay, cuan veleras
Abordaron las playas
Y como al bosque umbrío densas hayas
Cubrieron sus falanges las riberas,
Amenazando al cielo,
Y provocando con furor al duelo!
  Entran en la ciudad y el alarido,
Y el clarín ominoso,

Y el rechinar del carro ponderoso
Do el horrendo cañón es conducido,
La confusión acrecen,
Y el un polo y el otro se extremecen.
  La lid, la lid, Belona sanguinosa
Los ánimos enciende,
El plomo silvador el aire hiende
Cual lluvia de granizo tempestuosa,
La muerte sin sosiego
Discurre envuelta en polvo, en humo, en fuego
  La legión anglicana que orgullosa
El laurel se promete,
Pugna feróz, intrépida acomete
Y al pueblo todo sanguinaria acosa:
Donde la planta imprime,
Los troncos lloran y la tierra gime.
  Los hijos de la patria belicosos
Y el ibero aguerrido
Morir escogen por mejor partido,
Oponiendo sus pechos generosos
Al enemigo duro,
Que vale cada pecho por un muro.
  Aquí donde la guerra se avalanza
Y al enemigo hostiga;
Aquí el furor, la sed y la fatiga;
Aquí la atroz y bárbara matanza;
Aquí do la refriega
Recuerda Almanza, San Quintín, Brihuega.
  Deshechas, destrozadas las hileras,
Las que eran fasces antes

Son ya troncos y miembros palpitantes,
Que cubren calles, ocupando aceras:
¡Eterno monumento
De gloria á nos, al anglo de escarmiento!
¡Oh dicha y gran prez nuestra!
El isleño severo
Tan feroz y orgulloso de primero,
Humillado y vencido ya se muestra:
El que con sus legiones
Leyes dictó, recibe condiciones.
¡Sagradas sombras que en la huesa estando
De Sagunto y Numancia
Servisteis de modelo á la constancia
De vuestros compatriotas; si mirando
La batalla estuvisteis,
Visteis que son lo que vosotros fuisteis!
La América en sí vuelve: joyas torna
A su nevado cuello;
En trenzas repartió el suelto cabello,
Y el ropage con oro y flores orna;
Dáse á los regocijos,
Y abre los brazos á sus dignos hijos.
La vocinglera fama con presteza
Al cielo se levanta,
Las auras corta con ligera planta,
Llega á Madrid, y cuéntale á Su Alteza
En tono humilde y blando
El hecho de las armas de su mando.



PANTALEÓN RIVAROLA

ROMANCE HEROICO

EN QUE SE HACE RELACIÓN CIRCUNSTANCIADA DE LA GLORIOSA RECONQUISTA DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES CAPITAL DEL VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA VERIFICADA EL DÍA 12 DE AGOSTO DE 1806. POR UN FIEL VASALLO DE S. M. Y AMANTE DE LA PATRIA, QUIEN LO DEDICA Y OFRECE Á LA MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD, CABILDO Y REGIMIENTO DE ESTA CAPITAL *

PRIMERA PARTE

Santísima trinidad
una, indivisible esencia,
desatad mi torpe labio
y purificad mi lengua,
para que al son de mi lira
y sus mal templadas cuerdas
el hecho mas prodigioso
referir y cantar pueda.

---

* Dice Alsina (Colec. de documentos. . . . en la Nota á la pág. 72 en que reproduce este romance): «El autor de este romance quiso ocultar su nombre; pero no ha podido hacer que pase ignorado á la posteridad. Su autor fué el presbítero doctor don Pantaleón Rivarola, maestro de Filosofía en el Colegio de San Cárlos, donde probablemente se educó; Capellán del Fijo, y Juez de la Junta conservadora de la libertad de imprenta creada en 1812. . . . »

Impreso N⁰. 3872 de la B. N.

La Imprenta en Buenos Aires, pág. 224.

Ya de su sagrado fuego
mi débil pecho se llena,
é inflamado de tu llama
siento que mi voz se esfuerza.
Ea! escuchadme, señores,
que la relación comienza:
La muy noble y leal ciudad
de Buenos Aires, ¡que pena!
por un imprevisto acaso
ó por una suerte adversa
del arrogante britano
se lloraba prisionera,
sin que pudiera romper
las fuertes duras cadenas
que hacían toda la gloria
de las lúgubres banderas
Sus ilustres habitantes
en situación tan funesta
siempre fieles á su Rey,
su triste suerte lamentan.
Las ninfas del Argentino
y las graciosas nereidas
penetradas de dolor,
en sus plateadas arenas
con las lágrimas que vierten
la clara corriente aumentan,
y el éco de sus gemidos
repite en tristes cadencias:
ay! ya no somos de España:
somos ya de la Inglaterra.

¿Que será de nuestra patria?
¿Que de la Religión nuestra?
despojo será sin duda
de la britana soberbia.
¿No habrá un David esforzado
que valeroso se atreva
á humillar á este Goliat
la erguida cerviz proterva?
¿Donde, amable España, están
los héroes de nuestra esfera?
¿Donde están los Cides y Albas?
¿Donde los Atriscos, Leivas,
los Montemares, los Gages,
los Ceballos y Villenas,
que os dieron tantas coronas
como batallas y guerras?
¿No hay alguno que valiente
á nuestros écos se mueva
y de nuestro cautiverio
rompa las duras cadenas?
Así lloraban las ninfas,
así expresaban su pena,
corriendo por sus mejillas
en vez de lágrimas, perlas.
Entonces nuestro gran Dios,
cuya omnipotente diestra
á los soberbios humilla
y á los humildes eleva,
entonces compadecido
á nuestras súplicas tiernas,

suscita un nuevo Vandoma,
un de Villars, un Turena,
que émulo del mismo Marte
sea más que Marte en la guerra.
Es Don Santiago Liniers
y Bremont; ocioso fuera
de este ilustre caballero
decir las brillantes prendas:
su religión, su piedad,
su devoción la más tierna
al Santo Dios escondido
en misteriosa apariencia,
en los templos humillado
lo declara y manifiesta.
Este señor, pues, un día,
que el seis de Julio se cuenta
del triste pasado año,
admirado vé y observa
que Jesús Sacramentado
á un enfermo se le lleva
encubierto y escondido.
Temiendo la gente nueva
le acompaña reverente,
le adora, y en su presencia
se enciende su devoción
y se avivan sus potencias.
Siente un fuego que le abrasa,
siente un ardor que le quema,
un celo que le devora
una llama que le incendia,

un furor que le transporta
por el Dios de cielo y tierra.
Los espíritus vitales
nuevo ardor dan á sus venas
y allí mismo se resuelve
á conquistar la tierra,
para que el Dios de la gloria,
Señor de toda grandeza,
sea adorado como antes
descubierto y sin la pena
de verle expuesto al desprecio
de gente insana y soberbia.

Dijo: y luego se prepara
con la devoción mas tierna
para emprender con acierto
acción tan gloriosa y bella.
¡Que cuidado! ¡Que temores!
¡Que sobresaltos le cercan!
¡Que grandes dificultades
se le oponen á la empresa!
Pero, ya determinado
los peligros atropella,
y por caminos secretos,
arroyos y ocultas sendas
en alas de sus deseos
á Montevideo vuela.

!Ea, genios tutelares
del reino y nación Hesperia,
dirigid á nuestro héroe
en ocasión tan estrecha!

Despues de muchas fatigas,
gastos, trabajos y penas,
firme siempre en sus designios,
á Montevideo llega.
Allí con sabia energía
vivacidad y elocuencia
propone á su ilustre Jefe
la acción que medita y piensa,
de reconquistar la plaza
antes que el socorro venga
de la Europa ó del Cabo,
que los ingleses esperan.
El valiente y sabio Jefe
Que la generosa idea
había ya concebido
de tan distinguida empresa,
una expedición formada
tenía por mar y tierra,
pronta ya para salir
y para marchar dispuesta.
Sin embargo á Liniers oye,
medita, examina, ruega
al Señor de las victorias
para que en tantas tinieblas
le alumbre, encamine y guíe,
y que lo mejor resuelva.
Despues de muchas consultas
y meditaciones serias,
determina valeroso
que reconquistada sea
la famosa Capital

que es de todo el reino puerta.
Expide convocatorias
de marcial ardor compuestas,
combidando generoso
á la más gloriosa empresa.
No así los valientes griegos
viendo robada su Elena
de Menelao al convite
corren presurosos, vuelan,
como nuestros compatriotas
oyendo la voz que suena
de este Mavorte español
se animan, arden y vuelan.
Los valientes voluntarios
dejando sus conveniencias
con valor inimitable
se alistan para la empresa,
sin escuchar los gemidos
y lágrimas las más tiernas
de sus amadas esposas,
hijos, y otras caras prendas,
llevando solo en sus pechos
el honor que los alienta
por su Dios y por su Rey.
¡Oh! acción gloriosa, oh grandeza!
La ilustre Gobernadora
más ilustre por sus prendas,
con gracias y donativos
á los soldados alienta;
los exhorta con dulzura,

les reparte escarapelas,
y ellos, llenos de entusiasmo,
le ofrecen con entereza
de pelear hasta vencer,
ó de morir en la empresa.

SEGUNDA PARTE

Preparadas ya las tropas,
el bélico parche suena,
y á su horrísono clamor
acompaña la trompeta
que en roncos sonidos dice:
¡arma, arma, guerra, guerra!
Todos parten presurosos
de Belona á la palestra,
rayos despiden sus ojos
y sus corazones saetas.
El generoso caudillo
que á la expedición se apresta
á pesar de su valor
y del laurel á que anhela,
por un casual incidente
que ni aguarda ni le espera,
se haya, cuando menos crée,
impedido con urgencia
de desamparar su puesto,
en cuya situación seria
no quedandole otro medio,
la expedición encomienda

dando el mando y el bastón
á quien el Dios de la guerra
tenía ya destinado
para tan gloriosa empresa.
Parten de aquella ciudad
alegres por mar y tierra
los héroes, cuyo valor,
cuyo aliento y cuya fuerza
las edades posteriores
en armoniosas cadencias
cantarán para su gloria
y para emulación nuestra.
Con indecibles trabajos
fatigas, gastos y penas,
bosques, arroyos, pantanos
y caminos atraviesan,
hasta llegar reunidos
á la orilla mas frontera
de la ilustre capital:
y de allí como mas cerca
el claro Argentino cortan
hasta la opuesta rivera.
Los ilustres argonautas
plácidamente navegan
los bajeles presurosos
corren la plateada esfera,
sus quillas cortan el agua
hincha el céfiro las velas,
los tritones bulliciosos
y las hermosas nereidas

con sus retorcidas conchas
y voces suaves celebran
de los nuevos campeones
el valor, la fé y paciencia.
Al cabo de doce días
de trabajos y molestias
felizmente nuestros héroes
al puerto de Conchas llegan,
y desde allí sin fatiga,
trabajo, angustia ni pena,
al lugar de San Isidro
todos unidos se acercan.
Allí las gentes del país
de contento y gozo llenas
se apresuran á porfía
en obsequiar con franqueza
á sus reconquistadores
que como á padres contemplan.
El sexo suave, con modos
muy obligantes, se empeña
en servir á nuestros héroes,
de cuyo valor espera
sacudir el duro yugo
de la esclavitud inglesa.
Detén aquí, pluma mía,
detén tu vuelo y carrera,
mientras en breve episodio
mi pobre númen celebra
una acción la mas brillante
que en las edades postreras

será el honor de este suelo
y gloria de nuestra Iberia.
En el campo que se nombra
de *Perdriel*, por una hacienda,
cuyo dueño así apellida,
y desde hoy por excelencia;
en este sitio y lugar
que con corta diferencia
dista de la capital
poco mas de cuatro leguas,
algunas gentes armadas
de fusil y bayoneta
con dos tristes cañoncitos,
sin avantren ni cureñas
se iban juntando sin orden,
sin guardias ni centinelas,
para unirse con el cuerpo
de tropas que ya se espera.
El General Beresford
que esto sabe con certeza,
el día menos pensado
de noche el viage acelera
con tren de volantes fraguas,
y sobre toda esta fuerza
quinientos de sus soldados
con sus sables y escopetas.
Los nuestros que descuidados
dormían á rienda suelta,
reciben secreto aviso
que el inglés armado llega.

Al punto el caso consultan,
entre ellos lo conferencian:
Los Blandengues se retiran
en orden y con prudencia,
porque aún no están en estado
de empeñarse con violencia
en acción tan peligrosa,
inútil y tan expuesta
á la derrota total
de nuestras pequeñas fuerzas,
y este era el prudente medio
que allí tomar se debiera.
Pero, ¡oh valor español!
superior á cuanto pueda
referirse en las historias,
fábulas, romances y poemas!
Cuarenta y nueve resuelven
mantenerse en la palestra,
y sostener el ataque
de toda la gente inglesa.
Dijeron, y luego al punto
se preparan á la guerra.
¡Viva España! dicen todos,
y muera la Inglaterra.
Rómpese el fuego, y el campo
un Vesuvio representa,
los tiros de artillería
por todas partes resuenan.
Aquí el bravo Pueyrredón
lleno de valor se arrostra,

y sin temor de la muerte
embiste, corre, atropella,
y un carro de municiones
hace generosa presa;
mátanle el brioso caballo,
pero con gran ligereza
en ancas de otro montado,
sin daño escapa ni ofensa.
Aquí otros dos Pueyrredones
y Orma con brío y destreza
por el Rey y por la patria
dan las mas gloriosas muestras.
Aquí Don Martín Rodríguez
con heroica gentileza
y su primo Don Juan Pablo
constantemente pelean.
Aquí Don Antonio Tejo
su intrepidez manifiesta
con el brío con que embiste,
y ataca la gente inglesa.
Aquí el intrépido Ansoategui
con otros de igual braveza,
su fé, valor y constancia
claramente manifiestan.
Aquí, finalmente todos
como unos héroes pelean;
nadie muere, y se retiran
con orden y gentileza,
dejando en el campo algunos
muertos de la gente inglesa,

TERCERA PARTE

En San Isidro las tropas
sufren tempestad deshecha,
la que á beneficio nuestro
dirige la Providencia.
Allí á nuestro General
noticia le dan secreta,
que Guillermo Beresford
con trenes y soldadesca
de la ciudad ha salido,
y que viene en busca nuestra.
Tócase al arma al instante,
fórmanse todos en guerra,
y lloviéndoles encima
sin reparos, ni defensa,
valientes, como sufridos,
la noche pasan entera.
Algún tanto reparados
de borrasca tan severa
marchan los héroes invictos
y á la Chacarita llegan,
en donde son obsequiados
con gusto, amor y franqueza;
todas las gentes á gritos
los aclaman y vocean;
todos ofrecen sus bienes,
su pan, su vino y pobreza:
tan disgustados estaban

con la autoridad inglesa.
Los Blandengues de á caballo,
soldados de la frontera,
en número bien crecido
al ejército se agregan
con innumerable gente
que de todas partes llegan
de valor y patriotismo
honor y religión llenas.
En esa misma mañana,
horas de las diez y media,
á un puesto importante arriban,
de la ciudad media legua;
y es una grande llanura,
que de una posesión vieja
corrales de Miserere
se denomina en la tierra.
Desde aquí el General
á su ayudante le ordena
lleve un oficio al Inglés,
en que le intima con fuerza
desampare la ciudad
con brevedad y presteza,
si experimentar no quiere
los rigores de la guerra;
que solos quince minutos
permite para respuesta.
Detenido el ayudante
la comitiva y trompeta
al acampamento nuestro

en breve tiempo regresa.
Segunda vez nuestro jefe
manda á su ayudante vuelva
con la última intimación;
que si detenerlo intenta,
no volverá otra vez
á usar esta diligencia,
estandose á las resultas
de los derechos de guerra.
Entonces vino el britano
sagaz disculparse intenta,
y que á defenderse siempre
está pronto, le contesta.
Recibido ya este oficio
nuestro General ordena
que al parque de artillería
(que el título y nombre lleva,
del Retiro) se dirija
el avance y gente nuestra.
Los intrépidos Miñones
con la gente granadera
á este interesante punto
se encaminan, corren, vuelan,
con dos preñados obuses
que á su frente armados llevan.
Todo el ejército sigue
y aquel camino atraviesa,
que es sumamente molesto
y andar aún se puede apenas.
Es innumerable el pueblo

que aquí se junta y congrega;
los cañones van volando
en brazos de gente nuestra,
quien su valor manifiesta
y su militar pericia
en lo que manda y ordena.
A su lado le acompaña
un joven de ilustres prendas,
don Victorio de Garcia
y Zuñiga, que se empeña
en servir con prontitud
las municiones de guerra.
A estos, por la misma calle,
siguen con igual braveza
el teniente de navío
don Juan Angel Michelena
y don Cándido Lasala
con la marina de guerra.
Por la calle de las torres
con heroica fortaleza
el intrépido Murguiondo
el pecho al fuego presenta
con un cañón de á dieciocho,
hijo de la Parca fiera,
y un obus de á treinta y seis
que diestramente maneja.
Por otras calles entraron
con invicta fortaleza
el generoso Mordell
con su marina francesa,

los fuertes Malvin y Elluri
y el valiente Chopitea,
los insignes partidarios
Nuñez, Vivas y Valencia,
los Alvarez de Bragaña,
los Pueyrredones y Arenas,
Mendez, Ferrer, Somellera,
Fontín, Irigoyen, Pasos,
Viamont, Zamudio y Correa,
Córdoba, Toledo, Ruiz,
Miranda, Cos é Iglesia;
ya no alcanzan los fusiles,
sables, pistolas, ballestas;
todos claman en voz alta:
¡Viva España; el inglés muera!
Avanzan por fin los nuestros
al parque que dicho queda,
como furiosos leones
que temen perder la presa.
Avanzan con gallardía,
sin que nada estorbar pueda
de su intrépido valor
la invencible ardiente fuerza.
Hieren, matan, acuchillan,
y en breves momentos queda
por nuestro el parque y su plaza
con las calles que le cercan.
A golpe tan inpensado
se asusta el Inglés, se altera,
y con cuatrocientos hombres,

y tren volante que lleva
hácia el Retiro se avanza
con ardor y ligereza.
Pero el valiente Agustini
con frescura los espera
y con su obus á metralla
con tal primor tirotea,
que los ingleses huyendo
corren á carrera abierta,
quedando muertos algunos
aun en la misma carrera.
Si á este tiempo el General
el último avance ordena,
el fuerte, plaza y ciudad
toman ya sin resistencia,
porque el inglés fugitivo
sólo en escaparse piensa;
pero la noche iba entrando,
y exigía la prudencia
no exponerse á una emboscada
de las que admite la guerra,
ó por no dañar al pueblo
que ignoraba esta sorpresa.
Luego que el fuego suspende
y la gente se sosiega
el pabellón español
se enarbola y la bandera,
con gritos y aclamaciones
de toda la gente nuestra.
¡Viva el Rey! dicen los unos;

otros: ¡muera Inglaterra!
El dia once siguiente
guerrillas bravas comienzan:
los valientes catalanes
y las gentes que se agregan,
persiguen á los ingleses
con tal valor y destreza
que en aquel entero dia
y mañana del que empieza,
acabaron con las guardias,
soldados y centinelas
que ocupaban las entradas
de la grande plaza nuestra.
Empeñada así la acción,
socorro que los sostenga
suplican á nuestro Jefe,
y éste en situación tan bella
entra con toda la gente
más que en marcha, de carrera,
y todos á grandes voces,
su entusiasmo manifiestan.
Avanzan por ocho calles
que son otras tantas guerras,
pues estaban defendidas
con cañón y soldadesca.
Los ingleses á montones
ocupan las azoteas,
torres, ventanas, balcones,
y desde allí tirotean
con la singular ventaja

de que nadie los ofenda,
Pero nuestros españoles
cada uno parece un César;
rompen por entre las balas,
por entre el fuego atropellan.
¿No habeis leido que el Vesubio,
no habeis oído que el Etna
embravecido á las veces
contra las nubes se altera,
y que erupciones terribles
arroja de azufre y piedras,
que el espanto y el horror
á larga distancia llevan?
Así, pues, en este día
la implacable parca horrenda
de las fraguas de Vulcano
rayos despide y centellas,
que la muerte á todas partes
con horrible aspecto llevan.
El valiente General
que en su compañía lleva
al Coronel de Pinedo,
con denuedo marcial entra
por la calle de Mercedes,
en donde una bala austera
por el faldón del vestido
y demás ropa atraviesa
dejando libre aquel cuerpo
que el señor de cielo y tierra
defiende por su piedad,

religión y fé sincera.
No se oye otra voz á todos
que la brava cantinela:
avancen; fuego y á ellos:
¡viva España; el inglés muera!
Por la calle de Cabildo
el jefe segundo entra
don Juan Gutierrez de Concha,
con otros varios sujetos
de tanto valor y fuerza
que á su vista desparece
lo que las historias cuentan
de los Hectores de Troya
y los Aquiles de Grecia;
El valiente Agustin Sousa,
capitan de raras prendas,
hizo brillar su valor,
su lealtad y gentileza
de que dió las más cabales
y las más brillantes pruebas;
una bala de fusil
que silvando viene fiera
corre, y por la misma boca
de su carabina cuela,
inutilizando el arma
que dignamente maneja.
Pero el brioso Sousa entonces
arroja el arma por tierra
y otra más segura toma
que le dá la Providencia.

A estos héroes generosos
una amazona se agrega
que oculta en varonil traje
triunfa de la gente inglesa:
Manuela tiene por nombre
por pátria: tucumanesa.
Aquí un prodigio admirable
una maravilla resta
que referir sin segunda
en las historias de guerra.
Innumerables muchachos
en medio del fuego entran,
ellos arrastran cañones,
y cartuchos acarrean;
ellos rompen su ropita
para tacos, y vocean:
¡viva España y Cárlos cuarto,
y muera la Inglaterra!
Muerto un artillero nuestro,
un niño toma la mecha
y prende fuego al cañón
con valor y fortaleza.
Al fogonazo que ven
de la artillería inglesa,
con vivacidad pueril
se arrojan todos por tierra,
repitiendo muchas veces
esta misma diligencia
con tanta felicidad,
con tal primor y destreza

que ninguno pereció
nadie hubo que herido fuera,
en lo que alabar debemos
la Divina Providencia.
Mas de dos horas duró
el combate y dura guerra,
sin que ventaja se note
para España ó Inglaterra.
Todos embisten con furia;
todos matan y pelean;
nadie cede, nadie huye,
cada uno vencer intenta.
En la fuerza del combate
y vigor de la pelea
un duro plomo incendiado
que despide una arma inglesa,
se dirige á Pueyrredón,
su noble pecho atraviesa,
y de su caballo al pie
cae tendido por tierra,
víctima de nuestra pátria,
y lealtad la más sincera.
Otra bala de metralla
atrevida rompe y quiebra
del generoso Fantín
en el combate una pierna,
de cuyo adverso fracaso
la horrorosa Parca fiera
los laureles le arrebata
que su valor mereciera.

El fuerte Alvarez Bragaña,
de inmortal gloria y braveza,
cuando más fogoso avanza,
cuando mas vivo pelea,
es herido de cruel plomo
desde un alto ó azotea
que le abre sangrienta herida
y le hace astillas la pierna,
de cuyo lance fatal
el alma á su Dios entrega
dejando en su patriotismo
religión y fé sincera
ejemplo de imitación
y á su familia nobleza.
El valiente castellano
por nombre Tomás Valencia
entra con brio al combate
con valor y gentileza,
sin que le amedrente el fuego
ni le asusten bayonetas:
embiste, avanza sin miedo,
los peligros atropella;
pero cuando mas fogoso
persigue la gente inglesa,
un rayo volante viene,
le hiere y rompe una pierna,
y de su resulta pasa
para la celeste esfera,
dejando de su lealtad
y valor la mejor prueba.

Otros varios esforzados
dignos de memoria eterna
por la religión y el Rey
en esta sangrienta guerra
gloriosamente murieron,
para reinar en la esfera
con coronas de laureles
en azul campo de estrellas.
Pero entretanto indecisa
y dudosa la acción queda,
hasta que el famoso Chain,
lleno de ardor y braveza,
resuelve avanzar con brío
hasta la real fortaleza,
si la tropa de marina
guarda su espalda en reserva:
se le asegura este auxilio,
y entonces con ligereza
hasta la gran plaza avanza,
donde Balbín se le agrega.
Embisten con valentía
con su gente brava y fiera.
Ya se acobarda el inglés,
ya desmaya, ya flaquea,
ya vuelve la espalda y huye
á ganar la fortaleza.
Nuestra gente los persigue
llena de ardor y braveza,
y entonces pone su jefe
parlamentaria bandera;

pero nuestro General
por su ayudante le ordena,
que se rinda á discreción
de la Española franqueza,
si experimentar no quiere
todo el rigor de la guerra.
En lance tan apurado
y situación tan estrecha
el pabellón español
enarbola á vista nuestra.
¡Oh soberano Señor,
Magestad de cielo y tierra,
que labio podrá explicar,
ni qué brillante elocuencia,
los gritos y aclamaciones
al ver tan gloriosa seña!
Unos se explican con voces,
otros con lágrimas tiernas.
Ya se dan los parabienes
del éxito de la empresa;
se abrazan sin conocerse
las gentes de gozo llenas.
Las campanas todas juntas
de conventos y de iglesias
en repiques muy alegres
la ilustre victoria expresan.
Todos alaban á Dios
y á la Vírgen madre nuestra,
al verse ya libres de
la dominación inglesa,

mucho más considerando,
por circunstancias muy ciertas,
que ha sido favor del cielo
una gloria tan completa;
por la cual debemos todos
con devoción la más tierna
tributar á Dios las gracias
con alabanzas eternas.
El brillante ilustre cuerpo
que de la Unión nombre lleva,
(cuyos comandantes son
los fuertes á toda prueba
don Felipe Sentenach
y don José Forneguera,
y su sargento mayor
el don Tomás de Valencia)
es el primero que logra
enarbolar su bandera
en la gran plaza que estaba
de ingleses toda cubierta,
abriéndose con la espada
cañones y ballonetas
por entre el fuego y las balas
camino y segura senda
al templo de inmortal gloria
que su valor les presenta.
Y vos, oh! gran Cárlos Cuarto,
dueño y señor de esta tierra,
recibid los corazones
que con amor os presentan

estos humildes vasallos
que tan distante os veneran.
No queremos otro Rey,
más corona que la vuestra.
Viva España en nuestros pechos;
nuestra lealtad nunca muera.
Y vos, ilustre Ciudad,
ciudad fiel á toda prueba,
recibid los parabienes,
de todos la enhorabuena.
Pide al Señor que gloriosa
felicidad os conceda,
y que la paz y concordia
sea en vuestro suelo eterna.
Finalmente, ¡oh compatriotas,
sombra de gloria perpetua,
cuya lealtad y valor
no sabe explicar mi lengua,
dignos de mejor elogio
y de más alta elocuencia,
recibid de nuestro afecto
y gratitud más sincera
lo voluntad que os consagra
quien. os ama y os desea
por los siglos de los siglos
La felicidad eterna

LA GLORIOSA DEFENSA *

DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, CAPITAL DEL VIRREYNATO DEL RÍO DE LA PLATA: VERIFICADA DEL 2 AL 5 DE JULIO DE 1807. BREVEMENTE DELINEADA EN VERSO SUELTO, CON NOTAS: POR UN FIEL VASALLO DE S. M. Y AMANTE DE LA PATRIA. (1)

PRIMERA PARTE

Beatísima Trinidad
Dios soberano y eterno,
abismo de perfecciones,
infinito, sabio, inmenso,
fuente de todas las gracias
y de todo don perfecto:
purificad mis potencias,
inflamad mi ronco pecho,
para que al son de mi lira
y mal templado instrumento
cantar pueda con verdad,
con entusiasmo y acierto,
la más ilustre victoria,
gloria y triunfo el más completo
que las armas españolas

* En la dedicatoria á Liniers dice el Dr. Rivarola lo siguiente :—«Cuando tengo el honor de dedicar á U. S. la relación de la singular victoria que las armas españolas consiguieron de las británicas bajo su mando y dirección, no aspiro á buscar Mecenas que la protejan, ni menos á ofrecer vulgares y lisonjeros inciensos, que abomino, sino solamente á dar un público testimonio del amor y reconocimiento á U. S. por haberle Dios escogido para la salud y conservación de esta capital».

(1) Impreso No 3873 de la B. N.

por su valor consiguieron
del orgulloso bretón
en americano suelo.
Es el caso que el inglés,
de furor y rabia lleno,
por haberle despojado
con vergonzoso desprecio
de la posesión que obtuvo
de la ciudad mes y medio,
intenta con nuevas fuerzas,
mañas y ardides secretos,
atacar la capital,
seguramente creyendo
que el ejército español
del vecindario compuesto,
al ver sus lucidas tropas,
trenes, caballos y fuego,
se rendiría al instante,
de pavor y susto lleno.
En sus públicos papeles
que correr hacen impresos,
estampan abiertamente,
de su valor satisfechos,
que cada soldado suyo
necesita cuatro nuestros.
Ellos cantan la victoria,
y reparten los empleos
aun antes de presentarse
al combate y tiroteos.
Con esta satisfacción,

hija de su orgullo fiero
parten para Buenos Aires
desde su Montevideo.
El día 26 de Junio,
(que Viernes era, por cierto,
de mil ochocientos siete)
desde los Quilmes se vieron
sobre más de ochenta velas,
y que se acercan al puerto.
El día veintiocho comienzan
su desembarco muy presto,
y lo verifican todos
sin oposición ni miedo:
pues fuera inútil trabajo
querer estorbar su intento.
Nuestro invicto General
que sabía por momentos
del enemigo invasor
los pasos y movimientos,
tocar alarma dispone,
y el bélico parche horrendo
anuncia la generala
con su clamoroso estruendo
por las calles y las plazas
del fiel generoso pueblo.
Corren todos á las armas,
jóvenes, niños y viejos,
llenos de marcial ardor,
de espíritu militar llenos.
¡Que gritos y aclamaciones

por todas partes se oyeron!
¡Viva España! dicen unos;
otros: ¡viva el Jefe nuestro!
Las calles iluminadas
presentan alegre aspecto
y destierran de la noche
el triste color funesto.
Nadie duerme, todos velan,
y en tan peligroso aprieto
la tardanza les aflije,
les apura y causa tedio.
Entre tanto las familias
con el prudente recelo
de experimentar desgracias
entre las balas y el fuego,
ó de sufrir del britano
de sus bienes el saqueo,
en coches, calesas, carros,
de la ciudad van saliendo
á quintas, chacras, estancias,
villas, lugares y pueblos,
llevando sus intereses
alhajas, ropa y dinero,
sufriendo incomodidades,
trabajo y gastos inmensos.
El ejército anglicano
que ya en tierra estaba puesto,
su marcha pronto dirige
á fin de lograr su intento
por entre horribles pantanos

é intransitables senderos,
sin embargo de traer
para su marcha y gobierno
prácticos los más insignes
y baqueanos los más diestros.
Dos cañones de á diez y ocho
en un bañado perdieron,
(caso que de nuestra dicha
fué presagio nada incierto)
Nuestras tropas ordenadas
en batalla, con denuedo
presurosas corren, vuelan,
del anglicano al encuentro.
Innumerables muchachos
marchan en su seguimiento,
y en repetidos clamores
¡viva España! van diciendo.
Llegan al puente de Galvez,
y todo en órden dispuesto,
trenes, cañones, obuses,
trincheras y parapetos,
al enemigo impacientes
esperan ya por momentos,
brotando llamas de brío
de sus generosos pechos.
Los bretones muy astutos
y en arte de fingir maestros
aparentan que hacia el frente
dirigen su rumbo cierto,
cuando por otros caminos,

rumbos y ocultos senderos,
al país se van internando
para avanzar luego al pueblo.
Nuestros húsares valientes
el rumbo les van siguiendo,
sin perderles de su vista
en su marcha y movimientos,
y de paso, escaramuzas
muy gloriosas van haciendo.
Ya les quitan las ovejas,
que traen para su alimento,
ya en sutiles emboscadas
sorprenden á algunos de ellos,
y ya en sus mismos fogones,
sus tiendas y acampamentos
matan algunos ingleses,
sirviéndose de sus fuegos
en la tenebrosa noche
de farol y rumbo cierto.
Los anglicanos caminan
con ligereza de ciervos,
sin que arroyos ni pantanos
les sirvan de impedimento:
Nuestro ejército los sigue
más que de paso, corriendo,
por horribles lodazales,
por quintas, zanjas y cercos,
metidos dentro del agua
á veces á medio cuerpo,
siendo algunos oficiales

los primeros al ejemplo.
Por dos veces al inglés
el bravo General nuestro
campal batalla presenta
y le ofrece cuerpo á cuerpo.
Pero, sagaz el bretón
huye este fogozo encuentro,
siendo su fin avanzar
cada vez más hacia dentro
y unirse, si acaso puede
con su retaguardia y centro.
Cansados de tanto andar
y muy rendidos los nuestros,
pues no están acostumbrados
á semejantes paseos,
no admiten ya más espera,
más vueltas, ni más rodeos,
y ordenados en batalla
comienzan un vivo fuego,
al que el inglés corresponde
con braveza y ardimiento.
Resuena todo aquel campo
con el pavoroso estruendo
de los preñados cañones
que globos de vivo fuego
despiden por todas partes
como furias del Averno.
La cruel implacable Parca
con su rostro horrible y fiero
de uno al otro campo vuela

su cruel guadaña esgrimiendo.
Al fin el inglés, dejando
en el campo muchos muertos,
del combate se separa
en retirada batiendo,
por no empeñarse en acción
hasta su oportuno tiempo.
En esta corta refriega
el efecto fué sangriento,
pues trescientos y algo más
de los ingleses cayeron,
siendo menos, sin disputa,
los nuestros que perecieron,
entre los cuales lloramos
á un capitan de artilleros
llamado Joaquin Zorrilla,
de honor y valor ejemplo.
Sin embargo, el orgulloso
bretón, general soberbio,
una intimación despacha
al invicto Jefe nuestro,
que la ciudad se le entregue,
y de su parte ofreciendo
salvar las vidas y haciendas
y los augustos misterios
de la religión sagrada,
que por nuestra dicha creemos.
Mas, el coronel Elío
á quien este parlamento
se dirige por ausencia

del señor general nuestro,
contesta con energía
firmeza y valor diciendo
no se oiría proposición
que sonase á rendimiento;
y que hallandose con tropas
llenas de ardor y deseos
de sacrificar sus vidas
por su Rey, y patrio suelo,
era llegada la hora
de manifestar su celo.
Toda nuestra gente estaba
ya rendida y sin aliento,
de tanta forzada marcha
de aquel dia todo entero,
por tan pesados caminos,
y sin probar alimentos:
cuando la noche llegó,
y con su horroroso velo
de oscuras tinieblas puso
á todas cosas silencio.
¡Que situación tan funesta
pudo ser para este pueblo
la dispersión de esta noche,
si la protección del cielo
que tan manifiesta ha sido
no estuviera en favor nuestro!
Nuestras tropas desunidas,
nuestros soldados dispersos,
á la mañana siguiente

del cansancio algo repuestos,
en la gran plaza se juntan
y se reunen á sus cuerpos,
con nuevo valor y brio,
nueva fuerza y nuevo aliento,
todos prontos á pelear
todos á morir dispuestos.
Los ingleses, el dia tres
del mes de Julio por cierto,
comienzan con crueldad
el más horrible saqueo
de los barrios extraviados,
casas, personas, y templos,
matando con ceguedad
niños, mujeres y viejos,
sin perdonar ¡cosa horrible!
aun á los mismos enfermos.
Es incalculable el daño
que en cuatro dias hicieron;
las alhajas de valor,
ricos muebles que rompieron,
las vajillas de oro y plata
y muchísimo dinero
que saquearon y llevaron
de las casas y los templos.
Pero lo más execrable,
lo mas horrible y mas feo
es la sacrílega furia,
el horrendo atrevimiento
de profanar lo sagrado

de nuestros augustos templos.
Ellos rompen los sagrarios,
y con infernal veneno
sacan los vasos sagrados,
sin religión ni respeto.
Las imágenes ultrajan
y llevan los ornamentos;
aprisionan los ministros
del Señor, y algunos muertos,
de suerte que desatadas
parece que del infierno
todas las furias estaban
en estos dias funestos.
No se puede ponderar
con expresiones ni acentos
los trabajos y fatigas,
los clamores y lamentos
de tantas pobres familias
que vagando sin sustento
y desnudas, con sus hijos
van del enemigo huyendo,
por entre espinas y lodo,
por entre zanjas y cercos,
perdidos todos sus bienes,
ropas, muebles y dinero.
Si los bárbaros del Norte,
ó los más feroces negros;
si los turcos ó los moros,
si los indios más sangrientos;
al fin, si los hotentotes

más salvages y más fieros
asi cometido hubiesen
atentados tan horrendos,
delitos tan execrables,
y tan criminales hechos,
nada habría que admirar
de naciones tan incultas,
de tan ignorantes pueblos.
Pero que gente ilustrada,
nación culto, sabio reino,
que en sus papeles anuncia
hacer felices los pueblos,
tales horrores practique,
cometa tales excesos
á la faz de todo el mundo,
á vista del orbe entero,
¿que resta si no que todos
á voz en cuello gritemos
que son afrenta del hombre,
el horror del universo,
y de todos para siempre
la execración y el desprecio?
Su descantado valor,
que hacen correr en impresos,
sólo se ha manifestado
en matar los indefensos,
en perseguir las mujeres,
niños, enfermos y viejos.
Pero, ¡oh virtud española!
¡oh glorioso blasón nuestro!

que sin embargo de tantos
enormes delitos feos,
no se venga en los culpados
cuando viles se rendieron,
pudiendo haber derramado
la sangre de todos ellos,
segun que por sus horrores
y crueldad lo merecieron.
Detén ahora, musa mia,
detén tu carrera ó vuelo,
y á tantas atrocidades
arroja un oscuro velo,
que la humanidad se ofende
al escuchar los excesos,
las vilezas y crueldades
de estos famosos isleños;
mientras prosigo cantando
de nuestra esforzada gente
los militares progresos.
En los dias tres y cuatro
de Julio que dicho llevo,
guerrillas hubo muy bravas,
y en las que siempre los nuestros
grandes ventajan llevaron,
aunque no faltaron muertos.
En una de estas el bravo,
el valiente cabo Orencio,
cuando más fuerte pelea,
cuando hace más vivo fuego,
de una bala de metralla

que despide el cañón fiero
es herido, y una pierna
rompida del duro fierro
colgando queda; mas él,
de honor y valor ardiendo,
corta con su propia mano
y con su brillante acero
su misma pierna, y caido
sangrándose en el suelo,
con marcial ardor exclama:
nada es, nada compañeros;
Defender la patria importa,
defenderla hasta el extremo.

SEGUNDA PARTE

Llegó el dia cinco de Julio,
que domingo fué por cierto,
y á las seis de la mañana
el Britano rompe el fuego,
despidiendo muchas balas
de la ciudad hacia adentro,
y al punto en varias columnas,
en varios trozos y cuerpos
su ejército numeroso
se va encaminando al pueblo
para atacarle por varias
calles y puntos diversos.
Que lucidamente marchan
al son de sus instrumentos,

con la gran satisfacción
de que el ejército nuestro
al ver su brillante tropa,
de susto pavor, y miedo
ó las armas rendirá,
ó quedará sin aliento!
El ejército español
del vecindario compuesto,
ha ocupado los balcones,
azoteas y otros puestos,
bien surtidos de cartuchos
granadas, frascos de fuego.
La grande plaza mayor
y cuartel general nuestro,
por sus ocho rectas calles
en que se divide el pueblo,
fosos y grandes cañones
tenía de calibre grueso
con sobradas municiones
y dotación de artilleros.
En ella los generales
y el Ilustre Ayuntamiento
daban sus disposiciones
y recibian parlamentos.
Allí el Señor don Martín
de Alzaga, alcalde primero,
alienta y anima á todos
con su voz, y con su ejemplo,
poniendo el cuerpo á las balas,
con valor y con denuedo.

Por las calles de la plaza
del Retiro, en cuyo centro
está la plaza de toros
y en uno de sus extremos
el parque de artillería
con el cuartel de artilleros,
entraron por todas ellas
como dos mil y quinientos
de la mejor tropa inglesa
escogida á este efecto.
De los nuestros solo habia
por todos como seiscientos,
á saber: de real marina
cincuenta, sobre trescientos;
de los patricios, ochenta;
peones, criados y artilleros
treinta y ocho sobre ciento;
y del tercio de Galicia
con treinta y dos granaderos
con su bravo capitan
gloria y honor de su cuerpo,
don Jacobo Adrián Varela,
á cuyo valiente esfuerzo
constancia y disposición
se debió morir los menos.
Mandaba en jefe este sitio
el capitán de navío
de honor y conocimiento
don Juan Gutierrez de Concha,
quien de la plaza en el centro

con los demas oficiales
de la real marina y cuerpo
daba sus disposiciones
y ordenaba sus preceptos.
Comienza el duro combate,
por ambas partes el fuego;
parece que aquella plaza
se ha convertido en infierno.
Caen ingleses á montones,
al duro impulso violento
de los cañones y obuses
de mayor calibre grueso
y de la fusilería
que con indecible empeño
manejan más de tres horas
los bravos soldados nuestros,
dejando en tierra tendidos
ingleses como seiscientos.
Empeñados los britanos
en dominar aquel puesto
por entre balas embisten
y avanzan sobre los muertos
como tropas escogidas,
soldados de línea electos.
Mueren tambien en la acción
de los voluntarios nuestros
y de la marina real
como cosa de doscientos.
Pero cuando más fogosos
de ardor y coraje llenos

unos y otros se disputan
el valor, el honor y el puesto,
se nota con gran dolor
y con grande sentimiento
que los cartuchos se acaban:
no hay como seguir el fuego
y que no hay modo ni arbitrio.
que pueda ser de remedio.
Concluidas las municiones,
perdimos con sentimiento
un cañon de á diez y ocho,
que el inglés tomó al momento,
y con el sin detenerse,
á batir comienza luego
la grande plaza de toros,
en cuyo recinto y centro
unidos nuestros soldados
seguian su tiroteo.
En este duro conflicto,
en este bárbaro aprieto,
no queda que discurrir
ni más se ofrece otro medio,
que entregarse al enemigo
ó hacer el mayor empeño
para retirarse en orden,
sin dejar de hacerles fuego,
y de esta suerte salvar
de nuestras tropas el resto,
para con ellas cubrir
otros importantes puestos.

Esta determinación
tomó el valiente gallego
don Jacobo Adrián Varela,
y á todos la anuncia luego,
para que le sigan pronto
los que aprueben su proyecto
Le siguen unos sesenta
en retirada saliendo
del Retiro y sus contornos
por entre balas y fuego,
llevándose la gran gloria
de salvar aquellos restos,
que permaneciendo allí
perecerían sin remedio.
En esta brillante acción
digna de elogio perpetuo,
algunas desgracias hubo
que evitar no se pudieron,
pues cada paso que daban
era un peligro, era un riesgo,
por las muchas emboscadas
de los cnemigos fieros
en las quintas escondidos,
en las casas y en los huertos.
Aquí á don Juan de Calvo
del bizarro ilustre cuerpo
de Galicia, un duro plomo
le atraviesa y deja muerto,
para gloria de su patria
y para honor de su reino;

tres más, gravemente heridos,
hubo de los granaderos;
los démas todos salvaron
las vidas por un portento.
No es posible aqui omitir
el vivo valiente esfuerzo
de don Andrés de Dominguez,
teniente de granaderos
de Galicia, quien al punto
que observó que el cañón nuestro
no hace fuego, matar manda
al oficial artillero,
acción cobarde ó traición
justamente en él temiendo,
quien por fortuna escapó
prontamente respondiendo
que por falta de cartuchos
no continuaba su fuego.
Este valiente oficial
notando esta falta luego
á pasar á la ciudad
se resuelve sin recelo
en busca de municiones,
por entre balas y fuego.
Lo ejecuta con valor,
de honor y coraje lleno:
pero no puede llegar
porque cayó prisionero.
Don Juan Manuel de Pereyra,
joven esforzado y bello,

granadero de Galicia
y natural de este suelo,
dos balazos recibió
en el muslo y en el pecho,
de cuyas graves heridas
murió, dejando el consuelo
de su gran resignación
y cristianos sentimientos.
A sus padres que afligidos
le lloraban ya por muerto,
les dice que no le lloren,
que no formen sentimiento,
pues si mil vidas tuviera
las daría muy contento,
por la defensa gloriosa
de la religión y el pueblo.
Los oficiales que estaban
de la gran plaza en el centro,
defendidos de sus muros,
de sus paredes cubiertos,
viéndose ya rodeados
del enemigo y sus fuegos,
que era imposible escapar
claramente conocieron.
Sin embargo, en tal peligro,
rompen por aquel incendio
de balas y de metralla,
que el aire inundan, y el suelo.
Pero ¡oh desgracia! al salir
don José Rivas fué muerto,

Lazala y Correa heridos,
Ibarra y Villavicencio,
con cinco oficiales más,
de otros diferentes cuerpos.
Don Juan Gutierrez de Concha,
que comandaba aquel puesto,
con todos sus oficiales
del inglés son prisioneros
salvando sus vidas cuando
ya se contaban por muertos.
Del ejército anglicano
por la calle del Correo
una columna va entrando
que era como de ochocientos,
con cañón y municiones
y avance muy bien dispuesto,
cuando de improviso, unidos
rompen los nuestros el fuego
con tal viveza y tal brio,
con tal braveza y denuedo,
que en un espacio muy corto
y limitados momentos
destrozaron la columna,
la formación deshicieron,
quedando toda la calle
sembrada de muchos muertos.
Un resto de la columna
que de este lance funesto
escapó, se fortalece,
llena de susto y de miedo,

en una casa vecina,
número como doscientos.
Pero el cuerpo de Patricios
los avanza con denuedo,
y después de un largo rato
de combate y tiroteo,
se rinden á discreción
quedando allí muchos muertos,
en cuya brillante acción
en valor se distinguieron
el comandante Saavedra,
Viamont, mayor de su cuerpo,
y su ayudante Diaz Velez
con Aguirre, don Juan Pedro.
Otra columna de ingleses
dirige su rumbo cierto
á la puerta falsa de
el religioso convento
de Santo Domingo y rompe
con el incendiado hierro
las puertas y los cerrojos
que le impiden ir adentro.
Atraviesan los corrales,
claustros, celdas y aposentos
como furias infernales
que ha vomitado el infierno.
Se apoderan de la torre,
de la sacristia y templo;
profanan lo más sagrado,
sin religión ni respeto,

y á los pobres religiosos
los afligen en extremo,
hasta la última bajeza
de herir con su vil acero
á un humilde religioso
que hacía de campanero.
Saquean todas las celdas,
la vileza cometiendo,
de derramarles el agua
que tienen para el sustento,
rompiéndoles las vasijas.
¡Que brutalidad de isleños!
El teniente Somavilla,
digno del mayor aprecio
por su valor y piedad,
por su religioso celo,
con la mayor entereza
y sin conocer el miedo
á sus soldados exhorta
con su palabra y ejemplo
á morir en la batalla
por la religión y el reino.
Pero cuando más activo
dispone y ordena el fuego
una bala de fusil
hiere y penetra su pecho
y á pocos instantes cae
á vista de todos muerto.
Pero despues es herido
su fuerte y bravo sargento

Juan de Baranda, exhortando
á sus nobles compañeros,
de los cuales hubo algunos
heridos, y algunos muertos.
Desde el castillo del Fuerte
á la torre se hace fuego
con éxito tan feliz,
con tanto pulso y acierto
que tiembla el vasto edificio
al golpe del duro hierro.
Los ingleses asustados
y penetrados de miedo
bandera parlamentaria
ponen en el mismo templo.
El teniente de navio
Unquera va al parlamento,
y cuando menos lo piensa
de un balazo queda muerto,
con universal dolor
y general sentimiento
de todos los que conocen
la lealtad, valor y celo
de este valiente oficial,
cuyo honor será perpetuo
en el clarín de la fama
y en los fastos de este pueblo.
A nuestro ayudante Pasos
le sucede poco menos,
cuando retrocede incauto
de distinto parlamento.

El general, irritado
de tales procedimientos,
á don Bernardo Pampillo
capitán de los gallegos,
envía, que les intime
á los bretones protervos
que se rindan sin demora,
ó que se arruinará el templo,
y que serán sepultados
en sus cenizas y fuego,
y que no se les concede
para resolver mas tiempo
que el de un minuto preciso,
sin esperar más momento.
Crawfurd pide un cuarto de hora,
y Pampillo grave y serio,
repite: un solo minuto,
y no se admite otro medio.
Entonces Crawfurd confuso,
de temor y asombro lleno,
garantía de su vida
pide, y de sus compañeros.
Pampillo la ofrece á nombre
del suave General nuestro.
Crawfurd entrega su espada,
y aquel se la vuelve luego;
y los bretones rendidos
van desamparando el templo,
desarmados y confusos
de lo mismo que están viendo,

llevando en su rostro escritas
la vergüenza y el desprecio.
Entre ellos iba el vil Pack,
coronel del regimiento
setenta y uno nombrado,
cuyo borrón será eterno.
Este oficial que rendido
había sido en otro tiempo
y de nuestro pabellón
á su pesar prisionero,
bajo palabra de honor
religión y juramento,
gozaba de libertad,
de salvo-conducto y sueldo;
y olvidando tantos lazos
de religión y respeto,
con descaro sin igual,
para afrenta de su reino,
de su persona y nación
que escapó á Montevideo,
imitando la conducta
de su General Guillermo.
Después de acción tan horrible
y de proceder tan feo,
á la frente de sus tropas
empuña su vil acero
contra las armas de España,
para hacer por este medio
mas pública su deshonra
y mas notable su yerro.

Este hombre de tanto honor,
digno del mayor desprecio,
para consumar la obra
de su corazón protervo,
viene lleno de soberbia,
de furor y de engreimiento,
con la vana pretensión
de sojuzgar este pueblo
y rescatar las banderas
de su bravo regimiento
que nuestro piadoso jefe
con devoción y respeto
tenía ya consagradas
á la Reina de los Cielos,
como si hubiera poder
y fuerza en el universo
contra el poder de María,
señora del mundo entero.
Así el insolente Pack,
de su loco atrevimiento
pagó la debida pena,
su orgullo y cerviz rindiendo
en día votado á la Virgen
del Rosario, y en su templo,
de suerte que todos claman
en alta voz repitiendo:
la victoria es de María,
triunfo del Rosario es esto.
Las benditas religiosas
del ejemplar monasterio

de Catalinas, situado
de la ciudad á un extremo,
fueron también asaltadas
de los ingleses soberbios;
porque como era María
del Rosario en este encuentro
la madrina, y elegida
por el buen General nuestro,
quiso esta madre supiesen
sus hijos y sus conventos
la pena que merecía
por sus pecados el pueblo.
Serían las siete y media
de la mañana, algo menos,
y media hora, poco mas,
que el dulcísimo Cordero
todas recibido habían
en el dulce Sacramento;
cuando los fieros bretones
las puertas del santo templo
profanan á golpe de hachas,
su seguridad rompiendo,
causando á las pobres monjas
mucho susto aquel estruendo.
Entran por fin estos hombres,
de pavor ó furor ciegos,
y á un virtuoso sacerdote
que orando estaba á este tiempo,
le amenaza un oficial
con su pistola hacer fuego

al oído, y otro soldado
la bayoneta hacia el cuerpo
le pone á fin que les diga
la entrada que guía al techo
ó bóveda de la iglesia,
para dirigirse presto
á aquel lugar, y de allí
hacer á los nuestros fuego.
Informados que no hay paso
por afuera hacia los techos
rompen del comulgatorio
la puerta que va al convento:
por allí como leones
armados pasan adentro.
Considera, lector mío,
considera este momento.
¿Cual quedarían las monjas
con semejante suceso?
¿Cuál sería su confusión?
¿Cuál su susto? ¿Cuál su miedo
al ver semejantes hombres
sin religión ni respeto
entrarse por los desvanes
y lugares mas secretos
de aquel sagrado retiro
y santo recogimiento?
Vos solo sabeis, Señor,
la aflicción que padecieron
tus escogidas esposas
en tan grave y duro aprieto.

Pero como siempre velas
con particular esmero
en favor de ese rebaño
y virginal coro vuestro,
les preparaste un custodio,
un angel tutelar bello
que estorbase toda injuria
daño, violencia ó desprecio,
y que en su tribulación
les sirviese de consuelo.
Tal fué un soldado enemigo
que parece era sargento,
el cual, movido de Dios
(quizás cristiano en secreto)
de plantón y centinela
sufrió dos días enteros
para estorbar de los suyos
algún loco atrevimiento.
De los ingleses algunos
suben á la torre luego,
y comienzan desde allí
á tirotear y hacer fuego:
otros entran por las celdas,
dormitorios y aposentos.
de las pobres religiosas.
¡Qué inurbanidad! ¡Qué exceso!
Les saquean su pobreza,
ropa, mantas y el dinero
común, que era reservado
para el precioso sustento.

Las imágenes de Santos
y Jesu-Cristo rompieron
se llevaron las alhajas
preciosas del santo templo,
con algunas otras cosas
y sagrados ornamentos.
A repetidos balazos
de sus fusiles abrieron
el cuarto del capellán
y lo llevan prisionero,
habiéndole saqueado
su pobre ropa primero.
¿Qué dirá toda la Europa,
y qué dirá el mundo entero,
cuando estas cosas se escriban
y se sepan estos hechos
de los que se llaman cultos
sabios, finos y modestos?
En esta situación triste,
llenas de susto y de miedo,
las religiosas pasaron
sin comer dos días enteros,
implorando juntas todas
el alto favor del Cielo,
hasta que, algo recobradas
de los pasados sucesos
trataron de alimentar
sus mortificados cuerpos
con avecillas caseras
que tenían en el convento;

y luego, al siguiente día,
los tratados ya compuestos
desamparan los bretones
el devoto monasterio
y vuelven á su retiro
las esposas del Cordero.
Otro gran trozo de ingleses,
como cosa de doscientos,
detrás de Santo Domingo
se atrincheran ya, con miedo
de la invicta fortaleza
con que peleaban los nuestros.
Don Jacinto Adrian Varela,
capitán de granaderos
del tercio ya mencionado
de voluntarios gallegos,
que al frente intrépido marcha
de algunos soldados nuestros,
se adelanta sin temor,
á formar un parlamento,
y el falso bretón afirma
que á rendirse está dispuesto,
pero, que no á un oficial,
solo sí al General nuestro.
En esto, el mismo Varela
les pregunta con denuedo
si está cargado el cañón
que á su frente estaba puesto.
Ellos responden que no,
y aquel engaño temiendo

mete el sable y reconoce
que fué justo su recelo.
El inglés audaz, entonces,
viéndose al descubierto
hiere á Varela en un brazo,
y al punto manda hacer fuego,
de cuya acción resultaron
seis de nuestra gente muertos,
con el teniente Maderna,
que rubricó con su sangre
la fé y lealtad de su pecho.
Al ver acción tan indigna,
llenos de furor los nuestros,
sin reparar que son pocos,
atropellan como leones,
menospreciando los riesgos,
y á bayoneta calada
y, graneado tiroteo,
avanzan sobre el inglés
don Juan Terrada García,
teniente de granaderos,
don Juan Pablo Aguirre y otros,
que animados al ejemplo
de estos bravos oficiales,
pelean con increíble esfuerzo,
y á pocos instantes queda
de ingleses sembrado el suelo.
Pierden después el cañón,
con lo que, de puro miedo
rinden las armas, cobardes,

implorando el favor nuestro,
y aunque eran dignos de muerte,
se reciben prisioneros.
El buen don Pío de Gana,
comandante de arribeños,
persona de bellas prendas
y en arte de guerra diestro,
con su gente regresaba
de una guerrilla á este tiempo,
cuando una bala feroz,
desprendida del infierno,
el bajo vientre le abrasa,
le consume y al momento
á la muerte se dispone,
con mucha virtud y ejemplo,
expresando con sus voces,
en sus últimos acentos,
que moría con la pena,
el dolor: sentimiento
de no saber si quedaba
la plaza por el rey nuestro.

TERCERA PARTE

Una columna de ingleses,
cuyo número es incierto,
de San Miguel por la calle
entra atrevida y haciendo
de nuestras pequeñas fuerzas

burla, risa y menosprecio;
pero, en breve, á pesar suyo,
llora su errado concepto.
Una pequeña partida
de los voluntarios nuestros,
en número de veinticinco,
sin cañón, ni otro armamento
que sus fusiles y sables
y murallas de sus pechos,
se arrojan como leones,
de honor y valor ardiendo.
Aquí don Tomás de Sala,
capitán del noble cuerpo
de andaluces, sin temor,
en tan conocidos riesgos
á sus soldados ordena
y les manda: fuego, fuego.
Estos, que no aguardan más,
comienzan el tiroteo
con tanta felicidad,
con tanto pulso y acierto,
que en breve se vió sembrado
de ingleses el duro suelo.
Como cosa de hora y media
duró el combate sangriento,
sin que el número mayor
intimidase á los nuestros.
Aquí el esforzado Sar,
joven de honor, combatiendo,
de mortal rayo fué herido,

y su alma voló á los cielos,
coronada de laureles,
á recibir premio eterno.
Las bretones destrozados,
el escuadrón ya deshecho,
refugio buscan y amparo
de San Miguel en el templo;
pero aun allí los persiguen
y los apuran los nuestros.
Don José Antonio Pereyra,
capitán de los gallegos,
los estrecha por un lado,
y otros por el otro extremo,
en cuya consternación,
el inglés, de temor lleno,
bandera parlamentaria
pone á la puerta del templo.
Rendición se les intima,
y se rinden todos ellos
con armas y fornituras,
solo las vidas pidiendo.
Otro trozo de columna
que había avanzado hacia adentro
se apoderó de una casa,
de su azotea y su techo,
y, desde allí, tiroteaba
á los voluntarios nuestros,
cuyo número parece
que fué de noventa á ciento.
El coronel don Javier

de Elio que observa esto,
para remediar el daño,
manda á don José Rivero
del batallón de andaluces,
capitán de honor y esfuerzo,
que al britano desaloje
del lugar en que se ha puesto.
Marcha al punto este oficial
con veinte y ocho de su cuerpo,
Arribalzaga y Martínez,
oficiales de honor llenos.
En llegando sin demora,
dura guerra se arma luego.
Los ingleses con ventaja
tiran á cuerpo cubierto:
llueven las balas inglesas
sobre los soldados nuestros,
que, empeñados en la acción
entre la muerte y el fuego,
rompen á fuerza una puerta
de la vecindad, y luego
intrépidos atropellan
hasta el elevado techo,
y á bayoneta calada
acometen con denuedo.
Los britanos, asustados
al ver los soldados nuestros,
rinden cobardes las armas,
de rodillas todos puestos,
implorando la piedad

de los católicos pechos.
Tal piedad no merecían
por sus horrosos hechos;
sin embargo, se les oyen
sus clamores y sus ruegos,
y á la plaza los conduce
vivos don José Rivero,
habiéndose en esta acción
distinguido con esmero,
fuera de otros oficiales,
Fermín Hernando Platero,
con otros varios soldados
y su valiente sargento.
De San Miguel para arriba
como dos cuadras, ó menos,
al oeste, cuarenta ingleses
de avaricia y furor llenos,
se apoderan de una casa,
matando á todos sus dueños;
pero, cuando más ufanos
campeaban en aquel puesto,
doce miñones llegaron
con su intrépido sargento,
el buen Francisco Girona,
que les embiste sin miedo,
y los bretones cobardes
al instante se rindieron,
exclamando á grandes voces:
prisioneros, prisioneros.
Los miñones, informados

de sus horribles excesos,
á ninguno perdonaron,
pasándolos á degüello,
justo y debido castigo
á delito tan horrendo.
Dos valientes paraguayos
á los miñones se unieron,
padre é hijo, que contaba
aun no tres lustros enteros.
Las hazañas y prodigios
que estos miñones hicieron
de honor, valor y lealtad,
en este día tremendo,
no es posible referirlas
ni en limitado compendio,
por ser muchas, y tan varias,
y todas con lucimiento.
Otra partida de ingleses,
número como quinientos,
se apodera de una iglesia
fuerte y grande, en un extremo
de la ciudad hácia el sud,
que fué en el pasado tiempo
de los jesuitas, y, ahora,
aplicada á los enfermos
del hospital de Belén,
sirve á todos de consuelo.
Muchas mujeres del barrio,
á este lugar condujeron
prisioneras, con el fin,

sin duda, ó con el intento
de sujetar nuestra tropa
que no les hiciera fuego.
Sin embargo de este ardid
allí concurren los nuestros,
pero no sacan partido,
victoria, ni lucimiento.
Fuese falta de valor,
de método ó de gobierno,
ó pura casualidad,
yo no lo sé, no lo entiendo,
bien que es verdad innegable
hubo allí algunos sujetos
de conocido valor
y de acreditado esfuerzo;
pero otros, por el contrario,
fué conocido su miedo.
Esta acción quedó indecisa,
y el inglés siempre en el templo
con bandera enarbolada,
valor y gloria fingiendo.
Por las dos calles contiguas
detras del santo convento
de las Mercedes, entraron
ingleses más de trescientos;
pero, en ambas perseguidos,
y vencidos todos fueron,
sin darles tiempo y lugar
de regresar á sus cuerpos.
Cuarenta de estos cobardes,

su pronta muerte temiendo,
á una esquina se refugian
de los que le van siguiendo.
Once de nuestros soldados
patricios y cuatro negros,
otro valiente soldado
de Terrada granadero,
los embisten con valor
á los cuarenta, y, aqüestos,
á tan pocos, ¡que vergüenza!
al instante se rindieron,
dejando en aquel lugar,
fuera de heridos, tres muertos.
De estos mismos hacia el bajo
del Río avanzan, corriendo,
pensando lograr ventajas
con solo mudar de puesto;
pero cuando menos piensan
cercados se hallan de fuego,
ya de la Real Fortaleza,
ya de los soldados nuestros.
El valiente capitán
don Juan Bustos, de arribeños,
con diez y ocho de su gente,
carga con valor sobre ellos,
y se rinden los britanos,
misericordia pidiendo.
Que rindan pronto las armas,
Bustos les intima serio.
Ellos las rinden al punto,

en número de doscientos
diez y siete, con más siete
heridos y quince muertos.
Bustos mismo los conduce
y entrega al General nuestro,
con sus respectivas armas,
y quedaron prisioneros.
De estos mismos unos cuantos,
cuarenta, poco más menos,
se apoderan de la casa,
patios, cuartos y aposentos
de don Vicente Peralta,
y comienzan el saqueo.
El dueño, que en casa estaba,
con otro buen compañero
huyen á un cuarto interior
y se encierran por adentro,
por ver si escapar la vida
pueden en aquel secreto
Llegan allí los ingleses,
Y por un corto agujero
de la puerta, les disparan
fusilazos sin recelo,
con los cuales una mano
le pasan al compañero.
Peralta, que se contempla
en tan apurado riesgo,
la esperanza de vivir
pierde ya en aquel momento
y se resuelve á salir,

su muerte á los ojos viendo.
Invoca con fé á María
de la Merced, por remedio,
pone en sus manos su suerte,
y abre la puerta diciendo:
aquí estoy. El inglés dice:
entrégate prisionero.
Peralta, que no esperaba
tal lenguage en este tiempo,
á voces dice y exclama,
sí, señor, soy prisionero.
Mientras en esta aventura
pierden los ingleses tiempo,
nuestros valientes soldados
habían cercado aquel puesto,
de suerte que era infalible
morir ó ser prisioneros.
En este duro conflicto,
en este arriesgado aprieto,
triste el oficial britano
pide á Peralta consuelo,
¡Español, oh, protección!
en altas voces diciendo.
Aquél la ofrece, y rendir
les manda las armas luego,
lo que ejecutado, él mismo
los conduce prisioneros.
Cuarenta ingleses entrega,
sus fusiles y armamento,
de suerte que, en una hora.

poco más ó poco menos,
de rendido y apresado,
se vió apresador sin fuego,
debiendo á la invocación
de María este portento.
Por la pública alameda,
que es de la ciudad paseo,
sale el general Elio
con un trozo de los nuestros,
de cuatrocientos ó más
y dos cañones violentos,
á perseguir al inglés
que en varios distintos puestos
colocados, nos hacía
mucho daño y mucho fuego:
pero, luego, intimidados
y acobardados los nuestros
del número de enemigos
y continuo tiroteo,
dejándose los cañones
á la Fortaleza huyeron.
Los ingleses, muy alegres
de aquél presente suceso,
corren pronto á apoderarse
de los dos cañones nuestros,
pero, Bustos les sacude
entonces graneado fuego,
y les quita la esperanza
de llegar á poseerlos.
Por otras distintas calles

y sitios se repartieron
los sanguinarios bretones,
y, en todas, vencidos fueron
por los nuestros que, en guerrillas
y en varios piquetes sueltos,
maravillas de valor
obraron con lucimiento.
Es notable circunstancia
que en los ataques sangrientos
de estos días, siempre fué
de nuestra gente la menos.
En una de estas acciones,
con fingido parlamento,
atropeyando las leyes
de honor, verdad y respeto.
hieren y matan cruelmente
á un joven capitán nuestro,
edecán del General
y de ilustre nacimiento,
don Manuel de Arce, que muere
lleno de bocas el cuerpo
á golpes de bayoneta,
con que acaba en un momento.
Con otro paliado engaño,
y aparente parlamento,
á don Francisco Loases,
buen capitán de artilleros,
y al teniente de miñones
Illa, toman prisioneros,
á una cochera los llevan,

y en aquel oscuro encierro,
al cabo de algunas horas
oyen la voz de los nuestros,
que victoriosos corrían
tras los bretones soberbios.
Dan voces, son escuchados;
quedan libres, y los anglos
de apresadores son presos.
No es posible, aquí, omitir,
para honor de nuestro suelo
y de nuestro Soberano,
las maravillas que hicieron
de religión y valor,
los indios, pardos y negros.
todos, todos, á porfía
pelean, con increíble esfuerzo,
ya en el cañón, ya en guerrillas,
y siempre con lucimiento.
Ellos corren por las calles
unidos de noble acuerdo,
con picas, sables y lanzas,
machetes y armas de fuego,
y por do quiera que van,
la gloria los va siguiendo.
Los esclavos de las casas
desamparan á sus dueños,
y, á la palestra de Marte
van á porfía corriendo,
sin que contenerlos pueda
de sus amos el precepto.

¡Que prodigios de valor,
que heróicos hechos no hicieron,
estos valientes esclavos,
á vista del mundo entero,
Ellos al inglés persiguen
con el más noble ardimiento,
avanzan por todas calles
y menosprecian los riesgos,
siendo lo más admirable,
lo más dulce y lo más tierno,
oirles decir con fervor;
que pelean por la fé
de Jesu-Cristo y su reino.
En una de las guerrillas
que por el alto se hicieron,
fué atacado de improviso,
por varios ingleses fieros,
don José Domingo Urrien,
tercer comandante nuestro,
y antes de tener lugar
de valerse de su acero,
un atrevido bretón
á tiro le apunta cierto,
más, cuando va á descargar
el duro é incendiado fierro,
y que nuestro comandante
se contaba ya por muerto,
un negrito que á su lado
le seguía, en este empeño,
con su pica atravesó

del inglés el duro pecho,
dejándole allí tendido,
donde dió el último aliento.
Urrien que libra la vida
en un lance tan estrecho,
rebosando de alegría,
honor y agradecimiento,
dice á su libertador:
muchacho, búscame luego
en mi casa, que eres libre.
Esto dijo, pero el negro,
tan noble como valiente,
no se ha dado á conocer
solo con su honor contento,
ó quizá perdió la vida
en los combates sangrientos
que en estos días terribles
aquí y allí se ofrecieron.
De la Piedad por el barrio,
otro bravo y fuerte negro,
armado solo con pica,
escaramuzas va haciendo,
al estilo de su pais,
tirándose por el suelo,
con el fin de atravesar
de un ingles armado el pecho,
según lo que prometió
á sus otros compañeros.
En su media lengua entonces
el negrito va diciendo:

tira inglés y no me yerres;
si me yerras eres muerto.
Cuando ya se puso á tiro,
le pone los puntos luego
el bretón y le descarga
el fusil; pero, mi negro,
con viveza sin igual,
se dejó caer en el suelo,
y, por entre el humo, corre
hacia el inglés con denuedo,
y, antes que éste cargue el arma,
con su lanza le abre el pecho.
Pablo Jimenez, esclavo,
pardo, agregado á su cuerpo,
maravillas de valor
y piedad, al mismo tiempo,
en este día señalado
obró con gran lucimiento.
Mató, él solo, dos ingleses,
batallando cuerpo á cuerpo,
y libra á su pobre hermano
que se hallaba en grande riesgo.
A otro gravemente hiere
y lo levanta del suelo:
en sus hombros lo conduce
á un hospital de los nuestros,
para que sea atendido
como á herido prisionero.
Estas heroicas acciones
de su amo le merecieron

la franqueza y libertad
que le concedió al momento,
brillando, en amo y esclavo,
honor y virtud de acuerdo.
En este estado se hallaba
de la guerra el duro aspecto,
favorable á nuestras armas
y á los ingleses funesto.
Dos mil y más se contaban
de su gente prisioneros;
otros tantos, quizá más,
de los heridos y muertos;
y si la guerra seguía,
era indudable, era cierto,
que todos perecerían
día más ó día menos,
puesto que lugar no había
para retirarse huyendo,
metidos en lo interior
de la ciudad y del pueblo.
Nuestro General entonces,
prudente, sabio y discreto,
para evitar la efusión
de la sangre de los nuestros,
con el Ilustre Cabildo,
y señor Fiscal de acuerdo,
al general Whitelocke
le propone con esfuerzo
que concede libertad
á todos los prisioneros

de la presente batalla,
con los demás que dispersos
se hallan de la reconquista
en las provincias del reino,
con tal que todos se embarquen
y desalojen los puestos
del caudaloso Argentino
que ocupaban á este tiempo,
y que hostilidades cesen,
envainando el duro acero,
bajo ciertas condiciones,
tratados y pactos serios.
Después de varios debates,
consultas y parlamentos,
se firmaron los tratados
de común consentimiento,
quedando así concluído
con tanta gloria y consuelo,
asunto tan importante,
tan grave y de tanto peso.
Suspende ahora pluma mía,
suspende tu curso y vuelo,
que entusiasmo superior
eleva hoy mi pensamiento,
cuando de Dios las piedades
devotamente contemplo
en tan señalado triunfo,
que todo él es un portento
por cuantas partes le miro,
le medito y considero.

Pues, aún los mismos ardides
del enemigo protervo,
á tan ilustre victoria
visiblemente sirvieron.
Seáis alabado Señor,
seáis bendito, Señor nuestro,
por inmortales edades
y por los siglos eternos.
Bendecid esta ciudad,
favoreced este pueblo,
que en tí solo cree y espera
con el más devoto afecto.
Y Vos, oh dulce María,
nuestra esperanza y consuelo,
seáis bendita y alabada,
pues fuisteis nuestro remedio.
Tu patrocinio imploramos,
dulce madre, auxilio nuestro,
pues, si estais de nuestra parte,
es nada todo el infierno.
Al fin, á vos, ¡oh gran Carlos!,
mi pobre musa convierto
con la voluntad más fina
y el más reverente afecto.
Tuyas son todas las glorias
y los triunfos de este pueblo,
y tuyos los corazones
de estos tus vasallos tiernos.
A tus pies rendido arrojo
mi pluma, mi lira y plectro,

y, á nombre de esta ciudad
te pido, suplico y ruego
recibais la dulce ofrenda
y lealtad de nuestros pechos,
mientras todos, penetrados
del amor más dulce y tierno,
pedimos á Dios os guarde
años y siglos enteros. (1)

OCTAVAS *

I

Venid pueblos, oid atentamente
Lo que nos ha asombrado y aturdido,
Lo que de todo racional viviente
Apenas hoy pudiera ser creído.

---

(1) («La Imp. en Buenos Aires» de J. T. Medina, pág. 235 No. 39). Está reproducida en la colec. Alsina págs. 406/440, y en el tomo II de la «*Historia Argentina*», Imprenta de la Revista 1856; págs. 311/356.

* Impresos N°. 3881 de la B. N.

Dn. J. M. Gutierrez dice que esta poesía es del Dr. Rivarola.

(Esta poesía y las tres siguientes se publicaron por primera vez en un folleto de 8 páginas con el siguiente título: «BREVE RECUERDO del formidable ataque del exercito inglés á la ciudad de Buenos Aires, y su gloriosa defensa por las legiones Patrióticas el día 5 de Julio de 1807»).

La Imprenta en Buenos Aires, página 251.

En la Colección Alsina páginas 477-480.

En la biblioteca del general Mitre hay un ejemplar.

Pero, como el gran Dios omnipotente,
De aquesta maravilla autor ha sido,
Desaparece todo lo imposible
Y cuanto acá en lo humano era increíble.

II

Y tú, pueblo argentino, que afligido
Con disgustos, zozobras y tormento,
Ese terco britano te ha tenido,
Sin dejarte reposo ni contento,
Olvida ya el quebranto que has sufrido
En tan duro y cruel padecimiento,
Al ver el resultado de aquel día,
Que al Perú ha llenado de alegría.

III

Los duros anglos otra vez vinieron,
Y sus grandes columnas acercando,
Hacia la capital se dirigieron,
Fuego, estragos y muerte fulminando.
En el cinco de Julio acometieron,
La ciudad, por mil partes atacando;
Pero el pueblo real, fuerte y constante,
Al britano derrota en un instante.

IV

Cual tigres de la Hircania enfurecidos
Nuestros bravos guerreros peleaban,
Por calles y azoteas repartidos
Con los fieros britanos que avanzaban.

Así, por todas partes perseguidos,
En las casas y patios se emboscaban;
Y acosados del fuego y los aceros,
Los anglos se entregaban prisioneros.

V

El hórrido semblante de la muerte
A los tristes britanos perseguía;
Su guadaña los hiere de tal suerte,
Que las calles volvió carnicería.
Tal fué el ardor de aqueste pueblo fuerte,
Resistiendo á los anglos aquel día;
Whitelock capitula, y diligente
Se embarca con los restos de su gente.

VI

Valerosas legiones, ya vencisteis
De esas tropas britanas la osadía,
Cuando el cinco de Julio resististeis
Con firmeza, denuedo y valentía.
La patria y religión que defendisteis,
Harán siempre recuerdo de aquel día,
Y el anglo destrozado y aturdido,
Llorará eternamente haber venido.

VII

¿Y quien sinó el Dios omnipotente,
Librarnos pudo en lance tan temible,
En peligro tan grande é inminente,
Cercados de una hueste tan terrible?

Sí; el Señor nos libró, pío y clemente,
Dandoós una victoria tan plausible;
Y ha salvado á su pueblo en este día,
A este su pueblo fiel que en él confía.

VIII

Así la patria se transporta en gozo,
El continente llora de alegría,
Y el Soberano oirá con alborozo
Todo lo que su pueblo obró este día;
La santa religión que un gran destrozo
En los fieles y altares se temía,
Rebosa ya en placer, en gozo tanto,
Y practica tranquila el culto santo.

IX

Así, gran Dios, á tí se de la gloria,
Pues, á tu amado pueblo, que afligido
Te imploraba, le diste la victoria,
Quedando el anglo absorto y abatido.
De tanto beneficio, la memoria
Será eterna, en tu pueblo agradecido,
Y á tí acudiendo en sus necesidades,
Hallará siempre prontas tus piedades.

X

Y vosotras, ¡oh! víctimas leales!,
Muriendo por tal causa, conseguisteis
Una gloria inmortal en los anuales
Sacrificios al Dios por quien moristeis;

Y al rendirle sus glorias y loores,
Jamás olvidará sus defensores.

XI

Y vosotros también, ¡oh valerosos
Guerreros de la patria, que aún con vida
Os halleis al presente, muy gozosos,
Al ver ya la victoria conseguida!
Esforzad esos pechos animosos
A favor de la patria defendida,
La que el Señor por tanto beneficio,
Alaba y pide os mire muy propicio.

SUSCINTA MEMORIA *

SOBRE LA SEGUNDA INVASIÓN DE BUENOS AIRES EL MES DE JULIO DE 1807, EN LA CUAL SE DA UNA BREVE IDEA DE LO MÁS PRINCIPAL QUE ACONTECIÓ DESDE EL 27 DE JUNIO QUE SE DEJÓ VER AL HORIZONTE ORIENTAL LA ARMADA Y CONVOY ENEMIGO, HASTA EL AMANECER DEL CINCO DE JULIO. A QUE SE AÑADE UNA VIVA PINTURA DE LA HERÓICA Y GLORIOSA DEFENSA DE LA CAPITAL Y DE TODO EL CONTINENTE, CON DERROTA DEL FORMIDABLE EJÉRCITO DE WHITELOCKE EN AQUEL DÍA MEMORABLE: Y DEMOSTRACIONES QUE SE SIGUIERON Á TAN SEÑALADA VICTORIA.

I

Ciudad de Buenos Aires, valerosa,
Fiel, leal, y constante en sumo grado,
Que has sufrido con alma generosa
Los contrastes de un tiempo desgraciado:
Recuerda ahora el momento en que orgullosa,
Esa terca nación que te ha injuriado,
Te acometió otra vez con arrogancia
Y se estrelló de nuevo en tu constancia.

---

* (La Imp. en Bs. As. pág. 293).

Dice Dn. J. M. Gutiérrez: «De la nota 34, pág. 45 se infiere que el autor de esta suscinta memoria es el mismo que dió á luz, á fines de Setiembre de 1807, el «*Breve recuerdo*».

II

Los obstinados anglos intentando,
Ganar de nuevo esta ciudad constante,
Su gran convoy acercan, anhelando
Desembarcar sus tropas al instante.
Nuestras bravas legiones observando
El desembarque ya hecho, aunque distante,
Se previenen y animan al momento
A frustrar del britano el fiero intento.

III

El bravo Whitelocke, reforzado
Con tropas de la Europa, se avanzaba
Hacia esta Capital, muy confiado
En las grandes columnas que mandaba,
Pero este pueblo fiel que preparado
En el Dios de sus padres esperaba,
Sale como un león al descubierto,
A derrotar al anglo en campo abierto.

IV

El britano sagaz, que había intentado
Entrarse en la ciudad sin resistencia,
Atraviesa el Riachuelo, apresurado,
Por lograr del ejército la ausencia.
Marcha por entre quintas, denodado,
Con veloz paso y grande diligencia,
Para entrar por las calles hasta el Fuerte,
Más, presto se encontró con fuego y muerte.

V

El general Liniers, cual bravo Marte,
Atravesó las quintas por el centro;
De sus bravas legiones, solo parte
Pudo al Anglo salir al duro encuentro,
Y en lo de Miserere, sin baluarte
Batiéndolo, le impiden entrar dentro,
Cuya acción, arriesgada y atrevida,
Libró la Capital de ser perdida.

VI

Con estos valerosos campeones,
También llegaron, (¡qué oportunamente!),
Un trozo de artilleros con cañones,
Que á los anglos batieron de repente:
Poco duró la acción, pero, á montones
Tuvo muertos y heridos, de su gente,
Ese fiero britano, que venía
A cubrirnos de males aquel día.

VII

Esta acción, repentina y arriesgada,
Costó la vida á algunos valerosos;
Pero, tan digna sangre derramada,
Produjo efectos grandes, prodigiosos;
Pues, aterrado el Anglo en su jornada,
Al encontrar los nuestros animosos
Que tal estrago hicieron en su gente,
Desistió de su entrada prontamente.

VIII

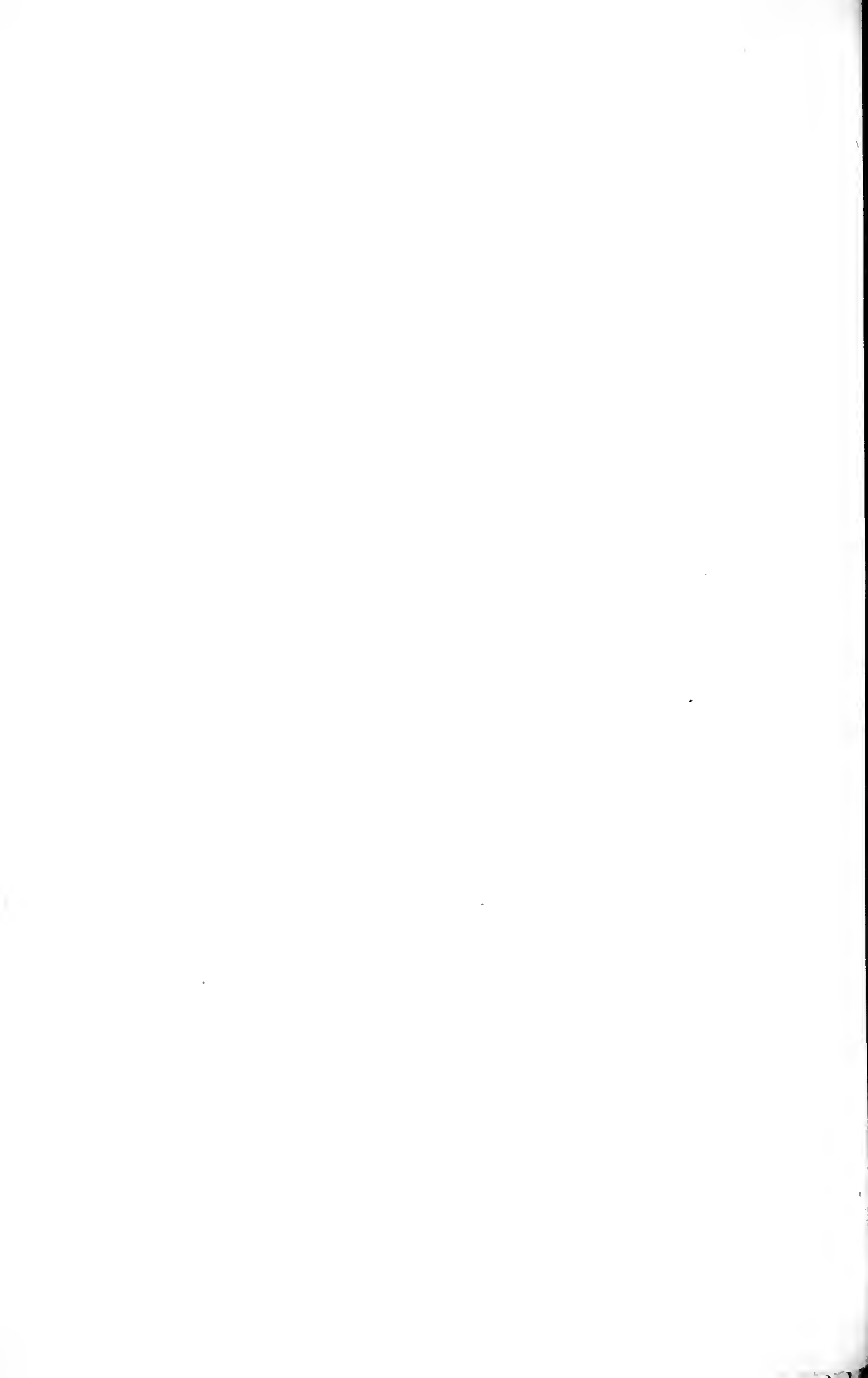
Los bravos batallones que pudieron
Alcanzar á los Anglos en su encuentro,
Y los demás guerreros que corrieron
A impedirles el paso por adentro,
Todos en retirada se pusieron,
Replegándose pronto para el centro
A socorrer la plaza en tal conflicto,
Mostrándose así el pueblo siempre invicto.

IX

Aquesta retirada presurosa
Fué, en aquella ocasión, inevitable,
Siendo, por otra parte, ventajosa
Y de una utilidad imponderable;
Pues, en aquella noche congojosa,
Noche de turbación inexplicable,
Se reunieron adentro las legiones
A defender la patria cual leones.

X

Los días tres y cuatro, se pasaron
En reforzar la plaza y abrir fosos,
Y en las muchas guerrillas que trabaron
Con los anglos los nuestros animosos.
Estos, con tal denuedo pelearon,
Que al Britano le hicieron mil destrozos,
Ensayándose así, con tanta gloria,
Para obtener el cinco la victoria.



MANUEL MEDRANO

ODA *

EN HONOR DE LA DEL NÚM. I

Multitud lastimosa que, eclipsando,
de la santa verdad el claro aspecto,
con la ponsoña del error, dañasteis
supersticiosa, el admirable ingenio:
si del fúnebre espacio que comprende
de la aflicción el tenebroso Reyno,
que rodea furioso Flegetonte
desaciendo peñascos con su fuego,
podeis forzar la puerta diamantina,
de quien las llaves guarda el duro Febo:
venid, venid volando, á las llanuras
del Argentino majestuoso suelo
y la ficción sublime realizada
vereis, del docto hermano de Aristeo.
Apareció sobre celages rojos,
que iluminaba con sus rayos Febo,
la inexorable Diosa, en una mano
un mechón encendido sosteniendo
y con resuelta acción, llevando en la otra
las provocantes armas de Miseno.

---

* «Telégrafo Mercantil» Sab. 18 de Abril de 1801; No 6, pág. 41.

La Oda del No. 1 del mismo periódico á que se refiere, era la poesía «Al Paraná» de Lavarden.

Así, un estrepitoso carro guiaba,
tirado de caballos, que en su aliento,
abrasadoras llamas arrojando
iluminaban el brillante centro
en que al sangriento Marte conducian,
quien ya armando el escudo, ya blandiendo
la lanza destructora, difundía
el pálido terror, el triste miedo;
y horrísona una voz, muy semejante
á la que causa formidable el trueno,
resonando en los aires, el espanto
infundió en los mortales con su estruendo.
Medroso el bello Pluto, en el regazo
de su apacible madre, en llanto tierno
explicó su temor, y, ella amorosa
acallando al infante con el pecho,
dejó la orilla del platéo Rio
buscando en otros climas el sosiego.
Y enturbiada la clara faz hermosa
del hijo caro del oceano excelso,
se recogió turbado al rico albergue
que decora su ilustre nacimiento,
dejando con su ausencia descubiertas
las anchas playas, que por tanto tiempo
regó con francas manos, y dejando
los campos que mantuvo siempre amenos,
faltos de la humedad fecundadora,
de esteril polvo en su extensión cubiertos.
Pero bajando á la escarpada orilla
alado querubin del Dios de Delfos,

la cítara pulsó, y al extremado
tono que formó, herido el instrumento,
cantó con suave voz inimitable
los que empiezan así divinos versos:
Augusto Paraná....Sagrado Rio....
Sus voces oyó el Dios allá en su seno,
en que la paz gozaba, y, obligado
de la dulce expresión de sus acentos,
á viajar se prepara bullicioso
las ondas encrespando del *Cabello;*
y, sobre un carro de oro, acompañado
de dorados brillantes y ligeros,
y del vistoso reluciente enjambre
que bebe en sus cristales el aliento,
sin temer de Belona los estragos,
descendió mansamente, repartiendo
los abundantes dones de Amalthea;
y de cumplir así no satisfecho
en suplicar, augusto, caudaloso,
sus líquidos raudales estendiendo,
llegó á besar los pies del savio Cisne
que, rodeado de músicos jilgueros
en apacibles tonos procuraban
las voces imitar con sus gorgeos.
Entonces de nereydas, dulce coro,
abandonando los plateados lechos,
apareció sobre las puras aguas
fluctuando á sus espaldas verde el pelo,
y, tocando con peines delicados
las cuerdas finas de sonoros plectros,

al compás apacible de sus voces,
entonaron en suave heroico metro:
hijo divino del excelso Apolo
sabio argentino, consumado Orfeo,
que usando de la citara armoniosa,
ilustras con tu voz el patrio suelo.
Mira como á tus cánticos suaves
el Paraná sagrado obedeciendo,
descendió, prodigando sus influxos,
y trocando los campos, antes secos,
en fértiles campiñas, que de Flora
aventajan los plácidos recreos:

Mira allí los ganados que rumeaban
del espinoso cardo el duro leño,
como pacen en verdes, altas lomas,
entre si, retozando placenteros.

Mira como sus ramas dilatando
los altos pinos y robustos cedros,
con sus frondosas copas, fresca sombra
al útil labrador estan haciendo.

Mira, mira amorosa la gran madre
de este continente, produciendo
el apreciable añil, la hermosa grana,
la fragante canela y el pequeño
árbol que fructifica la pimienta;
y mira, en fin, el incesante anhelo
con que la araña, entre las verdes Tunas,
los capullos de seda está tejiendo.

Estos frutos divinos y otros muchos
serán dentro de poco el loable objeto

de la fiel reflexión de algunos sabios;
y pues tu gozas, entre todos ellos,
lugar tan distinguido, vé, y promueve
su purificación y su fomento.
De la invención sagrada de Saturno,
enseña lo útil, muestra los defectos,
aumentando en geórgicas sublimes,
del mantuano poeta, los preceptos;
y el negociante activo y laborioso,
el artesano, el pobre jornalero
y el labrador que con el corbo arado
para sembrar dispone los terrenos,
mirándose felices por tu influencia,
estarán de continuo repitiendo:
Hijo divino del excelso Apolo,
Sabio argentino, consumado Orfeo,
que usando de la cítara armoniosa
ilustras con tu voz el patrio suelo.

DOMINGO DE AZCUÉNAGA



FÁBULA PRIMERA *

EL TORO, EL OSO Y EL LORO

En un monte fragoso,
Mil bramidos un *Toro* dando estaba,
Y oyendolos un *Oso*,
Desde un bosque, á saber porque bramaba
Se acercó deligente, y, con agrado,
Le dijo: ¿porque bramas? ¿que te ha dado?
No tengas á desdoro,
El decirme, si te hallas desvalido.
Amigo: (dijo el *Toro*)
Ya que estás de mi pena condolido,
Ampárame en mis males que, aunque graves,
Se harán con tu socorro mas suaves.
Yo me siento agitado
De un formidable torozón, de suerte
Que, á no haber tú llegado,
Hubiera reducídome á la muerte.
Pero ya que viniste, solicito
Que me busques de *sen* un manojito.
No tengo inteligencia
En la planta que pides; mas confío
Hacer la diligencia,

---

* Tel. Mercantil: 1801. T. 2°. No. 2. 5 de Agosto; pág. 14.

Cerca de aquí, con otro amigo mio.
Esto responde el *Oso,* y se encamina
Hacia el bosque á traer la medicina.
Llegó, y halló cogiendo,
A un herbolario, plantas en el soto;
Díjole: pues comprendo
Que, en materia de yerbas, teneis voto,
Dadme la *sen* para uno que, afligido,
Allí de un torozón queda tendido.
Ofreciose á buscarla,
El herbolario, y como no la hubiese,
Ni fuese dable hallarla,
Le dió otra *equivalente,* con que fuese
A remediar el mal que molestaba
Al enfermo, por quien se interesaba.
Llevó el *Oso* la yerba,
Y presumiendo el *Toro* hallar remedio,
Comiola, aunque era acerba,
Sin causarle lo amargo el menos tédio;
Y al momento le dió tan grave insulto,
Que no quedó de él más que el triste bulto.
Descendió al bosque el *Oso*,
Y viendo al malhechor enfurecido,
Le dijo: hoy, engañoso,
Con darte muerte, el premio merecido
tendrás, pués, fuiste causa, que el doliente,
Muriese con tu yerba *equivalente.*
Pero un anciano *Loro*,
Que estaba sobre un alamo parado,
Y vió expirar al *Toro*,

Le dijo al *Oso*, viéndolo irritado:
¡Del rústico herbolario el hecho extrañas,
Porque estás entre selvas y montañas!
Pues sabe que, en las cultas
Ciudades, estos mismos disparates,
Con iguales resultas
Se ven. Con que así, amigo, no lo mates,
Porque no hizo otra cosa, el Herbolario,
Que dar un *quid pro quo* de boticario. (1)

FÁBULA SEGUNDA *

EL MONO ENFERMO

Cuentan que en Tetuan le sobrevino,
una noche á las 12, á un mono herrero,
por boca y narices,
un vómito de sangre repentino,
tan fuerte, que dos monos aprendices,
salieron en camisa, y sin sombrero,
por médico volando,
quedándose con él, en la herreria,
Una mona, aguardando
el término fatal de su agonía.
Los dos monos hicieron
muy bien la diligencia; pero fueron
sus pasos escusados,

* Tel. Merc. T. 2. No. 14. Mierc. 16 de Septiembre en 1801.

por que estaban los físicos resfriados.
El Doctor pierna tuerta, (alias tenaza),
dijo: *vayan al Médico de casa*;
y diciéndole que era un accidente
replicó: vayan, vayan brevemente.
El sabio Licenciado Boca-abierta
tenía dada orden, *que la puerta*
no abriesen de su casa, aunque pedazos
la hicieran, por llamarle, *á aldabonazos;*
y el bachiller nombrado Pelos-rubios
dijo: que había tomado pedi-lubios;
de tal manera que, al venir la aurora,
llegando á la herrería los monitos
á darle la respuesta á su señora
la encontraron furiosa, dando gritos,
porque el enfermo ya en sueño profundo
se había ido á curar al otro mundo.
¡Quien, señores, creyera
que entre los monos médicos, se viera
tan poca caridad y amor tan poco!
cualquiera lo creerá, sin estar loco,
porque no es menester, (yo lo confieso),
el ir hasta Tetuán para ver eso.

FÁBULA TERCERA *

EL AGUILA, EL LEÓN Y EL CORDERO

Un aguila real,
con rápido vuelo
se subió á la cima
de un áspero cerro,
al pie de la cumbre,
en un prado ameno,
un feroz león
estaba durmiendo.
La aguila de lo alto
quiso conocerlo,
y hacia el prado airosa
se dirigió luego.
El León al ruído
despertó soberbio,
y alzando al instante
su dorado cuello,
erguió su melena
con gala y denuedo,
y de rey vestido
se mostró al momento.
Revolvió la cara
con aire y despejo,
y, con la cabeza,
le hizo acatamiento.

---

* Telégrafo Mercantil T. 2, No 18. Dom. 4 de Octubre de 1801.

Acercóse aquella
con pasos severos,
y entablaron ambos
su razonamiento.
Este se redujo
á hacer menosprecio
de los brutos y aves
con denuestos feos,
diciendo, que estaban
en el universo,
las especies de ambos,
bajo sus imperios,
vanidad fundando
en sus nacimientos.
Pero un corderito,
que había estado oyendo
toda la parola,
sin ser visto de ellos,
(allá para sí),
prorrumpió diciendo:
No hay duda en que sois
por vuestros abuelos
de aves, y de brutos
monarcas excelsos,
pero, si teneis
tan perversos hechos,
que el hurto y rapiña
es vuestro elemento,
la grandeza vuestra,
ni en chanzas la quiero,

pues soy de dictamen
por lo que penetro,
que el lustre, y realce
de mas alto precio
es, el que uno adquiere
por sí, siendo bueno.
En la fabulita
nos dice el cordero:
que jamás hagamos
gala con exceso
del blasón y gloria
que heredado habemos
de nuestros mayores,
y que procuremos,
con nuestra conducta
y procedimientos,
adquirirla nueva
por nosotros mismos.

FÁBULA CUARTA *

EL COMERCIANTE Y LA COTORRA

« Donec eris felix multo numerabis amicos
Tempora si fuerint nubila, solus eris »

Un gran *Comerciante,*
que por su desgracia,
perdió sus haberes,
sin culpa ni causa;

* Telégrafo Mercantil N. 19. Tom. II, fol. 133. Dom. II de Oct. de 1801.

recostado al margen
del *Río de la Plata*
solitario y triste,
así se quejaba:
¿No soy yo aquel hombre
á quien veneraban
las gentes, viniendo
á verme á mi casa?
¿Pues como no tengo
hoy en mis amargas
penas, quien las temple,
ni ayude á llorarlas?
Entre mis angustias
la que más me acaba,
es ver que un amigo,
á quien yo estimaba
tanto, que las gentes,
al vernos clamaban,
que eramos dos cuerpos
en tan sola un alma,
también me ha olvidado,
mirándome en tanta
multitud de azares,
como me acompañan;
¡Ah cruel, ingrato!
más dolor me causa
tu ausencia, que toda
la pérdida infausta
de mis intereses:
En esta batalla

estaba el buen hombre,
quando hete, que le habla
una *Cotorrita*
desde la alta rama
de un *Ombú* frondoso
con estas palabras:
¡Que es lo que pronuncias!
ese que tu tratas
de ingrato y cruel
amigo le llamas,
fué solo tu sombra:
si acaso mañana
volviese á salir
allí en tu morada
el sol, lo tendrás
al lado sin falta;
pero mientras dure
el nublado en casa,
no pienses, que vuelva
á verte la cara.
De esta suerte habló,
y abriendo las alas
remontó su vuelo,
dejando parada
la atención del triste
por mansión muy larga
al oir de su pico
sentencia tan alta.
Yo, señores míos,
no les diré nada

á tales personas,
pues si son ingratas,
para reprehenderlas
las *Cotorras* bastan.

FÁBULA QUINTA *

LOS PAPAGAYOS Y LA LECHUZA

Una apacible mañana
Se dejó ver en el campo
Una horrorosa lechuza
Sobre la cima de un árbol
Revestida con las plumas
De un hermoso papagayo:
Absortas las demas aves
De ver aquel espantajo
A acercársele ninguna
Se atrevió hasta que llegaron
Dos papagayos ladinos,
Quienes luego que miraron
Aquella horrible figura
Con ropage tan bizarro,
Uno á otro se decian
Esta es mucha burla hermano;
Y pues no es justo, que esta ave,
Tan conocida de varios

* Telégrafo Mercantil, Tom. II; No 31; pág. 241. 29 de Nov. de 1801.

En nuestra región; por una
De las del estado bajo,
Haga á cara descubierta
De nuestra prosapia escarnio,
Ocurramos á poner
Remedio á tan grave daño:
  Con estas miras su vuelo
Hasta el Olimpo elevaron,
Y llegando á duras penas,
Ante Júpiter sagrado,
Interpusieron su gresca,
Pintando á lo vivo el caso,
Y pidiendo castigase
Arrojo tan temerario.
  Instruido éste de la acción
Y la justicia de entrambos,
Ordenó que condujesen
La lechuza dos caranchos,
Quienes volando partieron
A cumplir con lo mandado,
Y trayendola vestida
Ante el trono soberano,
En la propia forma y traje,
Con que aquellos la acusaron,
No pudo la pobre dar
Satisfacción á los cargos
Que en presencia del Tonante
Le hicieron los agraviados,
Reduciendo sus respuestas
A un: *cómo :: yo :: sí :: pues :: cuando,*

De suerte que comprobada
La injuria, con seño agrado
Le habló el Dios de esta manera;
Dime, ave de agüero infausto,
¿Con que objeto te pusiste
Ese precioso vestuario?
¿Presumiste ser con él,
Más de lo que eres acaso?
¿No respondes? ¿por qué callas?
¿Confiesas ya tu pecado?
Pues prevente para oir
De tu atrevimiento el fallo.
Hoy con bulla, y algazara
Serás conducida á un prado,
Y en presencia de las aves
Que convocará el milano
Para que el castigo vean,
Te irá el mochuelo quitando
Las verdes plumas, con que
Te adornaste, y á mis manos
Las traerá, para hacer de ellas
El uso mas adecuado.
Y porque se cumpla, así
Lo firmo, pronuncio, y mando.
Pusose todo por obra
En el modo mas exacto,
Quedando el supremo Rey
De su cólera templado,
La lechuza escarmentada,
Y alegres los papagayos.

La acción, que Júpiter hizo,
Nos está manifestando
La justicia con que deben
Segun sus clases y estados,
Distinguirse las personas
Porque no nos confundamos.

FÁBULA SEXTA *

LOS SÁTIROS

Navegando un viajero por la China
Condujo de Malaca á Berberia
Cien satiros, por ver si allí podia
Hacer un cambalache de cocina
Vendiendolos por trigo, que este grano
En los paises del norte es plata en mano.
Uno de ellos estaba apoderado
De una sarna fatal tan malignante,
Que al echarlos de abordo, contagiado
Se hallaba de ella el número restante.
Dieronle del contagio luego al dueño
Razón los marineros, y risueño
Dijo el: los habitantes de esta tierra
A la sarna jamás abrieron guerra;
No son escrupulosos,
Ni tienen por que serlo; con que amigos

---

* Telégrafo Mercantil. No. 5256 del cat. de la B. N. Tom. II—No 36—pág. 295—Dom. 20 de Dic. de 1801.

Salga yo de estos entes asquerosos,
Que lo demás es cuento,
Y asi vayan á tierra todos ciento.
  Divulgose por todo el continente
La voz de tan brillante
Factura; y acudieron muy en breve,
Compradores sin fin; quien lleva nueve,
Quien diez y seis, quien treinta,
El uno veinte y cinco, el otro veinte;
De tal manera que el señor viajante
Hizo de todos prodigiosa venta,
Quedando sin un sátiro al instante.
  Distribuida ya la satirada
Y tomando su importe en trigo y granos,
Alzó al cielo las manos
El vendedor feliz, y dando al aire
De risa una solemne carcajada
Dijo con gran donaire,
Al restituirse á bordo: á Dios salvajes,
Dejad crecer las uñas largamente
Para rascar la sarna, que estos gajes
Son de la estolidez don consiguiente.
  Apenas dos semanas se pasaron
Cuando la sarna se cundió del todo,
Y pocos ó ningunos se escaparon
De tener que rascar en algun modo;
Mas dimos fin al cuento
Y vamos de la Fábula al intento.
  Que acontesca entre Alarbes este daño,
Pintandolos escasos de nociones,

Nada tiene de estraño;
Lo que si raro fuera
Que pudiendo decir de otras naciones
Otro tanto ellos mismos, tradujera
Algun moro en Argel la fabulilla,
Sin pensar en dar vuelta á la tortilla.

FÁBULA SÉPTIMA *

EL MONO Y EL TORDO

Fingendis jam dura seges concrevit avenis

Metióse un mono en un trigal ya seco
Del cañón de la mies á hacer flautillas
Presumiendo tocar, por verlo hueco,
Mil maravillas.
Con sus uñitas lo rasgaba astuto,
Y soplandolo ansioso, procuraba
El hacerlo sonar, pero el cañuto
Nunca sonaba.
Sin sacar de las cañas una avena,
Haciendo de su afan cumplido alarde,
Porfiado se mantuvo en su faena
Toda una tarde.
Pero un tordo parlero, que su encono
Había estado viendo, con gran flema
Desde un sauce, le dijo; señor mono,
Deje ese tema.

* Telégrafo Mercantil. No 5256 del Cat. de la B. N. Tom. III. No 5, pág. 57. Dom. 31 de Enero de 1802.

No desperdicie el tiempo en tal apuro,
Las mieses trate Vd. con carantoñas,
¿No advierte, que ya está el alcacer duro
Para zampoñas?
Nadie piense sacar provecho alguno
De aquellos, que pasaron con holganza,
El tiempo conveniente y oportuno
De su crianza.

CRÍTICA Á LA PRENSA ARGENTINA. *

1—Que viéndonos ya perdidos
Faltando á Dios y á las leyes
Digamos que son los reyes
Unos tiranos bandidos,
Cuandos de estos apellidos
Merecemos un caudal:
Esto, me parece mal.

—

2—Que viendo yo en nuestros dias
A la patria en horfandad,
Implore á la Majestad
Clemencia en las agonías,
Llorando cual Jeremias
Por nuestra Jerusalen:
Esto, me parece bien.

—

* M. S. de la Colec. de don J. M. Gutierrez existente en la Bibl. del Sanado Nacional.

3—Que en la precitada prensa,
En vez de hacernos amables,
Nos hagamos detestables
Por decir con desvergüenza
Cosas cuyas recompensa
Podrá sernos muy fatal:
Esto, me parece mal.

—

4—Que el mismo prensista diga
Siguiendo su reflexión:
Que la casa de Borbon
Es de sectas enemiga,
Y que en los reinos abriga
A la inquisición, tambien
Esto, me parece bien.

—

5—Que se afirme que, es lo mismo
El ser libre que insurgente,
Sabiendo que es diferente
Lealtad y liberalismo;
Y que se de este bautismo
A todos en general:
Esto, me parece mal.

—

6—Que cuando huyan los temores
No volvamos á pecar,
Porque podemos pagar
Los justos por pecadores;
Que abjuremos los errores
Aunque otros tristes estén,
Esto, me parece bien.

—

7—Que nuestro prensista asienta
Con plena satisfacción
Que en la Britana nación
Es libre toda la gente,
Cuando el libre es en su mente
El que llama liberal:
Esto, me parece mal.

—

8—Que se encaresca el afecto
Del inglés, manifestando
Ser nuestro augusto Fernando
De su alianza el predilecto,
Aunque por el mismo efecto
Mil desatinos se den,
Esto, me parece bien.

—

9—Que sin justicia y razón
Deseásemos por encono
Que ocupase el regio trono
De España Napoleón,
Sin indagar la opinión
De aquel Indio original,
Esto, me parece mal.

—

10—Que si acaso el lance llega
De vernos aquí atacados,
Humildes y resignados
Evitemos la refriega,
Y al intimarnos la entrega
Digamos todos amen,
Esto, me parece bien.

SONETO. *

Á LA GRAN PÉRDIDA QUE EXPERIMENTÓ RODRÍGUEZ MANDANDO LA VANGUARDIA DEL EJÉRCITO DEL PERÚ Á LAS ÓRDENES DE RONDEAU.

Dalmiro; ¿cuántos fueron los pasados
De las huestes heroicas de Pezuela?
Deja hablar al autor de esta novela,
El tiempo nos dirá los resultados.

Estamos de mentiras tan cansados
Que por más que la prensa nos consuela,
Te digo en mi conciencia que no cuela,
Porque están los gaznates inflamados:

¿Pero que digo cuando tu no ignoras,
Lo que hay de cierto sobre la materia?

Te callas? Enmudeces? Gimes? Lloras?
Apostemos que ocultas la miseria
En que se halla Rodríguez. ¿Qué, te azoras?
Pues sabe que le ha entrado disenteria.

* M. S. de la Colec. de don J. M. G. existente de la Bibl. del Sen Nal.

SONETO. *

Que nuestra causa es santa y muy sagrada
Los prensistas lo escriben á porfía,
Y si no hace milagros todavia
Depende de no estar canonizada:

Si paramos la vista en la jornada
De Sipe-Sipe, que se lee en el día, (1)
Veremos la congoja que tenía
El Gobierno en su mente recatada:

Los refuerzos que envía son muy buenos,
Mas ya van tarde, porque está el sistema
Sinó en las agonias, cuando menos

Aparejado con su unión extrema;
Con que digamos con augustia tanta,
Que, el diablo se llevó la Causa Santa.

---

* M. S. de la Colec. de don J. M. G. existente en la Bibl. del Sen. Nal.
(1) Papel público del 31 de Octubre de 1815.

AL CENSOR EN BUENOS AIRES. *

Señor censor; mi amigo, usted no sabe
En el berenjenal que se ha metido,
Si nos lava la cara, es mal querido
De todo pensador discreto y grave;

Si escribe la verdad, en cuanto cabe,
Es de todo pedante aborrecido;
Con que así, opino, que el mejor partido
Es meterse en su casa bajo llave.

Y aunque digan algunos rodavallos
Que es usted algo escaso de meollos,
No desperdicie el tiempo es impugnallos

Porque todos sabemos que hay criollos
Que se ponen á hacer papel de gallos
Sin que puedan hacer papel de pollos.

---

* M. S. de la Colec. de don J. M. G. existente en la Bibl. del Sen. Nal.

LETRILLA *

Que llanto me oprime,
Que risa me cuelga.

—

Nadie se incomode,
Escuchen con flema,
Porque cada uno
Lleve su receta:
Los que son cofrades
Reciban su vela,
Y si no les gusta
Que tengan paciencia.
Que llanto me oprime,
Que risa me cuelga.

—

Sin faja Escalada,
Balbastro sin beca,
Sin sello Obligado,
Y expulso Larrea,
Pedro Andrés García
Citando terneras,
Y sin sus honores
Manuel Sarratea.
Que llanto etc.

—

* M. S. de la colec. de Dn. J. M. G. existente en la Bibl. del Sen. Nal.

Campana sin toque,
Moreno en tinieblas
Y el Congreso ugusto
Rezando completas.
Sin Cámara Blanco,
Diaz ni Gigena,
Y Jorge Robledo
Pintando proezas.
  Que llanto etc.

—

Azcuénaga y Funes
Como almas en pena,
Pasos y Chiclana
Pescando ballenas.
Oliden expuesto
A caer en la percha,
Y haciendo almanaques
Cornelio Saavedra.
  Que llanto etc.

—

San Martín mirando
Con Soler y Heras
Si podrán volverse
Por la Cordillera;
Zapiola, Lavalle,
Millán, Necochea,
Buscando las onzas
Que marcó Escabecha.
  Que llanto etc.

—

Islas separado
Del ramo en Hacienda,
Metido á fondero
Sellando limetas.
Haciendo cielitos
El doctor Ribera,
Y French y Moreno
Rodando cubierta:
Que llanto etc.

—

Castelli y Alberti
Cubiertos, en tierra,
De cólico el uno
Y el otro de lepra.
Don Domingo Trillo
Sentado en la yerba
Del rio, chanceando
Con las lavanderas.
Que llanto etc.

—

Rodríguez, de vida
Estudiando arengas,
Allá en su escritorio
Con Esguerrenea.
Deudas del erario
Recibiendo Riera,
Y Antonio Escalada
Cuidando á su nieta.
Que llanto etc.

—

Geromo Lasala
Loando las letras
Del canto Italiano
Sin saber leerlas.
Albin disponiendo
Que, por la carrera
De las postas, vuelen
Las noticias buenas.
Que llanto etc.

—

Rabago elogiando
Con voces diversas
Del Rey Artajerjes
La *overtura* nueva.
Don Manuel Lezica,
Pereyra Lucena
Y don Melchor Lopez
Llenando frasqueras.
Que llanto etc.

—

Ponderando Velez
Su insulsa comedia
Al femenil sexo
Que va á la cazuela.
El naturalista
Tagle, entre vidrieras,
Divirtiéndose
Con su pajarera.
Que llanto etc.

—

Torrada, su cota
De malla reserva
Para cuando el luso
Declare la guerra.
Alvear, pescando
Con las portuguesas,
Y sus favoritos
Gimiendo miseria.
Que llanto etc.

—

Alvarez, deseando
Ir á Norte América,
A buscar la plata
Que allí se le adeuda.
Don Pedro Pelliza
Frecuenta las celdas
Donde se dan mates
Con buena canela.
Que llanto etc.

—

Despuig, azotado
Por manos francesas,
Y sin escucharle
Su justa querella.
Victorino Fuentes,
Come en las Iglesias
Santos, y en su casa
Vomita culebras.
Que llanto etc.

—

Gonzalez y Araujo
Ministros de Hacienda,
Con sus escobillas
Barren la moneda.
Guido, cortesías
Hace reverendas;
Y Alvarez, propone
Gigantes empresas.
  Que llanto etc.

—

En el consulado
Anda Darragueira
Preparando sala
A sus concolegas.
Del buque Amarante
Pensando Anchorena
Tomarse la carga
Sin reconocerla.
  Que llanto etc.

—

Orma blasonando
Protección, en fuerza
De que tiene influjo
En la Fortaleza.
Martinez y Herrera
Haciendo banderas
Para colocarlas
En las Mayas fiestas.
  Que llanto etc.

—

En vestir las damas
Grimán se ingenia,
Y Eusebio Barcala
En cobrar gavelas.
Enrique el Platero
Y todos los que entran
En su platería,
La Patria gobiernan.
Que llanto etc.

—

Don Pepe la Rosa
Visitando mesas
Por ver si le toca
Una servilleta.
Don Miguel Belgrano
Tocando tabletas,
Y José Gregorio
Corriendo tabernas.
Que llanto etc.

—

Ambrosio Lezica
Reparte á doncellas
En el Coliseo
Batatas y yemas.
Argerich tocando
La flauta traviesa,
Y su clarinete
Rivero, con muecas.
Que llanto etc.

—

Don Blas, regañando
A toda la orquesta,
Al paso que toca
Del clave las teclas.
Arzac, las arañas
Custodia y las velas,
Y luego espabila
Los cabos de esperma.
Que llanto etc.

—

Salcedo sin mitra,
Gómez sin prebenda,
Y el clérigo Yllañes,
Con la boca abierta.
Haciendo sermones
Castro, en la cuaresma,
Ya en pro de la causa,
Ya contra el sistema.
Que llanto etc.

—

Desde su bufete
El doctor Achega
Pronunciando fallos
Y dando dispensas.
El doctor Belgrano
Llorando anatemas,
Y don Lucas Ruiz
Sin sus limosneras.
Que llanto etc.

—

El padre Muñoz
Metido á poeta,
Toma por sus loas
Plata en recompensa.
El padre Camilo
Recibiendo renta
E injuriando al pueblo,
Con gran desvergüenza.
Que llanto etc.

—

El padre Aparicio
Viendo la comedia.
Y luego gritando
Que es pecado verla.
El fraile Posadas
En una secreta,
Dice con cachaza
Que se va á Ginebra.
Que llanto etc.

—

Don Cosme Argerich
Curándose á tientas
Su oculta aneurisma
Cuando hay malas nuevas.
En su gran sombrero
El padre Mosqueira
Lleva por divisa
Una calavera.
Que llanto etc.

—

El que en la marina
Dicta providencias
Da sus decisiones
Segun su mollera.
Molina y Montufar
Oriundos de Hesperia
Defienden la causa
Por tenerles cuenta.
Que llanto etc.

—

El doctor Acosta
Con manos abiertas
Ruega á Dios que Oliden
No largue la breva.
Don Justo García
Vestido de felpa
Por haber querido
Lucir en la prensa.
Que llanto etc.

—

El doctor Azcuénaga
Con la nota puesta
De que es adversario
De la opinión nuestra.
El pueblo esperando
Una polvareda,
Y yo con deseos
De librarme de ella.
Que llanto etc.

—

Basta compatriotas
Mi numen ya cesa
No porque no encuentre
Sobrada materia,
Sinó porque puede
Cansaros la idea.
Conque á Dios amigos
Salud y pesetas.
  Que llanto me oprime
  Que risa me cuelga.

SÚPLICA DE LOS PATRICIOS Á LA ASAMBLEA

SONETO *

Soberano Señor, si por la bula
De Meco que alegaron los gallegos,
(Sin embargo que no hay tales borregos)
Se les concede hoy montar en mula:

La razón, que los méritos regula
De los libres patriotas andariegos,
Exige, permitirles á sus ruegos,
Montar en mulatilla, siendo chula:

Esta súplica hacemos los patricios,
Estando ciertos que será otorgada
En justa recompensa de los vicios

En que vemos la patria encenegada.
Si lo conseguimos será prueba
De que aun no ha madurado bien la breva.

* M. S. de la Colc. de Don J. M. G. existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

Á LA FUGA DEL REY JOSÉ

SONETO *

Lleno de susto, sobresalto y ansia,
Y sin privarle el curso la esperanza.
Del crudo Pirineo á toda prisa
Huyendo va el rey Pepe para Francia.

No hay escollo ni riesgo en la distancia
Que le quite el fugar de su cabeza;
Quien conozca el empeño de la empresa,
Conocerá del miedo la abundancia.

Allí cae, allí rueda, allí levanta,
Para emprender de nuevo su camino.
Mas allá un gajo de espinosa planta

Le da en un ojo, pero su destino
Quiso que el golpe fuese en miembro muerto,
Porque lo recibió en el ojo tuerto.

---

* M. S. de la Colc. de Don J. M. G. existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

SONETO *

He de cantar, por mas que se atribuya
Mi soneto á locura ó fanatismo,
En las aras del santo patriotismo
El Te Deum, el Gloria y la Aleluya.

Nadie habrá que me increpe ni me arguya
De ingrato en elogiar tanto egoismo,
Pues aunque está en sus trece el ostracismo,
Me temo que el sistema se destruya.

Las canciones patrióticas han muerto;
Gritar ¡viva la Patria! es contrabando;
El nombre *sarraceno* está en desierto,

Y el militar ardor algo mas blando
De forma, que segun miro y concierto,
Se va la santa causa evaporando.

---

* M. S. de la Colec. de Don J. M. G. existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

SONETO *

Decíale el famoso Pepe Illo
A un joven que enseñaba á ser torero,
Si observas las lecciones que Romero
Ministra en su arte de torear Juanillo,

No temas de que toro ni novillo
Por más bravo que sea y marrullero
Te ofenda, con que así sigue el sendero
Que en su libro propone aquel caudillo.

Instruído el mozo, al parecer, en forma
Al público su maestro lo presenta,
Y encomendándole éste que la norma

De la cartilla guarde, se le sienta
Preguntando: ¿Y si el toro, por mi suerte,
No entra por donde la cartilla advierte?

---

* M. S. de la Colec. de Don J. M. G. existente en la Biblioteca del Senado Nacional.

SONETO *

Si mi rancia moral filosofía
Engaño no padece en sus problemas,
De mi patria los rígidos emblemas
Veré postrados con vergüenza mía:

Veré la popular soberanía,
Defensora de bélicos sistemas
Encaminándose con sus teoremas
Para el Lethés donde estar debía;

Veré, de esta ciudad la más unida
Parte, llorando su fatal ruina,
A las reales banderas acogida:

Y veré, si mi aliento no termina,
Esa altiva pirámide abatida,
Rubor de la República Argentina.

---

1 M. S. de la Colec. de Don J. M. G. en la Biblioteca del Congreso Nacional.

DECIMA *

CON MOTIVO DE HABERSE QUITADO EL PABELLÓN ESPAÑOL EN LA FORTALEZA DE BUENOS AIRES EL DÍA 22 DE ENERO DE 1815 Á LA UNA DE LA TARDE, Y NO HABERSE PUESTO OTRO EN MUCHO TIEMPO, NI ESPAÑOL, NI PATRIOTA.

Cual bajel que junto á un istmo
Sufre una gran tempestad,
Se encuentra en la actualidad
Zozobrando el patriotismo:
Cansado ya de si mismo,
Y de predicar en hueco
Si es Español ó Marrueco,
Ignora en tal situación;
Pues corre sin pabellón
La borrasca á palo seco.

* M. S. de la Colec. de Don J. M. Gutiérrez existente en la Biblioteca del Congreso Nacional.

SONETO *

AL PADRE CAMILO CUANDO SIENDO CENSOR OFRECIÓ EN SUS PERIÓDICOS OTRO DRAMA TITULADO: LA INOCENCIA EN EL ASILO DE LA VIRTUD.

Si se hubiese en justicia criticado
La Camila como era y es debido,
No ofreciera usted hoy con tono erguido
Otro nuevo papel mal hojaldrado;

Su amor propio lo escusa de pecado,
No dramatice más, tenga entendido,
Que lo que juzga que *embeleso* ha sido,

Es un puro *embeleso* desgreñado:
Mude de oficio, llámese á sosiego,
No pretenda apurar nuestra paciencia,
Mire que el teatro no es cosa de juego,

Minore el precio, cobre con conciencia,
Porque si pide más que á real por pliego
No ha de encontrar *asilo la inocencia.*

---

* M. S. de la Colc. de Don J. M. G. existente en la Bibliotoca del Congreso Nacional.

GLOSA *

Respóndeme, aunque te pese
El tener que responder:
Siendo el pueblo el soberano,
¿A quien toca obedecer?

1ª

Confieso Armindo que no hallo
Ley, por donde el patriotismo
Hacer pueda á un tiempo mismo,
Al pueblo Rey y vasallo:
Contempla si es justo el fallo
Que la respuesta te ofrece,
Y si acaso no merece
Que la apruebe tu sentir,
A quien deberás servir
Dime, Armindo, aunque te pese.

2ª

Siempre que la autoridad
A manos del pueblo viene
Manda el que más fuerza tiene
A su arbitrio y voluntad:
La prueba de esta verdad
La dió el General Soler

---

* M. S. de la Colec. de Dn. J. M. G. existente en la Bibl. del Congreso Nacional.

Y ya que no es menester
Dar otro convencimiento,
No diré más porque siento
El tener que responder.

3ª

Nunca habrá gobierno estable,
La desunión será eterna,
Porque si el pueblo gobierna
Es la lucha interminable:
Todos tenemos palpable
La consecuencia en la mano,
Pues, vemos que un ciudadano
Puede, sin ley ni razón,
Aspirar á ser mandón
Siendo el pueblo soberano.

4ª

Es cosa muy singular
Que, siendo argentinos todos,
Litiguemos de mil modos
A quien toca gobernar:
Si no dudas confesar
Que en tu juicio y entender
Está el supremo poder
En el pueblo constituido,
Pregúntale á tu partido
A quien toca obedecer.

DÉCIMA *

Hoy se mira en tal estado
El militar patriotismo,
Que se ha vuelto bandolismo
Para purgar su pecado.
No hay campestre, ni soldado,
Si en ellos tus ojos fijas,
Que no ciñan sus verijas
Con afilados aceros,
Llevándolos los lecheros,
Para guardar sus botijas.

---

* M. S. de la Colec. de Dn. J. M. G. exte. en la Bibl. del Congreso Nacional.

DÉCIMA *

DEFÍNESE AL DESPERTADOR TEOFILANTRÓPICO

Nuestro místico escritor,
Aparentando concordia,
Es de toda la discordia,
El más cruel atizador.
El es la nata y la flor
De nuestra bellaquería,
Y es tal su filantropía,
Que ha de hacer que soliciten
Que hasta los *virgos* se quiten
Que están en la letanía.

* M. S. de la Colec. Gutierrez existe. en la Bibl. del Congreso Nal.

GLOSA *

Que el mundo se satisfaga
Nada se me da, mi amigo,
Yo lo dejaré que diga,
Con tal que me deje que haga.

1ª

Dicen que no soy patriota,
Ni adoro la libertad,
Porque odio la iniquidad
Que en nuestro suelo se nota.
Nada de esto me alborota,
Nada mi opinión estraga;
Y si digo que me halaga
Quien me nombra *Sarraceno,*
No mentiré, porque es bueno
Que el mundo se satisfaga.

2ª

Haganme mil vituperios;
Digan que soy un salvaje;
Que á mi me sobra coraje
Para tolerar dicterios.
Si juré entre los hesperios

* M. S. de la Colec. de Dn. J. M. S. existe. en la Bibl. del Congreso Nal.

Ser leal, justo es que diga
Las leyes á que me obliga
El juramento que di.
Con que, que hablen de mi,
Nada se me da, mi amiga.

3ª

Que bueno ó malo el sistema
Sea, en eso no me meto,
Porque yo guardo respeto
Al zapallo cuando quema.
Para todo tengo flema
De aquí es que, aunque me persiga
Todo el pueblo, con intriga,
Por mi modo de pensar,
Como no pase de hablar
Yo lo dejaré que diga.

4ª

Si es lícito, á cualesquiera,
Libremente el opinar,
Nadie me podrá quitar
Que yo piense como quiera.
La libertad, que pondera
De la patria la voz vaga,
Todo mi recelo apaga
Cuando me pongo á escribir.
Con que apruebo su sentir,
Con tal que me deje que haga.

SONETO. *

DESCRÍBESE EL CARACTER DE LOS PATRIOTAS DEL DIA

Apenas se les pinta seriamente,
A los bravos patriotas, algun cuento
Que aluda á triunfo, gloria ó vencimiento,
Cuando toma el valor todo ascendiente;

Pero si se descubre que aparente
Es el lauro, todo es abatimiento.
Si así es de los patriotas el aliento,
¿Que espera tu sistema de tal gente?

Lo que puede esperar es que, si llega
El caso de que sea necesario
Entrar á sostener una refriega,

Cada cual tomará su dromedario,
Y, por no ser testigo de la entrega,
Jugará con el santo escapulario.

---

* M. S. de la colección Gutierrez existente en la Biblioteca del Congreso Nacional.

SONETO. *

A LA PAZ GENERAL DE LA EUROPA

Ya el templo augusto del bifronte Jano,
Que tantos años se mantuvo abierto,
Se ve cerrado y en feliz concierto
La paz luciendo con donaire ufano.

Ya está la Europa libre del tirano,
La Francia toda con su honor cubierto,
Su usurpador, metido en un desierto,
Y, en España, reinando el soberano;

Ya el fuerte militar, se desahoga
De la fatiga de Mavorte acerba;
Ya, cediendo las armas á la toga,

Se abrirán las escuelas de Minerva;
Y Astrea reinará, dando, el tribuno,
El derecho que tenga cada uno.

* M. S. de la colección Gutierrez, existente en la Biblioteca del Congreso Nacional.

SONETO *

CRÍTICA Á LA CAMILA DEL CENSOR

Sin duda las porteñas, mis paisanas,
Al Censor algun chasco le han jugado,
Pues se muestra tan serio y enojado
Con las hijas del Sud americanas.

Sus miras todas le han salido vanas,
Porque, el pueblo argentino, ha despreciado
Su Camila, poniéndolo en estado
Que de dramatizar pierda las ganas.

Al momento que vi la destemplanza
Con que trata el Cacique á Camilita
Dije yo, que, el autor, tomar venganza,

Queria contra alguna porteñita;
Seguro que, en nuestros arredores,
No tienen potestad los quemadores

* M. S. de la colección Gutierrez existente en la Biblioteca del Congreso Nacional.

SONETO *

Solía mandar Nise con jactancia,
A Arnesto, por violetas al mercado,
Y él iba con placer á su mandado,
Sin mostrar la mas leve repugnancia.

Si quieres probar más mi fé y constancia,
Le dice Arnesto con risueño agrado,
Te llevaré, á Morón, aquel recado
Que tienes que mandar de allí á tu estancia.

Mas, si á acaso volviese algo rendido,
Te ruego que, al volver de mi jornada,
Me admitas en tu lecho bien mullido,

Que yo te ofresco no ofenderte en nada,
Con tal que, estando ya en cama metido,
No me hagas levantar de madrugada.

* M. S. de la colección Gutierrez existente en la Biblioteca del Congreso Nacional.

LETRILLA *

Quien paga y miente,
Su bolsa lo siente.

—

1—Si es brocárdico sabido
Que, el que habla con falsedad,
Cuando dice una verdad
Es de ninguno creído,
En esta parte ha tenido,
La patria, influjo exelente.
Quien paga y miente,
Su bolsa lo siente.

—

2—No me dirás qué sacamos,
Fabio amigo, con mentir,
Si, al último, han de lucir
Las verdades que ocultamos,
Nosotros nos engañamos,
No es engañada la gente.
Quien paga etc.

—

3—En esto de ser pintores,
Nada nos puede ganar,
Porque sabemos pintar
Las cosas de mil colores.
¡Siempre somos vencedores!

* M. S. de la colección Gutierrez, Biblioteca del Congreso Nacional.

Ninguno nos mete el diente.
Quien paga etc.

—

4—Lo mejor es que tenemos
Fama ya de baladrones,
Y que saben las naciones
Los males que padecemos.
Si de esta suerte nos vemos,
El provecho es evidente.
Quien paga etc.

—

5—Las ponderadas banderas,
Que entran á cada momento,
Y que son el fundamento
De fiestas tan lisonjeras,
Nos tienen con todas veras
Embaducada la mente.
Quien paga y miente etc.

—

6—Yo ya estoy escarmentado,
De escuchar tantos embustes;
Dime, Fabio cuanto gustes,
Que á todo estoy preparado.
Lloremos nuestro pecado,
Cuente el papel lo que cuente.
Quien paga etc.

—

7—En los choques que sufrimos,
Son nuestros lauros enteros,
Nunca caemos prisioneros,

Matamos y no morimos.
Las balas que recibimos,
Son de materia impotente.
Quien paga etc.

—

8—De Chile el triunfo cabal
Se tiene por increible,
Mas yo digo que es posible,
Siendo un santo el General.
¿Si el milagro es celestial,
Podrá haber inconveniente?
Quien paga etc.

—

9—Dicen que ya está la tropa
En Chillán, Penco y Coquimbo,
Y yo digo que hasta el Limbo
Irán según van en popa.
Guarden las huestes la ropa,
Porque el horno está caliente.
Quien paga etc.

—

10—Cuentan, que ya está Marcó,
Preso por los naturales,
Y que tienen los caudales
Con que dicen se escapó.
Yo no afirmaré que nó,
Pero diré como oyente
Quien paga etc.

—

11—Son tan varios los asuntos
Y las noticias tan varias,

Que pueden las luminarias
Ser también por los difuntos.
Con tan bellos contrapuntos,
Se canta divinamente.
Quien paga etc.

—

12—Como fué de San Martín
El triunfo que se blasona,
Hoy su retrato corona
Un alado serafín.
Yo quiero esperar el fín
Pues si peco de indulgente,
Quien paga y miente
Su bolsa lo siente.

AL BRIGADIER D. MARTÍN RODRÍGUEZ

GLOSA *

Los pechos de las hermosas,
Son aras en que arderán
Los inciensos que reciba
El Marte de nuestra edad.

—

Si á nuestro Marte argentino,
Hoy un patriota inflamado,
Ha ofrecido ó inmolado
Todo el sexo femenino,
Con moral tan peregrina
Y mercedes tan copiosas,
Tocar podrá, entre otras cosas,
Por premio de sus tareas,
Los ombligos de las feas,
Los pechos de las hermosas.

—

Si por incienso le aplica
Lo mas grato de unas bodas,
Y no tiene para todas,
El sexo se mortifica.

* Está en la Lira, pág. 82, sin firma. En la Colec. Gutiérrez el M. S dice: Al Brigadier Don José de San Martín y la dá como de Azcuénaga.

En vano el poeta, publica
Tal ardor, con tanto afán,
Porque ellas apagarán
El fuego que él encendió,
Y, entonces, verá que no
Son aras en que arderán.

—

Si las conduce á la hoguera
Y escucha algún estallido,
Podrá ser que sea el ruido
Expulso por la trasera.
Si cosa tal sucediera,
Nada tiene de nociva,
Porque, aun cuando lo perciba
Nuestro General feliz,
Le entrarán por la nariz
Los inciensos que reciba.

—

Si tras del ruido, por suerte,
Acontece otra tormenta,
De las que el médico cuenta
Que hay en la hora de la muerte
El chasco será mas fuerte,
Porque, hablando en equidad,
Al mirar la novedad
De un suceso tan infausto,
Reprobará el holocausto
El Marte de nuestra edad.

SONETO

Á DON DAVID SILVA, ELOGIANDO SU MÉRITO

Siempre fueron los sabios mal queridos,
Los hombres grandes, siempre desdeñados,
Y en especial los poetas consumados,
Como tú, Silva, siempre perseguidos.

Tus émulos malignos y atrevidos,
Atónitos están y avergonzados
Al mirar tus escritos decorados,
Con laureles y encomios repetidos.

Por esta causa temen en el día,
Que, por el gran soneto que tu has hecho
A la augusta é inmortal Reina María,

Te resulte algún premio de provecho,
Dándote, por castigo á tu malicia,
Un hábito con renta vitalicia.

SONETO

AL MISMO INDIVIDUO

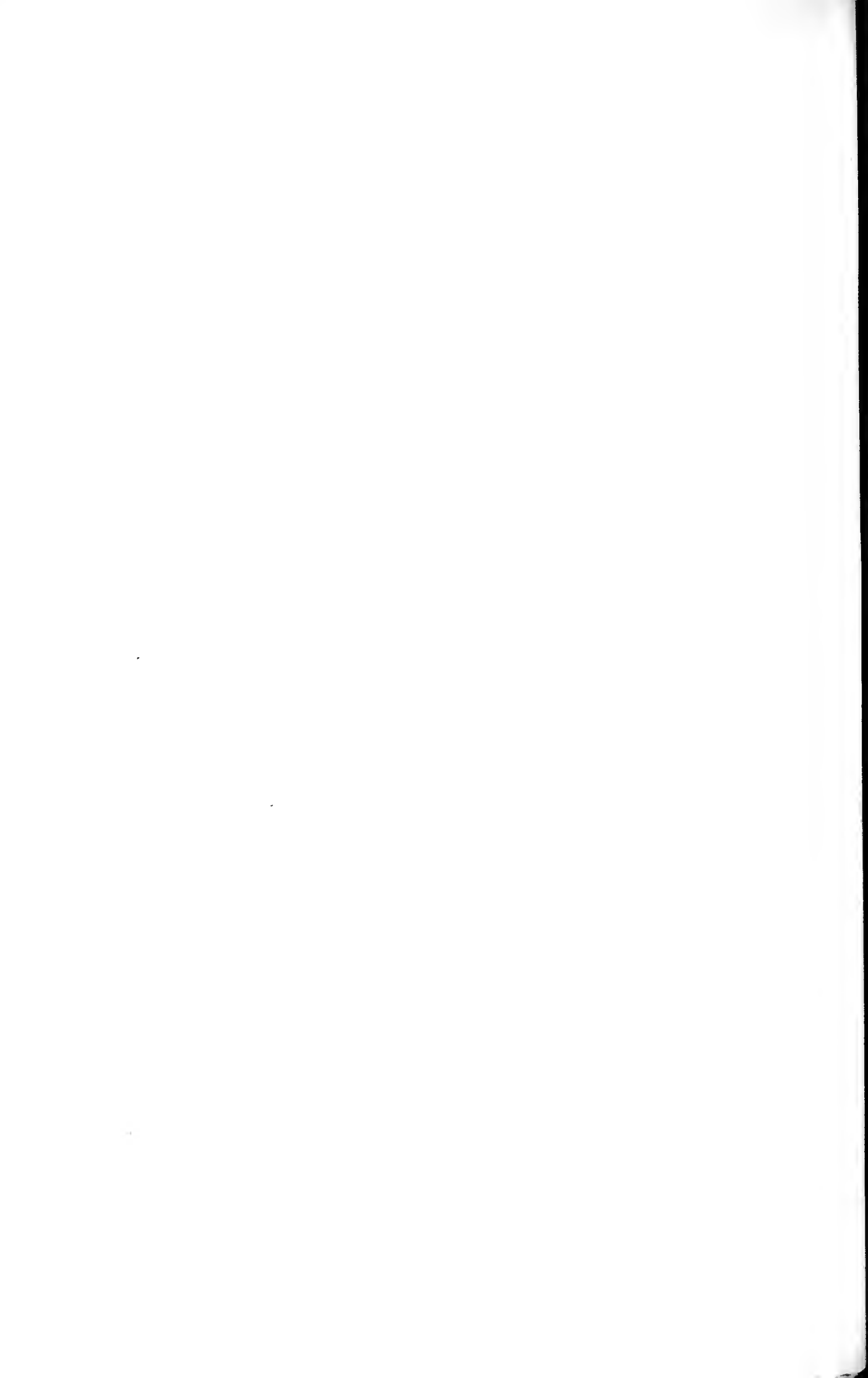
Dime, Silva divino, ¿do adquiriste
Ese sublime estilo, esa armonía,
Que se advierte en tus obras de poesía
Con que tanto que hablar al Brasil diste?

¿No me respondes? ¿Callas? ¡Suerte triste!
Yo quisiera aprender esa ambrosía,
Para ver sí la escasa dicha mía
Merece la mitad que mereciste.

Todos te alaban ¿Si será el motivo
De tus glorias, aquel dulce soneto
Con que el retrato preconiaste vivo

De la augusta Carlota? Te prometo
Que tus obras tendrán, hasta en la Albania,
El destino que aquí y en Lusitania.

MIGUEL DE BELGRANO



RASGO HISTÓRICO POÉTICO *

DE LA VALIOSA REPULSA QUE HICIERON LOS ESPAÑOLES Á LOS INGLESES DESEMBARCADOS EN EL PUERTO DE DOMIÑOS DE LA COSTA DE CANTABRIA EL 2 DE AGOSTO DE 1800.

PASATIEMPO EJECUTADO EN EL TIEMPO DE LA ACCIÓN POR DN. MIGUEL DE BELGRANO, GUARDIA DE CORPS, EN LA SEGUNDA COMPAÑÍA ESPAÑOLA DE CABALLEROS AMERICANOS, NATURAL DE BUENOS AYRES, Y AL PRESENTE RESIDENTE EN ESTA CIUDAD, EN VIRTUD DE REAL LICENCIA.

« *Talibus viriis non labor insolitus,*
non locus ullus asper aut arduus
erat, non armatus hostis formidolosus
virtus omnia domuit.

Sallust in Bell Catil.

Invocación y asunto

Sacro-Santo Regente de las nueve
Eruditas hermanas, que, á porfía,
Para instrucción del hombre, tu voz mueve,
Dotándolas de sabia melodía:
Ordena á Clío, que mi mente eleve
Con majestuosa métrica armonía,
Para que yo bosqueje aquella estraña
Repulsa, que, al inglés, hizo la España.

---

* Telégrafo Mercantil, Tom. II pág. 149.

Dedicatoria

Y tú, mi amada, respetada amiga,
A quien gracia, talento y discreción,
El Supremo Hacedor tanto prodiga
Del fuerte sexo para admiración;
Quanto mi lengua balbuciente diga,
De aquel suceso, en esta narración,
Admítelo en tus aras, y entre tanto,
Mi voz escucha, que comienzo el canto:

Salida de la escuadra inglesa de sus departamentos

Ya de la luz el padre, visitaba
En zodiáco, de Virgo, la mansión,
Y ardores y bondades derramaba,
Al suelo nuestro, desde su región,
Cuando, Mavorcia, áncoras levaba,
Grande, movible, inglesa población,
Dejando, en breve, la tenaz arena
De *Spytead Plymouth* y Sta. Helena.

Avístase la escuadra sobre el cabo de Ortegal

Sufre Anfitrite escuadra respetable
De navíos, fragatas y corbetas,
Que al número de ciento formidable
Se llega con transportes y goletas.
Eolo tanto se presta favorable,
Que por las aguas la conduce quietas,
Y en pocos días, con poder notorio,
Asoma de Ortegal al promontorio.

Fondea en el puerto de Domiños

No tan veloz el rayo furibundo,
Se desprende de nube borrascosa,
Como ella, de Cantabria, en tremebundo (a)
Puerto se mete, y sus bajeles osa
En batalla ancorar; para que el mundo
Testigo sea de su acción gloriosa.
Reina en tanto la calma; pues, el hado,
Casi siempre proteje al que es osado.

El General inglés ordena el desembarco

Pronto el caudillo, General marino,
Warren llamado, á cuya gran pericia,
El revoltoso Pitt da por destino (b)
Hostilizar las costas de Galicia,
A sus buques ordena el vespertino (c)
Desembarque de británica milicia,
Que, de la nueva aurora al arrebol,
Debe asaltar la plaza del Ferrol:

Se ejecuta el desembarco y la pequeña batería de Domiños es destruída

Cada vaso á su lancha la refuerza
Con número crecido de soldados,
Que, conducidos por remera fuerza,

(a) El Puerto de Domiños hasta esta ocasión se tuvo por impracticable por ser muy proceloso.

(b) Es notorio cuanto este Ministro inglés ha trabajado para volver las otras Potencias contra la Francia.

(c) Por la tarde, á las dos, se efectuó el desembarco.

En la playa se ven desembarcados.
El duro inglés en redimir se esfuerza
Los pertrechos de guerra, tan usados,
Cediendo del cañón á la violencia
La débil de Domiños resistencia. (a)

El Ejército se apodera de las alturas de Lagraña

Ya de la Gran Bretaña el numeroso (b)
Ejército, reunido en batallones,
Supera de los montes lo escabroso,
Ufano tremolando sus pendones,
Y sometido al eco belicoso,
Conque manda el clarín sus formaciones (c),
Llega, con órden y guerrera saña,
A tomar las alturas de Lagraña. (d)

El Gral. Moreno jefe de la escuadra se dispone á rechazarlo

Mientras que del cansancio se repara,
Ya creido Señor de este terreno,
La vergüenza y la ruina se prepara
El nautico español, jefe moreno,
A quien Minerva, más que nunca, ampara
En esta vez con Marte, que, á su seno
Abrigado, celoso determina,
Volver por el honor de su marina. (e)

(a) Esta era una batería con cuatro cañones de mediano calibre.

(b) Se asegura eran 109 hombres los desembarcados.

(c) En lugar de cajas se servian de clarines.

(d) Pueblo que está frente al Ferrol.

(e) Esta se miraba como deshonrada desde el combate que tuvo en el Cabo S. Vicente á principios de la actual guerra, en el que quedó abatida.

Reune sus tropas y las proclama

Los marinos guerreros, prontamente,
En los buques reune de su mando,
Y prodiga el caudal de lo elocuente,
Sus varoniles brios esforzando:
« *Tiempo es, (les dice), valerosa gente,*
« *En que, vuestro destino recordando,*
« *Animosos salgais á la campaña*
« *Para eterno laurel de nuestra España:*

« *No os aterre el número crecido*
« *De ingleses Batallones, pues, la suerte,*
« *Próspera en nuestro pais, los ha metido,*
« *Para que sufran afrentosa muerte.*
« *Por vuestro brazo se verá vencido*
« *Y puesto en fuga, el enemigo fuerte,*
« *Si de español el nombre, en vuestros pechos*
« *Inspira, como suele, grandes hechos.*

« Marchad, y combatid con tal denuedo
« Los mavorcios británicos millares,
« Que su jefe, que hoy se mira ledo,
« Sufra mañana rígidos pesares.
« *Como origen de espanto, con su dedo*
« *Señale vuestros pocos centenares,*
« *Mientras que nuestras lanchas cañoneras*
« *Os sirven desde el puerto de trincheras.*

Pasan las tropas de marina á Lagraña y el General hace poner camisas embreadas á su escuadra, encargando la incendien antes que entregarla.

Dijo: y en tanto que estas cortas tropas, (a)
Animadas al eco de sus voces,
Dejan las regias, belicosas popas,
Y al puerto de Lagraña van veloces,
El, embreadas, inflamables ropas,
Á los buques vestir ordena atroces,
Y que antes que ceder de su arrogancia,
Imiten á Sagunto y á Numancia. (b)

El General Donadio pone en defensa el Ferrol y marcha al campo

Sabias medidas de defensa toma,
Del Ferrol en la plaza Donadio, (c)
Terrestre General, que luego asoma
Armado de español militar brío,
Y al frente de los nuestros, pronto doma
Del atrevido inglés el poderío;
Que castigada tanto no creia
Quedase por tan pocos su osadía.

Ataque del 25 por la tarde, por las tropas de marina

Al enemigo atacan esforzados,
Dando á la tropa ejemplo, subalternos,

(a) Entre los soldados de marina y los de asturias, que á ella estaban agregados, componían el número de setecientos, que fueron los que en esta acción pelearon.

(b) Vease la historia de España.

(c) Mariscal de Campo Comandante del Campo volante que estaba en Neda.

Que merecen á par de los soldados,
Por su osado valor, lauros eternos.
La muerte se introduce en todos lados,
Ya de los propios, ya de los externos,
Que superando al fin, por muchedumbre,
Ocupan de Brión la llana cumbre. (a)

Anochese y llegan refuerzos á los españoles

La noche, de la luz á los mortales
Privando entonces, que les presta el dia;
Los ingleses, intentos marciales
A la española encubra valentía.
Llegan á su favor de inmemoriales
Un batallon, y Asturias á porfia
Con otro tambien llega, y solo un trozo
Del de Guadalajara valeroso. (b)

Donadio proclama á los suyos, y les ordena ataquen al romper el día

Cuando el jefe reunidos ya los mira,
Los puntos del ataque principales
Les señala, y luego, les inspira
El valor, que le asiste en voces tales:
«Al orgulloso inglés sirvan de pira
«Vuestros brazos guerreros sin iguales;
«Para que vuestro nombre sin segundo
«Las naciones respeten en el mundo.

(a) Monte llano en su cima.

(b) Por mucho que se distinguió en la Plaza de Rosas, sitiada por los Franceses.

«No ser pocos á muchos, intimide (a)
«Vuestros heroicos pechos..! mas, que veo
«Ninguno las adversas fuerzas mide
«Y todos de atacar mostrais deseo!
«O Martes de la Iberia, nos impide
«La noche con sus sombras el trofeo;
«Mas al primer crepúsculo del alba
«Los preñados fusiles hagan salva.

Ataque del 26 al amanecer

A las doradas puertas del oriente,
No bien entreabre la rosada aurora,
Cuando la Ibera hueste, muy valiente,
A la altura se avanza sin demora.
Al peligro se arroja diligente,
Y repetir descargas no demora,
Siempre á la boca del fusil sugeta
La temible punzante bayoneta:

Las británicas tropas enemigas,
Al abrigo de equívocas acciones,
Plomos despiden, cual agosto espigas,
Plegando y desplegando batallones.
Las nuestras, de valor nada mendigas,
Terror infunden en sus corazones,
Fulminando, aunque cortas, tanto rayo,
Como flores abril produce y mayo.

(a) Los españoles, con los refuerzos que recibieron, componían el número de dos mil, y no recibieron más auxilios.

Empeño de la acción, y pierde el inglés el monte que ocupaba

El combate se empeña; ya no puede
Al guerrero regir la disciplina;
Encarnizada cólera precede;
El humo ciega y el metal fulmina.
Todos se mezclan; nadie retrocede;
Grande número al Erebo camina,
De la una y otra parte, pero luego
Vence del español el vivo fuego.

Oficiales españoles muertos y heridos

Pero no sin dejar en los raudales
De la enemiga sangre, que corría,
A uno de sus mas bravos oficiales,
España, muerto con herida impía.
Oliver era, que colmó de males
Al duro moro, cuando á Oran batía; (a)
Que el reducto de Sabal supo ufano
Libertar del furor republicano; (b)

Heroica acción de Oliver

Que colocado estando á retaguardia,
En la atrevida acción del primer dia,
Del capitan Linares la vanguardia
Exigió, por antiguo, con porfía;

(a) Se distinguió tanto este oficial, en el sitio de Oran, que obtuvo grados en premio.

(b) En la última guerra contra la Francia, defendió en el Rosellon, con muy pocos soldados, contra un número muy considerable de Franceses, el Reducto de Sabal.

Que por ser de su patria salvaguardia
Al peligro arrastró con valentía;
Asturias le nombraba en sus guerreros,
Coronel capitan de granaderos.

Quédenos la esperanza mas segura,
De que tu alma resplandezca estrella,
Mientras que de tu cuerpo, piedra dura,
No la memoria, sí el sepulcro sella.
Y pues regó tu sangre la verdura,
Do pisaba enemiga inglesa huella,
Todo mortal, que de ellas se alimente,
Atrevido saldrá, bravo y valiente.

¿Quien es aquel que todo desangrado,
Con vacilante paso es conducido,
Y su derecho brazo atravesado
Por las iras del plomo enfurecido?
¿Acaso es Zayas, que en Oran sitiado, (a)
El mismo brazo se miró rompido?
¡Que dolor! Zayas es; primer teniente
De la asturiana granadera gente.

Dente los cielos, ho paisano mio, (b)
Alivio en tu dolor; en tu quebranto,
Pronto recobres el perdido brío,
Porque del enemigo seas espanto;
Mas si el hado se muestra menos pío,

(a) Este oficial también se distinguió y obtuvo grados en el sitio de Oran.

(b) Es natural de la Habana, y por costumbre nos llamamos paisanos todos los americanos, aunque seamos de distinto continente.

Que de penas te cubra con el manto,
Sufre paciente, sufre resignado,
Como fuiste en campaña denodado.

¿No miras entre cuatro ser llevado
Un primero teniente fusilero,
Que todo el cuerpo tiene maltratado
Por el metal mortifero extrangero?
Pues es Ortiz, de Asturias, que dejado
Ha la crueldad con álito postrero, (a)
Porque, de los tormentos blanco siendo,
En eterno penar viva muriendo.

En medio de tus ansias, confiado
Espera de los cielos; ¡oh guerrero!,
Que de la muerte te verás librado,
Para ruina fatal del inglés fiero.
Pero si nuestro Dios ha decretado
Que pases al descanso verdadero,
Muere conforme, mientras el deseo
En mis versos te erije mausoleo.

Aquel que en los corales revolcado,
De sus venas, aún quiere en desafío
Dejar al fuerte isleño castigado,
Es Matrite, teniente de navio.
De la marina se verá llorado,
Al paso que refiere el labio mio,

(a) Fué herido de muerte.

Que de la vida el hilo, parca ingrata
Cortó á Godoy, alferez de fragata.

Su compañero gana salpicado
El suelo con su sangre, por herida
Que recibió, dijo: mas no asestado
Bien el metal le perdonó la vida.
Tuvo el Rey el dolor de ver postrado, (a)
A los golpes de bala enardecida,
Con sueño eterno á Plañes, su ayudante,
Y herido á Gotié, su comandante.

El joven Pardo, que por vez primera,
De juvenil ardor acompañado,
En campaña llevaba la bandera,
En el choque quedó sacrificado:
Cadete digno de que no tuviera
Un fin tan pronto, tan precipitado,
Porque, adquiriendo militar pericia,
A ser héroe llegara en la milicia.

De aquel trozo fortísimo observante
De mavorcia doblada disciplina,
Que, puesto del ejército delante,
Sable, granadas y fusil fulmina,
Al alférez Martín en un instante
Miró Guadalajara repentina, (b)
Con herida postrado: mas no pudo
El plomo desatar su vital nudo.

(a) Regimiento de este nombre.
(b) Regimiento así llamado.

Oficiales ingleses muertos

A los tiros de España repetidos,
Oficiales murieron extranjeros
Cuatro, que de ellos fueron muy sentidos,
Por, en sus ropas ser de los primeros, (a)
Y pues que de este llano despedidos
Quedaron los ingleses, siempre fieros,
Dime musa la suerte que tuvieron
En los otros ataques que emprendieron.

Ataque á los castillos y su resistencia

Rechazado el inglés, á sus soldados,
Que sitien los castillos les ordena;
Marchan en dos columnas, bien formados,
Sin mostrar de avanzar la menor pena.
La Palma y **San Martín** con asestados
Basiliscos de fierro los enfrena,
Logrando, por su acierto en este día,
Remitir á Pluton gran compañía.

Ataque de las cañoneras

Del Walon á los fuegos se resiste (b)
San Felipe metales vomitando;
El enemigo avance no desiste,
A los muertos, que tiene, reemplazando;
En tomar este fuerte solo insiste;

(a) Todos están en la inteligencia de que estos oficiales muertos eran de alta graduacion.

(b) En este monte situaron los ingleses un cañon con el que hacían fuego á S. Felipe.

A viva fuerza le acometen, cuando
El terror, el asombro y el espanto....
Cañoneras de España valen tanto.

Estragos que hacen al enemigo

A las mieses no cegan tan veloces
Cuando Ceres las presta ya doradas,
Las encorvadas y cortantes hoces,
Por la mano del rústico animadas,
Como las balas del marino atroces,
A las contrarias huestes enfiladas,
Destruyen y dispersan sus soldados,
Que huyen de temor acobardados.

Se retira el inglés á los montes y destroza ganados

Cubierto el suelo de enemigos queda;
El resto á la montaña se retira,
Sin que el jefe marcial conseguir pueda
Saciar en otros su inflamada ira,
Que en aquellos, á quienes nunca veda
El pasto el labrador, y siempre mira
Como agentes de toda la riqueza,
Que próvida le da naturaleza.

Se enfurece el inglés al ver las tropas que unía el General Negrete

Todas las furias del infierno juntas,
A su pecho maltratan, cuando escucha
Que el General Negrete las conjuntas (a)

(a) Capitán General del reino de Galicia.

Tropas envía, con presteza marcha, (a)
Que armadas de cañones y de puntas,
La muerte le preparan, si es que lucha,
Pues más bien que las armas en campaña,
Su ya visto valor las acompaña. (b)

Manda el inglés que incendien los montes y se reembarquen

De vergüenza corrido, finalmente,
Y poseído de furor insano,
Estas voces prorrumpe fuertemente:
«En los tiznados brazos de Vulcano
«Estos montes poned; todo viviente
«Caiga á los golpes de la inglesa mano,
«Y buscad vuestro asilo cada uno,
«En el húmedo reino de Neptuno.

Incendios y matanza de nuestros ganados

Prontos ejecutores de su intento,
Los ya vencidos bárbaros ingleses,
Con inflamadas teas, un violento
Fuego meten en árboles y mieses;
Suben las llamas hasta el firmamento,
Derrámase la sangre de las reses,
Que al paso encuentra su iracunda espada,
Y corren á la playa en retirada.

(a) Un batallon de Africa y otro de voluntarios de Aragón.

(b) El primero se distinguió en Navarra, y el segundo en los Pirineos, en la última Campaña contra la Francia.

Reembarco. Queda la victoria por los nuestros.

El reembarco practican presurosos,
Protejidos del humo; el corvo diente
De las peñas arrancan vergonzosos,
Y surcan los dominios del Tridente.
Quedan los españoles belicosos,
Ceñida de laurel su invicta frente,
Siendo, la que al reposo los destina,
Su ya valiente sin igual Marina. (a)

El autor á la nación, en obsequio de los muertos

El triunfo, sí, el triunfo celebremos
De esta completa, singular victoria:
Pero negras bayetas arrastremos,
Honrando de los muertos la memoria;
Para ejemplo sus nombres coloquemos
En los hispanos fastos de la historia,
Mientras que por el orbe los derrama
El clarin elocuente de la fama.

A los señores Generales

Oh Moreno! Oh Negrete! Oh Donadío!
Que á Marte conducis en vuestros pechos,
¿Cómo podrá elogiar el lábio mío
Vuestras disposiciones... vuestros hechos?
El talento me falta... cede el brío
Al veros dignos de inmortales techos,

(a) Es acredora á este título por lo bien que se portó en esta empresa.

Renovando en España la memoria
De aquellos heroes que la dieron gloria.

A las Tropas que rechazaron al enemigo

¡Oh vosotros de mar duros Soldados,
Y vosotros de tierra defensores,
Bien pronto quedareis recompensados,
Recibiendo del Rey grandes favores. (a)
Todos aquellos, de quienes guiados
Domasteis los británicos furores,
Estimados serán del soberano,
Y siempre respetados de Belgrano.

RASGO POÉTICO *

Á LOS HABITANTES DE BUENOS AIRES
EN OBSEQUIO DEL VALOR Y LEALTAD
CON QUE EXPELIERON Á LOS INGLESES DE LA
AMÉRICA MERIDIONAL

Amados compatriotas, cuyas sienes
Orlan guirnaldas de laurel eterno,
¿Qué podré yo decir que digno sea
Del valor y lealtad de vuestros pechos?
¿Cómo podré expresar los ingeniosos
Medios de que os valisteis, careciendo
De municiones, armas y soldados,

(a) S. M. se dignó en premio de tan heroica acción, distinguirlos con un escudo en el brazo derecho y dos meses de la paga que cada uno disfrutaba. Esta última gracia no solo dispensó á las tropas, sino que estendió hasta la maestranza de los arsenales.

* «Hist. y Bibliografía de la imprenta en el antiguo virreinato del Río de la Plata». pág. 307. Colec. Alsina, pág. 563 á 564.

Para hollar doce mil ingleses fieros?
¿Qué expresiones habrá que al vivo pinten
El ardor, la constancia y el denuedo,
Con que los niños, jóvenes y ancianos
Al bravo Whitelocke sometieron?
A vuestra voluntad se rinden todos,
Víctimas siendo del enojo vuestro;
Y si la vida salvan unos pocos,
A costa es de volver lo que cogieron.
¡Levanta la cerviz, oh Maldonado!
¡Alzate tú también, Montevideo,
Y con tus campos todos, oh Colonia!
Himnos cantad al Dios de los ejércitos,
Al Dios con cuyo auxilio Buenos Aires
Su yugo sacudió y el yugo vuestro,
Haciendo que el gran Cárlos y Luisa
Volviesen á sentar allí su imperio.
  En vano Beresford el insidioso,
Quebrantando la ley del juramento,
Prodigó las ofertas que acostumbra,
Para formar partidos, su gobierno.
En vano fulminaron amenazas
Contra vuestra ciudad y vuestro pueblo,
Los caudillos britanos, que juzgaban
Vuestra fidelidad de poco precio.
Todo en su daño fué, porque constantes,
Acreditar supisteis con los hechos,
Que el ser de valerosos y leales,
Por sangre os viene, de ínclito sabuelos;
De aquellos esforzados campeones

Que colmando á la Iberia de trofeos,
Sus vidas expusieron conquistando
Las tierras que después poblaron ellos.
De aquellos que valientes dieron nombre
De la Matanza al pago, destruyendo
Los bravos querandis, de los que á Candish
Con su hueste acabar también supieron;
De los que de la Holanda y Dinamarca,
Y de la Lusitánia, los intentos
Hostiles estorbaron cuantas veces
Se dirigieron contra vuestro suelo;
Y de aquellos, en fin, que de la escuadra
Triunfando de Fontain el Caballero,
Llegaron á eclipsar las altas glorias
De Luis XIV de la Francia dueño.
¡Oh dignos hijos de tan dignos padres!
Conservará la historia para ejemplo,
En sus anales, las proezas todas
Que el valor y lealtad os sugirieron.
  España se gloría; el Soberano
Lágrimas vierte de contento lleno;
Las naciones se pasman, y os tributan
Su justa admiración y su respeto.
La santa religión, reconocida
Os cubre con su manto; los guerreros
De la feroz Albión, encadenados
A su pesar, elogian vuestros hechos;
Gime la Gran Bretaña, pesarosa
De Popham á los intentos, maldiciendo:
Os llama inexpugnables, y sus huestes

Jura no exponer más á vuestro esfuerzo.
¿Qué mayor gloria pues? Habeis vencido
Al mismo vencedor en vuestro suelo,
De sus impíos brazos arrancando
Los pueblos que tiranos poseyeron.
A Cárlos y á Luisa, nuestros reyes,
Sublimes pruebas disteis del afecto
Que todo americano les profesa,
En pago del amor que les debemos.
Continuad, compatriotas siendo dignos
Vasallos de monarcas tan excelsos;
Sus glorias aumentad, y sus dominios
Defended siempre con igual denuedo.
De vuestra heroicidad, émulos todos,
Seremos á porfía, dirigiendo
Las acciones de modo que acrediten
Que, en valor y lealtad, no somos menos.
Y mientras que la fama por el orbe
El pormenor publica del suceso,
Dignaos admitir la enhorabuena
Que mi cariño expresa en estos versos.

RASGO ÉPICO DESCRIPTIVO DE LA VICTORIA DE MAYO

DEDICADO AL EXMO. SEÑOR DON BERNARDO O'HIGGINS DIRECTOR SUPREMO DEL ESTADO DE CHILE BUENOS AIRES

¿Que novedad? ¡oh Dios! el baluarte
¿Con ruido estrepitoso nos anuncia?
¿Porque del bronce de las altas torres
Alegres écos por do quier se escuchan?
¿Porque brillan antorchas á millares,
En el pórtico augusto? ¿Que motiva,
Del libre ciudadano independiente,
Tan general aplauso y alegría?
Divina providencia, que constante
La protectora sois del suelo mío,
Mi mente iluminad propicia ahora,
Y en dignos versos cantaré el motivo.
Transportareme rápido á los puntos
Que son el teatro de la guerra insana,
Do en sangrientos combates empeñados
Veré á los hijos de la patria amada;
Veré del patriotismo y el denuedo
Ejemplos raros, que inmortalizara
La pluma de Marón, si conociera
Del Sud independiente las jornadas;

Veré á aquellos guerreros ciudadanos,
Terror y asombro de la gente hispana,
Cuyos heroicos hechos repetidos,
Al viejo mundo llevará la Fama,
Asaltar valerosos y á porfía,
Por caminos buscados con empeño,
Los enemigos puestos, destruyendo
Los concertados planes del ibero;
Los veré cual arrollan denodados
Al lancero jinete, que quisiera
Restablecer el orden del desorden
En nuestra independiente y libre tierra;
Los veré.... mas ¡Oh Dios! ¿como posible
Me será referir aquella empresa,
Aquella heroicidad digna tan solo
De dignos hijos de la patria nuestra?
Yo miro á San Martín de audacia lleno,
De valor, de constancia y de firmeza,
Que al frente de la escolta que le sigue
Parte de Talca, y á Santiago llega.
Allí del cuerpo de municipales
Y próceres del pueblo se rodea,
Y á su derecha puesto el digno clero,
Les dirige la voz de esta manera.
«¡Amados compatriotas! dispersado
Nuestro ejército se halla; protejido
De las tinieblas (1) solamente pudo
Osorio á tal estado reducirnos.

(1) Noche del 19 de Marzo.

De municiones, armas y soldados,
De jefes y oficiales desprovisto,
Para empresa mayor exijo ahora
Dispongais se me den nuevos auxilios,
Ni un instante perdais; vuestros esfuerzos
La patria salvarán. ¡Animo amigos!
Que son los contratiempos los maestros
Que enseñan á triunfar de los peligros.
En otras circunstancias al Estado
Vacilante lo ví, cual ahora miro:
Y en Salta (1) y Tucumán, Belgrano tuvo
La gloria de sacarlo del conflicto:
Haremos mucho más; yo os lo prometo,
Por pocos que podamos reunirnos:
Que á los que libres por la patria luchan
Un número crecido no es preciso.
—«¡Ilustre vencedor de Chacabuco!—
El primer magistrado le responde,
—Manda, ordena, dispón como quisieres.
No quede en la ciudad ni un solo hombre:
De los bienes, alhajas y riquezas
Usa á tu voluntad: salvar la patria,
Y libres disfrutar la independencia,
Para nuestra ventura solo basta.
Cuenta con nuestro celo y nuestro empeño
En tus miras seguir: por mi te habla
El gran pueblo Chileno, que se ofrece
En sacrificio por su amada patria,
Pues antes que ceder, jurado tiene

---

(1) El 20 de febrero de 1813, y 24 de Setiembre de 1812.

Que á los contrarios, todos opondremos
En defensa tenaz de nuestra causa,
Si faltan armas, los desnudos pechos».
—Dijo: y tomando con su propia mano
El tricolor (1), al pueblo lo presenta:
Al pueblo que, al mirarlo, en multitudes
Acorre diligente á su defensa.
Cada uno, armado cual mejor pudiera,
Su nombre daba.... cuando de improviso
Las vigías anuncian que no lejos
Se avistan las partidas de enemigos.
San Martín presuroso va en persona
A indagar la verdad.—«¡Oh Providencia!—
—En el momento exclama,—son Balcarce,
Alvarado, Quintana, y de Las Heras.
Con su auxilio y las tropas que han sabido
Retirarse en buen orden, yo os ofrezco
Reorganizar en breve nuestra hueste,
Para hollar la cerviz de los iberos».—
Al llegar los estrecha entre sus brazos,
Y diligente al punto les ordena
Que sin cesar trabajen noche y día,
Amaestrando el soldado á la pelea.
A Balcarce confía los infantes,
A Freyre y á Zapiola los caballos,
De Blanco, Cicerón, Borgoño y Plaza,
Toda la artillería pone al cargo.
Al acendrado celo de tan dignos

(1) Los colores azul, encarnado y blanco, componen la bandera nacional del Estado de Chile.

Expertos defensores, pocos días (1)
Bastaron á poner á nuestros bravos
En el mejor estado y disciplina.
San Martín los revista y al instante
Se coloca á su frente y se encamina
Del Maypo á las llanuras, á do sabe
Que el audaz español ya se aproxima.
Aquí á sus oficiales y soldados
Los puestos les señala de la empresa,
Llevando á su lado el sacerdote, (2)
Su deber de este modo les recuerda:
—«¡Valientes defensores!, deslumbrado
El ibero en su dicha pasajera
Hollar quiere la patria, colocando
Sobre nuestros colores sus banderas.
Volemos á arrancarlas prontamente;
Rompamos en sus manos las cadenas
Que al estado de Chile le prepara,
Y al Sud independiente en consecuencia.
De vuestro varonil constante brío
La patria, amigos, su salud espera;
Sean, pues, vuestros brazos á porfía
Su amparo, su sostén y su defensa.
Desarmados por siempre los tiranos,
Nuestras leyes respeten y obedezcan,
Y disfruten también, si se hacen dignos,
Los beneficios de la independencia;

(1) A los 13 días después de la dispersión del ejército y de una retirada de mas de 80 leguas.

(2) El Vicario general del ejército unido.

Que así del orbe las naciones cultas,
Convencerse sabrán, por nuestros hechos,
De que, si á los malvados destruimos,
A los hombres honrados acogemos.
Y vos, en tanto que á la lid marchamos,
Digno ministro, dirigid al cielo
Las fervorosas súplicas, que pueden
Mas que las armas darnos el trofeo.»
—«Marcha, valiente general,—le dice
El sacerdote, de entusiasmo lleno,
—La victoria te anuncio en este día
En el nombre del Dios de los ejércitos;
En el nombre del Dios de nuestros padres,
Que detesta los crímenes horrendos,
Con que á la sombra de su santo nombre
Los iberos mancharon nuestro suelo.
Parte veloz; más antes que al gran cuerpo
Del enemigo embistan tus guerreros,
Unos pocos destaca á que triunfen
De aquellos escuadrones, que allá veo:
Elegidos por bravos los envía
Osorio de vanguardia, y á tu encuentro:
Pruebe pues su bravura lo que puede
Con la ayuda de Dios el brazo vuestro.»
—Dijo: y al punto del clarin resuena
La voz tremenda que al combate llama;
Y la espada empuñando los patriotas
A rienda suelta parten. Las descargas
Del fusil y cañón, que les asestan,
Ni los arredran, ni los desbaratan;

Que antes bien, acometen tan unidos,
Que las contrarias filas desparraman.
Y con tanto tesón, con furia tanta,
Los aceros esgrimen, que tendidos
En aquel mismo instante y sin aliento,
En el campo se ven trescientos cinco.
Vosotros granaderos á caballo,
Mandados por Medina y Escalada,
Bien sostenidos del audaz Zapiola,
Ejecutasteis tan brillante carga.
Vosotros que ya habiais de antemano (1)
Con vuestro capitan Casaravilla,
Siendo solo sesenta, destrozado
Doscientos de las tropas enemigas.
Ya el fuego más atroz y destructivo,
Entretanto Martinez y Alvarado,
Que la izquierda defienden, sostenían
Contra los elegidos (2) del contrario,
Que en columna cerrada sobre ellos
A la carga vinieran denodados;
Más Borgoño feliz con sus cañones
Logra desordenarles los caballos.
Vacila nuestra línea unos momentos,
También nuestros infantes retroceden,
Y conseguir no pueden contenerlos
Ya los esfuerzos de sus bravos jefes.
San Martin que lo observa: «Presuroso

---

(1) Entre San Fernando y Rancagua, con su teniente Martinez.

(2) Entre otros los acreditados regimientos de Burgos, Infante D. Carlos y Lanceros, llegados recientemente de la península.

—Parte, Guzmán, le dice, y á Quintana
Ordénale en mi nombre, que proteja
A nuestra infantería, que desmaya.»
—Llega veloz Guzmán, y al punto mismo,
Quintana, que comanda la reserva (1)
Con Thompson, con Rivera, Conde y Lopez,
Arrojando centellas se presenta.
Al enemigo atacan valerosos,
A la línea sirviendo de modelo,
Que impulsada de nuevo, se revuelve
A los contrarios con mayor esfuerzo.
Freyre carga tambien con sus caballos
De escolta y cazadores, que debieran
Ya la acción decidir, si de Fernando
No fueran estas tropas tan guerreras.
Más firmeza, valor, ánimo y brío
Ostentan á la vez, y con coraje
Nunca visto se atreven á ofenderlos,
Aun revolcados en su propia sangre.
El combate más fiero y más reñido
Se trava cuerpo á cuerpo. No, no es dable
Preveer cual de los dos por mas valiente
Será el dichoso que el laurel arranque.
Mezclados los patriotas y realistas,
A porfía se exceden en proezas:
Se hieren, se maltratan, se destruyen,
Y en lucha tan feroz, ninguno ceja.

---

(1) Compuesta de los batallones 1o y 3o de Chile, y 7o de los Andes, á la que auxilió el 1o de Coquimbo.

Mas los infantes de la patria al cabo, (1)
Que el brigadier Balcarce dirigiera,
Con esfuerzos constantes, de los bravos
El puesto arrancan á la bayoneta.
Cubierto de cadáveres el suelo,
En roja sangre se le mira tinto;
Y ya la patria su laurel ciñera,
Si el enemigo fuera menos listo.
Pero en masa y buen orden se retira,
Los golpes de los sables resistiendo,
Al callejón de Espejo, y denodado,
Para la nueva lid ocupa un cerro.
Aquí apura del arte los recursos,
Despliega Ordoñez (2) toda su pericia,
Y á sus tropas dispone, de tal modo,
Que á los choques y embates se resista.
Muy en breve O'Brain á los infantes
De la patria, de Arauco, y otros cuerpos,
De San Martín á nombre que lo manda,
Les ordena que embistan aquel puesto.
En columna cerrada lo ejecutan,
Arrastrando los fuegos arma al brazo,
Y á pesar de los muchos que perdieran,
No logran los realistas dispersarlos.
Una, dos, y tres veces, en la cima
Trepados se ven ya; pero otras tantas,
Los obliga á bajar el enemigo

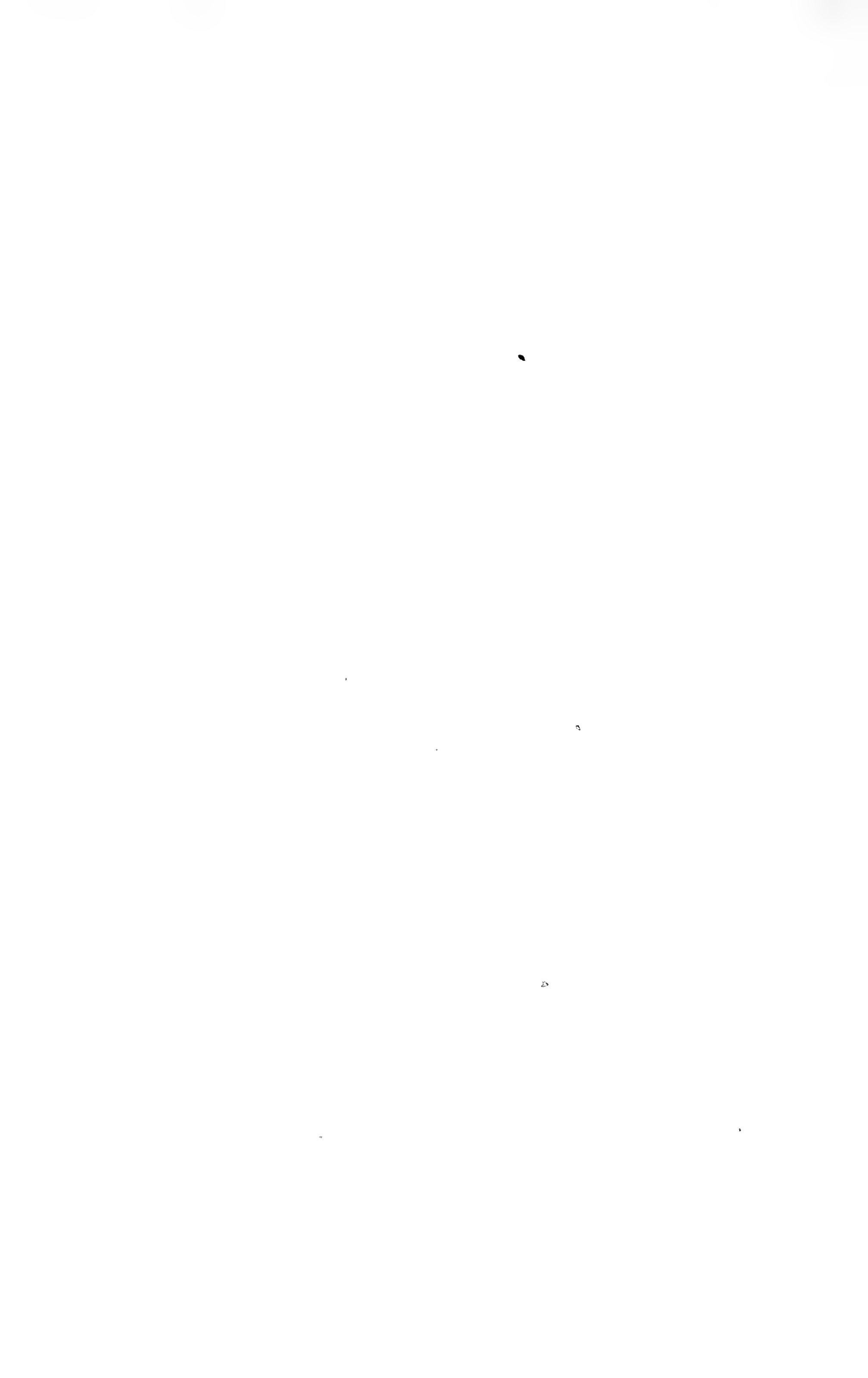
---

(1) Bajo este nombre se comprenden todos los cuerpos de infantería del ejército unido.

(2) Uno de los principales jefes del ejército enemigo.

Por un fuego horroroso de metralla.
San Martin que los mira vacilantes,
Cual rayo de una nube desprendido,
A la altura se arroja, acompañado
Del primero y segundo de Coquimbo;
Y tanto valor, constancia tanta
Arremeten los puestos enemigos,
Que en muy breves instantes, sus aceros,
Más de mil cuerpos tienden en el sitio.
El resto, de pavor sobrecogido,
El arma arroja con que herir solía,
Y en humilde postura,—¡Patriotas!
Perdonadnos,—exclaman,—nuestra vida:
Por vuestros padres, que también son nuestros
No querais por más tiempo maltratarla;
Por el Dios que adoramos lo pedimos,
Lo pedimos tambien por vuestra patria;
Que, mientras respiremos, nuestros brazos
No se emplearán jamás en daño vuestro,
A pesar del injusto y despiadado
Tirano que lo exige con empeño.»—
—Conmovidos al ruego los valientes
Defensores, al punto se desarman;
La mano alargan á los ya rendidos,
Y el general en jefe asi les habla:
—«Desdichados!!! jamás fué nuestro intento
Vuestra sangre verter; el insensato
Déspota que os envía, con sus hechos
Atroces nos impele á ejecutarlo:
El quiere que por fuerza á su ominoso

Yugo nos sometais; y todo cuanto
Al éxito conduzca os lo permite,
Aunque á Dios y á los hombres es contrario.
Es en esta virtud....mas ya que nuestra
Compasión implorais, tened la vida;
Y no olvideis jamás que os la conceden
Los mismos que arrancárosla debían.
¿Quien de vosotros es, pregunta luego
San Martín á los jefes que allí mira,
El denodado Osorio?»—«Ya tiempo hace,
Ordoñez le responde, que camina
Con doscientos caballos escoltado,
Su vergüenza á ocultar; despavorido.
Yo mismo le miré que se fugaba
Al solo amago de tu brazo invicto.»
—«*¡ Yo le sabré buscar dentro de Lima !*
Contesta San Martín; tu esfuerzo y brío,
Ordoñez malhadado, de mi afecto
Y de todo mi aprecio te hacen digno:





MANUEL PARDO DE ANDRADE



LA RECONQUISTA DE BUENOS AIRES *

POR LAS ARMAS DE S. M. CATÓLICA
EN 12 DE AGOSTO DE 1806.

Cubra Bretaña con altivas naves
La inmensa faz del piélago anchuroso,
Como Saturno de arboleda el suelo;
Desaparezca el mar bajo las velas
De la soberbia Albión; tenga en su mano
Centro, poder é imperio
Del mar que ciñe en torno el hemisferio:
Reposa ¡Oh grande Cárlos! no por eso
Con más feliz suceso
Que en Canarias, Ferrol y Puerto Rico,
Alzar vereis el pabellón Britano
En los australes reinos que separa
La vasta inmensidad del mar opreso
De tu piadoso influjo. No, los cielos
Velan en tu defensa: el mundo todo

* (La Imp. en Bs. As., pg. 294).

Impreso No. 3884 de la B. N.

El autor de esta larguísima composición era un oidor de Barcelona, incansable versificador que ya en 1807 había publicado ya otra poesía sobre la derrota de los ingleses, dedicada á «sus antiguos corresponsales y amigos, los valerosos habitantes de aquella leal y gloriosa ciudad.

No rendirá de la nación hispana,
Tan leal como humana,
La sublime constancia, la animosa
Heroicidad con que á morir se expone
Por su Dios, por su Rey, y por su Patria;
Pues son de sus constantes corazones,
El León y los Castillos los blasones.
  No, osado Beresford, vano presumas
Haber rendido y conquistado á Jorge
La más bella porción del mediodía,
La hermosa Buenos Aires, que otras veces
Contener supo el ímpetu furioso
De innumerables indios. Bien pudiste
Sorprender un instante
El ánimo constante
De sus fuertes y honrados ciudadanos;
Más no imagines que su noble pecho
A esclavitud infame
Ceda abatido, sin que honor inflame
El generoso elemento,
En que tiene el valor su antiguo asiento.
El eco del clarín que á la venganza
Los españoles llama, escucha y tiembla:
Tiembla, si, Beresford, pues á la empresa
Corre el bravo Liniers, rayo de Marte,
A empuñar con denuedo
El marcial estandarte
De Castilla y León en la siniestra,
Y en su esforzada diestra
El vengador acero

Que ha de llenar de gloria al fuerte ibero.
Todos claman venganza, todos guerra,
Y en sus áridos rostros resplandece
El presagio feliz de la victoria,
Tu castigo, ¡oh britano! y nuestra gloria.
El valiente Huidobro se preparaba
Al glorioso rescate desde el puerto:
Más, viendo que el inglés amenazaba
Rendir Montevideo,
Que ya tenía en bloqueo,
En la defensa de su plaza queda,
Y al ilustre Liniers la empresa fía.
Con quinientos valientes parte el héroe
A eternizar su nombre; todos arden
En llamas de valor; los hondos rios
No tienen sus bríos,
Y sin temer las fuerzas superiores
Que el pabellón britano tremolaban,
Rompen por las furiosas diluviadas
En balsas y jangadas,
(Débil auxilio para empresa tanta).
Pero la heroica gente,
Por llegar á las manos impaciente,
Cual torrente que baja despeñado
Sin que paren su curso acelerado
Del peñascal pendiente los horrores,
Tan enormes peligros arrostrando,
El laurel ó la muerte iba buscando.
Llegan del Sacramento á la Colonia
Donde el bizarro Concha los espera

Con sus ligeras naos y transportes,
De cuyos marineros
Forma soldados fieros
El invicto Liniers, los jefes todos,
Aumentando el poder por varios modos,
Ni el delicado sexo se eximía
Y al aumento de fuerzas concurría.
Ordenada la gente en escuadrones,
Inflamando Liniers los corazones,
Su deber les advierte:
Le escuchan todos, y habla de esta suerte:
«Intrépidos y fuertes españoles,
Que el inmortal Colón conducir supo
A mundo ignoto, do de fama y gloria
Os colmó la victoria
Bajo aquellos caudillos valerosos,
Que en la inmortalidad viven gloriosos;
De vuestro ardiente honor las justas iras
A la venganza os llaman y á pelea
Contra el fiero britano, que alzar osa
El polar estandarte, con que oprime
La Inglaterra los mares en los Fuertes
De Buenos Aires, capital hermosa
De esta provincia fértil. ¡Españoles!
A recobrarla vamos: esta empresa
Es digna de los nietos de los héroes
Que de los araucanos tantas veces
Laureles consiguieron,
Y á Castilla rindieron
Vastos imperios y remotos mundos.

¿Y sufrireis que el insular osado
Os robe el fruto de victorias tantas?
¡Ah lejos de esos pechos animosos
Vaya tan baja idea!
Bretaña tiemble, y toda Europa vea
El valor que os asiste: nadie diga
Ser español, si cual cobarde huye,
Ni en la fuga otro asilo hallar espere
Que muerte infame con deshonra eterna.
¡Ea, pues, valerosos descendientes
De los conquistadores de este mundo,
A la costa del Sur nos llama el eco
Del clarín de la fama! el celo ardiente
Por la gloria del Rey! la vela demos,
Y su rescate Buenos Aires logre
Con el valor de nuestro invicto brazo
Que colmará con tan bizarra hazaña
De gozo al Rey, y de opinión á España.»
Dijo, y todos le siguen á las naves,
Que al Sur las proas y las blancas velas
Tienden al punto, y con tajantes remos
Las olas hienden con presteza tanta
Que parece á los ojos que las miran
Surcar la blanca espuma
Aves que baten la ligera pluma;
Y á empresas grandes decididas, forman
En su navegación línea ordenada,
Y en unión fuerte felizmente pasan
Entre las naves apostadas;
Y del viento obligadas,

Dando fondo en las Conchas. Al momento
Tropa y artillería
Acampa en la altura el mismo día,
Sin que el rigor del clima destemplado
El curso del ejército esforzado
Bastase á contener, que en veloz marcha
Se acerca á la ciudad. Luego formando
En batalla su gente el Comandante,
Al britano arrogante
La rendición intima, que á las armas
El suceso remite; y diligente
Corre luego á buscarle con su gente.
   Llega pues, el momento
Que ansia del español el ardimiento;
Y á la señal de ataque, cual leones
Que de zaña y furor encarnizados
Ni el fuego temen, ni los paran riesgos,
En alas del valor, los españoles
Atacan el Retiro custodiado
Por valientes ingleses, que cual dique
Desmoronado al ímpetu furioso
De las aguas, asi rendidos ceden
Al vigoroso ataque de los nuestros:
Huyen los que al socorro se presentan,
Pues apenas divisan las columnas
Enemigas los fuertes españoles,
Se van dispersas y desordenadas,
Cual tímidas manadas
De reses que persigue ambriento lobo,
A recobrarse en la ciudad, perdido

El parque, que tan presto fué rendido.
Tiende la noche el negro manto, y pone
Fin á las glorias del primer suceso
De Liniers y su gente,
Que esperaba impaciente
Del venidero dia la luz clara,
Fausto presagio de victoria siendo
Certero golpe de elevada bala,
Con que cayó abatido y arrollado
El pabellón britano enarbolado
En una altiva nave. Finalmente
Rayó la luz del venturoso dia,
En que el pueblo leal de Buenos Aires
A la dominación volver debía
Del monarca español, y sin más orden
Ni esperar la señal, los impacientes
Catalanes empeñan con arrojo
Un fuerte tiroteo,
Y atajar no pudiendo ya el deseo
Ardiente de la tropa, el Comandante
Impávido, delante
De las columnas marcha, y se presenta
En la lucha sangrienta,
Y acomete la plaza defendida
De mucha artillería, y do apostados
Desde los miradores y azoteas
Los soldados ingleses asestaban
Contra los nuestros incesantes tiros,
Que á cuerpo descubierto
Sufren, y corresponden con acierto

En unión fuerte y línea de batalla,
Resistiendo el rigor de la metralla.
Y cual incendio que á favor del viento
Se avanza estrepitoso, sin que pueda
Estorbar sus progresos, los esfuerzos
De los que en vano á su furor se oponen,
Así nuestros soldados
En la lid empeñados,
Todo lo rinden con ardiente saña,
Corriendo diligentes
Los habitantes leales y valientes
A unirse con los nuestros en el riesgo
Y redimir su afrenta con las armas.
¿Oh quién la valentía
Pudiera describir, que en este día
Mostraron las espadas españolas,
Todas á competencia en la pelea;
En sangre tintas y de honor cubiertas!
¡Quien la constancia y varonil esfuerzo
De la tucumanesa valerosa,
(La amazona Manuela), sin asombro
Celebrar puede, si el arrojo mira
Con que maneja el relumbroso acero
Al lado del consorte! Rinde y mata
Al inglés más valiente y obstinado
Presentando á Liniers en la campaña
El fusil por trofeo de su hazaña?
¿Quién del bizarro General, que á todos
De constancia y valor era alto ejemplo,
Pintar podría la intrepidez heroica

Con que entre espesas nubes de metralla
Animando su gente,
Sin que solo un instante
Se mudara el color de su semblante?
¿Quién de los valerosos oficiales
Y sus bravos soldados dignamente
Podrá cantar las alabanzas justas
Que mereció este día su constancia,
Su arrojo, su lealtad, su fortaleza,
Su loable obediencia y su destreza?
De la plaza y ciudad desalojados,
Despues de una obstinada resistencia,
En que á nuestros guerreros
Doblaron y rindieron los aceros
Los más fuertes campeones de Bretaña,
Al Catillo se acogen los vencidos,
A do furiosos nuestros bravos corren,
Y como tigres forcejando se asen
Del puente levadizo á las cadenas
Por subir con presteza, sin que baste
A detener su nacional fiereza
El volcán de la gruesa artillería
Que el horror y la muerte iba anunciando,
Y su cruel decreto ejecutando.
Ni del combate en el ardor reparan,
Que el estandarte blanco se enarbola
Treguas pidiendo el fuerte:
Y en tan dichosa suerte
A sangre y fuego al enemigo obligan
A enarbolar de España la bandera,

Rendir la plaza y entregarse todos
A discreción del Jefe victorioso
Que es con el enemigo generoso.
Así de la jornada venturosa
En que recobró heroicamente
La Capital hermosa
Del Paraguay, los prósperos sucesos
Terminaron en bien: así á la gloria
Con tal feliz victoria
Elevaron su nombre y sus acciones
Aquellos escuadrones
Que el inmortal Liniers conducir supo
Con tal feliz acierto y tal ventura
En un río bloqueado,
Por terreno fragoso y despoblado,
En medio de estación tan rigurosa
A una empresa arriesgada,
Digna de ser cantada
Por el clarín de Clio, que sonoro
Grave en láminas de oro
La lealtad española, el celo ardiente
De Liniers y su gente,
Por la gloria del Rey y de la Patria.
Si, ¡bizarros campeones! vuestro nombre
Eterno durará, y al par de aquellos
Compañeros de Ercilla,
Que fueron de ese mundo maravilla,
Vivireis inmortales,

Grabando en los anales
Vuestros hechos la historia
Para que se eternice su memoria.
Y tú, Jefe glorioso,
Que al inglés atrevido y orgulloso
Solo con presentarte lo venciste,
Pueda la hispana gente
Ceñir con el laurel tu heroica frente,
Mientras que ya la voladora Fama
De reglón en región tu nombre aclama.

CANTO *

I

Musas divinas del sagrado coro,
Talía amada, á quien rendido invoco;
Vuestro socorro humildemente imploro,
Y de vuestra piedad las puertas toco.
Franquead á mi indigencia el gran tesoro
De vuestras liras, que yo os provoco
En un asunto en el que, á hallarse solo,
Débil se contemplara el mismo Apolo.

2

La pérdida infeliz y lastimosa
De Buenos Aires, hoy cantar intento;

* Manusc. núm. 3860 de la B. N.

Y de la reconquista más gloriosa
He de entonar con júbilo y contento.
A esta empresa tan ardua y portentosa
El patriotismo anima al pensamiento:
Auxiliad á mi musa, monte santo,
Y acompañen tus liras á mi canto.

3

Soberbio el anglo que los mares bate,
Hallándose en el Cabo victorioso,
Para que más su fama se dilate
Al mar vuelve atrevido y orgulloso,
Sus tropas y bajeles á combate,
Exitando caudillo valeroso;
Igual torrente undoso se desata.
y á inundar viene el rio de la Plata.

4

Popham el General de aquesta empresa
Una espía destaca vigilante
A investigar si puede por sorpresa
Esta plaza tomar tan importante.
El emisario vuelve con presteza
Y así dice á su Jefe vacilante:
Al averno podreis rendir, bien creo,
Pero no conquistar Montevideo.

5

El anglicano nauta aquesto oyendo
Manda que sus fragatas una á una

A Buenos Aires viaje, y proa haciendo,
Marchan á buscar mejor fortuna;
Llegan pues, y las tropas conduciendo
A tierra, sin hallar repulsa alguna,
Municiones, pertrechos y soldados
En los Quilmes se ven desembarcados.

6

A Buenos Aires esta triste nueva
En arma pone aceleradamente,
Y el terror que en sí misma envuelta lleva
Ciega, ofusca y confunde al más valiente.
Escuadrones se forman que en la prueba
Muestran ser bultos, por su poca gente,
Y con esta milicia mal formada
Va el Inspector á resistir la entrada.

7

El anglo, en bien reglados escuadrones
Se avanza con valor y con presteza,
Y jugando certero sus cañones
Nuestra milicia á titubear empieza.
Retirarse á mejores posiciones
Manda aquel que es jefe á su cabeza;
Y esta voz del terror mal entendida
La retirada convirtió en huída.

8

Todo es ya confusión, horror y espanto;
Cada cual á salvarse solo aspira,

El suspiro, el dolor, la pena, el llanto,
Por hombres y mujeres torna y gira;
El inglés victorioso mientras tanto
Hacia el fuerte se avanza, y no respira
Hasta ver esta antigua Babilonia
Hecha de su poder triste colonia.

9

Ya Buenos Aires gime prisionera,
Ya lamenta su pérdida infelice
Y vuelta á Dios en aflicción tan fiera,
Con Jeremias suspirando dice:
Observad oh buen Dios desde la esfera
Que nuestra pena á tu piedad desdice;
Y pues somos Señor el pueblo vuestro,
Mirad Vos compasivo el dolor nuestro.

10

Cual pupilo sin padre nos miramos,
Nuestras madres cual viudas miserables,
A Vos nuestros clamores elevamos
En nuestras aflicciones lamentables,
Cautivos nuestros hijos hoy lloramos
Y oímos sus gemidos espantables;
Con sollozos suspira el niño hambriento,
Y tristes carecemos del sustento,

11

Los himnos de alegría que contentos
Los jóvenes festivos entonaron

Con gemidos, suspiros y lamentos
Hoy miserablemente se trocaron
En augustias, pesares y tormentos;
La corona de honor y de grandeza
A nuestros pies cayó de la cabeza.

12

¿Y quien, Dios, de tanta angustia y pena?
Y de la servidumbre en que nos vemos,
Ha de romper los grillos y cadenas
Si tu piedad Señor no merecemos?
Más, si vuestra justicia así lo ordena,
A ella humildes Señor nos sometemos:
Nuestras culpas así habeis castigado;
¡Ay de nosotros, pues, que hemos pecado!

13

Así aquel pueblo triste se quejaba
Su pérdida infelice lamentando,
Cuando el Dios de piedad escogitaba
Quien lo librase, al anglo castigando;
Y al arrepentimiento que mostraba,
De esta suerte contesta suave y blando:
—Conmovido á piedad de tí me veo.
A librarte irá Montevideo.

14

Pueblo desde hoy feliz con justa gloria
Pues Dios á tanta empresa te ha elegido

Eterna de tu nombre la memoria
Verás, por tu valor esclarecido.
Tú serás en los fastos de la historia
De todas las naciones aplaudido;
El orbe admirará tan gran proeza
De un pueblecito que á existir empieza.

15

Montevideo ilustre, noble, invicto,
Apenas la noticia se le imparte
De estar su capital en tal conflicto,
Cuando sus hijos dan envidia á Marte;
Se ofrecen á salvar el pueblo aflicto,
Y cada cual se esmera por su parte;
Con una heroicidad jamás oida
Sacrifican sus bienes y aun su vida.

16

Los belígeros nautas, los marinos,
En los que es el valor naturaleza,
De los primeros son valientes, finos,
Que la jornada piden con braveza.
Siguen sus huellas los demás vecinos
Imitando el ardor plebe y nobleza:
Al éco de su voz tiembla la tierra;
Arma! arma! grita el pueblo, guerra! guerra!

17

El anciano más débil presuroso
Corre á tomar las armas á porfía,

Al joven más robusto y animoso
Compite con ardor y valentía:
Abandona el pudiente su reposo,
Y el regalo y placer en que yacía;
¿Quién vió jamás tan noble patriotismo?
Su parangón tendrá solo en sí mismo.

18

Si el gobierno prudente no templara
El ímpetu del pueblo belicoso,
Desierto en este lance se quedara
De sus heroicos hijos valerosos;
Pues al que la obediencia lo separa
De hallarse en los ataques peligrosos,
Su fortuna infeliz triste lamenta
Y la obediencia tiene por afrenta.

19

Aquellos generosos ciudadanos
Que ejercer no pudieron su braveza
A favor de soldados y paisanos,
Sus caudales prodigan con largueza;
La liberalidad se ve en sus manos,
Y en su pecho el valor y fortaleza;
Ceres y Marte en ellos competían,
Y ellos á Marte y Ceres excedían.

20

El Ilustre Cabildo y hacendados
Cuantiosos donativos ofrecieron

Con los que las milicias y soldados
A su costa en campaña sostuvieron;
De su alto patriotismo entusiasmados
Eternizar sus glorias merecieron;
No hubo patriota en fin, que no tuviera
Acción gloriosa que lo distinguiera.

21

Nuestro glorioso Jefe vigilante
Arregló las milicias y escuadrones,
Y con celo incansable é incesante
Un Argos es en todas las funciones;
Con ánimo invencible y arrogante
Dirige á un tiempo dos bravas acciones,
Aguarda al enemigo que se avista
Y emprende en otra parte una conquista.

22

Prevenciones, pertrechos, municiones,
Con todo lo preciso y conducente,
Del Fijo, de milicias y dragones
Se alista y forma un escuadrón de gente;
Cien voluntarios más ó cien Miñones
Se agregan á este ejército valiente.
Todo, en fin, un puñado de hombres era,
Pero cada soldado era una fiera.

23

De este ejército bravo y valeroso
A otro mejor Turena se da el mando,

Cuyo espíritu altivo y generoso
El mismo don guerrero está emulando;
De España el pabellón siempre glorioso
Va el invicto caudillo tremolando.
Su ejército le sigue con la gloria
De que en Liniers ya lleva la victoria.

24

Los hijos de Neptuno prodigiosos
De bajeles pequeños previniendo
Una escuadrilla, marchan presurosos
El terror y la muerte conduciendo:
A los mares y vientos tempestuosos
Se ensayan á vencer por ir venciendo,
Y al esfuerzo naval de sus alientos
Se rinden aun sus mismos elementos.

25

A estos guerreros fuertes y leales
Un Don Juan de la Concha los preside,
Cuyo valor y espíritu marciales
Con el talento y la prudencia mide.
Trofeos y laureles inmortales
Y ganar valeroso se despide,
Leva la escuadra y veloce parte
Con estos hijos de Belona y Marte.

26

Nuestras fuerzas terrestres y de mar
En la Colonia se unen, y al instante,

Con el cañón la seña de embarcar,
Da el General astuto y vigilante.
Da á la vela la escuadra y va á tomar
El puerto de las Conchas importante,
Llegan á él, y con presteza extraña
Nuestro ejército pisa la campaña.

27

Municiones, pertrechos, tren volante
Desembarcando todo con presteza,
Nuestro valiente ejército arrogante
Su marcha á Buenos Aires endereza.
De la marina el jefe y comandante
Sus tropas desembarca, y con firmeza
Sigue y refuerza nuestros batallones
Con aquella escuadrilla de leones.

28

La triste Buenos Aires que gimiendo
Su duro cautiverio se lamenta,
Este auxilio con júbilo sabiendo
Su valor y nobleza antigua alienta;
De secreto se alarma, previniendo
La más justa venganza de su afrenta.
Siempre fiel, siempre leal y esclarecida
Fué nuestra capital, aunque oprimida.

29

De la paz en el ocio sumergido
De Buenos Aires el valor dormía,

Y al golpe inesperado recibido
De su letargo recordó este día;
Recuerda cual león enfurecido
A castigar del anglo la osadía,
Y hacerle ver que el triunfo no lograra
Si antes de acometerlo recordara.

30

De patriotas guerreros y leales
Un escuadrón se forma prontamente,
Y á unirse á nuestro ejército en sus reales
Activo se destaca y diligente;
Los vecinos pudientes sus caudales
Prodigan á favor de nuestra gente,
Obra aquí el patriotismo cuanto puede,
Y hombre hay que á lo posible excede.

31

Los Valencia, los Nuñez, Pueirredones,
De honor y de valor ejemplo dieron,
Los Colls, Oyuelas, Castillones,
A sí mismos valientes excedieron.
Todos estos insignes campeones
De un Barragaña que envidiar tuvieron,
El que sus hechos bravo, activo y fuerte,
Con su sangre rubrica y con su muerte.

32

De todo el anglo la noticia tiene,
Y activo siempre en sus operaciones

Con la mayor presteza se previene
Tomando las debidas precauciones;
Los puestos fortifica y los sostiene,
Abocando á las calles los cañones,
De artillería el fuerte guarnecido
Un espía denotaba embravecido.

33

De soldados valientes y aguerridos
Refuerzo á Beresford Popham envía,
Los que hechos á vencer, no á ser vencidos,
Con ansia esperan del ataque el día,
Nuestro ejército en tanto á los egidos
De aquella capital llegado había,
Y acampados allí los escuadrones
Se da principio á las operaciones.

34

Nuestro invicto caudillo al punto pasa
Un oficio, en que al anglo va intimando
La entrega y rendición de aquella plaza
Que gimiendo cautiva está á su mando.
Beresford animoso lo rechaza
Con otro oficio al nuestro contestando:
Protesta en él, la sostendrá atrevido
Hasta verse á cenizas reducido.

35

El valiente Liniers, segundo Marte,
La briosa respuesta habiendo oído,

Al arma toca y como un rayo parte
De su terrible ejército seguido.
Un trozo de enemigos, tiene parte,
Que en el Retiro está fortalecido:
Llegan allí las tropas, y severo
Principia Marte á ensangrentar su acero.

36

Suena el clarín, herido el parque gime,
Volcanes largan las volantes piezas,
Y del incendio que el cañón exprime
Los enemigos fueron las pavesas.
Fuerte el bravo español la espada esgrime
Segando de los anglos las cabezas;
Su intrepidez fué tal que no supieron
Si primero atacaron ó vencieron.

37

A Beresford el tiroteo avisa
El riesgo de los suyos inminente,
Y con planta veloz, nada remisa,
A su socorro marcha diligente.
Llega al Retiro, y aun no bien lo pisa,
Cuando el estrago llora de su gente.
Nuestra bien dirijida artillería
A los anglos en trozos dividía

38

Ministro activo de la parca fiera
Las fraguas de Vulcano gobernando,

Hizo Agustini que el inglés huyera
Sus huestes á balazos destrozando.
Nuestro ejército andante lo siguiera,
Pues por ir en su alcance está clamando;
Pero prudente el Jefe les previene
Que el día espira, y que la noche viene.

39

Los valientes Miñones repartidos
En pequeñas patrullas se avanzaban,
No escapando de ser muertos ó heridos
Todos cuantos ingleses encontraban;
Y anhelando por verlos destruidos
Los piquetes y guardias avanzaban,
Su intrepidez, valor y valentía
Apresura el ataque al otro día.

40

De Agosto el día trece se contaba
Cuando á las diez del día fué avisado
Nuestro caudillo, que el inglés se hallaba
De los bravos Miñones atacado.
Previene el riesgo en que esta tropa estaba
Y á sostenerla marcha apresurado,
La acción furioso nuestro campo apoya;
Aquí empieza la lid; aquí fué Troya.

41

Nuestro ejército en trozos dividido
Por varios puntos el ataque emprende

En los que el anglo está fortalecido
Con el cañón y obús que le defiende,
Por cuyas bocas Marte enfurecido
La tierra abraza y á la esfera enciende.
La metralla y las balas que llovían
Tempestad de granizo parecían.

42

Los bravos españoles animosos
Por sobre los volcanes se arrojaban,
Ya por acometer más presurosos
Con las manos las balas apartaban.
A los tristes bretones hacen trozos,
Y solo con mirarlos los mataban.
Un hércules tebano en aquel día
Hasta el menor soldado parecía.

43

El pueblo se entusiasma de tal suerte
Que aun la feroz Esparta admiraría
Al ver como entre el fuego, horror y muerte
El más tierno rapaz se introducía.
Mejor Thalestris animosa y fuerte
Furiosa peleando allí vería;
Vería una fortísima amazona
Causando envidia á Palas y Belona.

44

Las furias desatadas del averno
Por las calles giraban este día,

Y Aqueronte en la barca hacia el Infierno
A montones los anglos conducía.
Buenos Aires el caos sempiterno
Entre el fuego y el humo parecía,
La horrible confusión de Babilonia
Cifró este día en sí nuestra Colonia.

45

De los leones de España perseguidos
Los anglos á la plaza se acogieron,
En donde del cañón favorecidos
Los últimos esfuerzos exprimieron.
Ocupan los terrados y escondidos
Vencer en emboscada presumieron,
Pero muertos, heridos, destrozados,
En sus ruinas quedaron emboscados.

46

Hecho firme en la plaza el anglo altivo
El combate sostiene con porfía,
Y á los nuestros abraza el fuego vivo
De su gruesa y temible artillería;
El invicto español mucho incentivo
Recibe con la sangre que vertía,
Sobre el cañón se arroja hecho una fiera
Y el pecho opone al fuego por trinchera.

47

Aquí fué de la lid lo más sangriento,
Aquí donde la Parca su guadaña

Cansada ya de herir y sin aliento,
Para poder matar, la entregó á España.
El mismo Marte que lo mira atento
Teme del español la furia y saña;
El horrible semblante de la muerte
Aterra al anglo, y parte huyendo al fuerte.

48

Cual tigres de la Hircania enfurecidos
Los nuestros al britano van siguiendo,
Y á balazos y á golpes repetidos,
Los van entre los muertos escondiendo.
En el fuerte se encierran aturdidos,
De capitulación la seña haciendo;
Pero el bravo español no lo atendía
Y al asalto feroz lo acometía.

49

El caudillo español al anglo advierte
Que el entregarse á discreción rendido
Para evadir el golpe de la muerte
Debe tomar por único partido;
Beresford se conforma con la suerte,
Y da todas las muestras de vencido:
Su espada arroja, y con mortal conflicto,
Arbola el pabellón de España invicto.

50

Nuestro ejército mira flameando
Su bandera brillante y victoriosa,

Y á su vista el furor se va aplacando
De aquella tropa brava y belicosa.
Ya nuestra capital se ve triunfando,
Y ya respira libre y orgullosa;
Y al anglo altivo deja escarmentado,
Triste, abatido, preso y humillado.

51

Ciudad ilustre, fiel, esclarecida,
El parabien os doy de una victoria
Que en mármoles y bronces esculpida
Hará eterno su nombre y su memoria.
Esa anglicana sangre en tí vertida
Inmortal monumento es de tu gloria;
Ella hablará y su lenguaje horrible
Os hará respetable, y aun temible.

52

Y vos, segunda Roma, Esparta nueva,
Alcazar del valiente Gebuseo,
Y aun más que todo como se comprueba
Con otra heroicidad Montevideo:
¿Como podré encomiaros hoy en prueba
Del mirto elevado con que os veo?
Hable por mí tu fama, pues bastante
No es el Parnaso á que tus glorias cante.

53

Ruiz, segundo Moisés al pueblo aflicto
Del triste cautiverio redimiste

Y de su libertad heroico, invicto,
El móvil principal, el norte fuiste.
¿Qué elogio no vendrá corto y estricto
Al mérito gigante que adquiriste?
La admiración del orbe solamente
Será tu panegírico elocuente.

54

Liniers á quien Pompeyos y Scipiones,
Césares y Leónidas envidiaran,
Cuando bravo atacando á los bretones,
Dentro de Buenos Aires lo miraran
Si en tu aplauso nereydas y tritones
Sus retorcidas trompas esforzaran,
El éco estrepitoso, insuficiente
Fuera á aplaudir tu mérito valiente,

55

Vosotras ¡oh matronas valerosas
Quienes dando de honor y patriotismo
Las pruebas de lealtad más ventajosas,
Unisteis la hermosura al heroismo,
Las verdaderas ninfas sois gloriosas
Que en sombras adoraba el gentilismo:
Nuestra gobernadora con su ejemplo
De la fama inmortal os guia al templo.

56

Y vosotros que víctimas leales
Muriendo por la patria conseguisteis

El hacer vuestros nombres inmortales,
A costa de la sangre que vertisteis:
Recibid, pues de lágrimas raudales
Que os tributa aquel pueblo á quien servisteis,
Pues con vuestra memoria ahogada en llanto
Aquí cesa mi musa de su canto.

INDICE

PÁGINAS

ANTOLOGIA



ANTOLOGÍA

DE

POETAS ARGENTINOS

POR

JUAN DE LA C. PUIG.

«LA PATRÍA ES UNA NUEVA MUSA QUE INFLUYE DIVINAMENTE.»

Fr. C. J. Rodriguez.

«NUESTROS POETAS HAN SIDO LOS SACERDOTES DE LA CREENCIA DE MAYO.»

J. M. Gutierrez.

TOMO I—LA COLONIA

BUENOS AIRES
EDITORES: MARTIN BIEDMA É HIJO
BOLIVAR Nº 535
AÑO DEL CENTENARIO—1910